



Carole Mortimer

HABITACIONES SEPARADAS

Mattie Crawford no conseguía entender por qué Jack estaba tan empeñado el llevarla a Paris. Quizá le hubiera juzgado mal al pensar que era un mujeriego y desde luego su plan de darle una lección salió un poco mal. Pero en lugar de un castigo por sus malas intenciones lo que Mattie recibió fue un romántico fin de semana en París junto al hombre mas guapo y sexy que había conocido en su vida... el mismo del que había prometido mantenerse alejada. Por eso debían dormir en habitaciones separadas. El podía tener a cualquier mujer que deseara…



Carole Mortimer

Habitaciones separadas

Bianca - 1488

ePub r1.0
LDS 23.01.17

Título original: *In separate bedrooms*
Carole Mortimer, 2004

Editor digital: LDS
ePub base r1.2



Capítulo 1

—¡Ese hombre es un mujeriego! —le dijo Mattie a su madre. Cada milímetro de su delgado cuerpo de un metro cincuenta y siete centímetros de estatura despedía furia. Incluso su incontrolable melena de color tostado a la altura de los hombros brillaba de indignación.

—Mattie, me da la impresión de que otra vez estás emitiendo un juicio precipitado —le amonestó su madre, sentada tras el escritorio —. Y ambas somos conscientes de las veces que te has equivocado al juzgar a una persona. Además, Mattie, ¿no te parece que podría estar afectándote el hecho de que, después de salir con Richard durante tres meses el año pasado, te enteraste de que estaba prometido y que iba a casarse con otra?

Mattie preferio pensar en la humillación que sufrió cuando Richard le informó de que no podían volverse a ver ya que iba a casarse a la semana siguiente.

—Aunque, por lo que me has contado de él, este hombre parece algo… ligero de cascos —concedió la madre de Mattie.

—¿Sólo un poco? —dijo Mattie con desagrado—. Ya te he dicho que está saliendo con cuatro mujeres a la Mattie Crawford no conseguía entender por qué Jack Beauchamp estaba tan empeñado en llevarla a París.

Quizá le hubiera juzgado mal al pensar que era un mujeriego y desde luego su plan de darle una lección salió un poco mal. Pero en lugar de un castigo por sus malas intenciones, lo que Mattie recibió fue un romántico fin de semana en París junto al hombre más guapo y sexy que había conocido en su vida… el mismo del que había prometido mantenerse alejada. Por eso debían dormir en habitaciones separadas.

vez, mamá. ¡Cuatro! —exclamó Mattie con incredulidad—. Y parece ser que tres de ellas están casadas.

—En ese caso, deberían mostrar más sentido común —sentenció su madre, una versión de su bonita hija con más años y algunos kilos más—. Me temo que a algunos hombres les parece más seguro salir con muchas mujeres a la vez.

Mattie frunció el ceño.

—¿Por qué más seguro?

—Eso los protege de las mujeres que tienen en mente el matrimonio —su madre sonrió cínicamente.

—¿Qué mujer en su sano juicio querría casarse con un hombre así? —inquirió Mattie en tono de desprecio—. ¡No es más que un cerdo!

—Personalmente, creo que debería ser azotado en público —observó una ronca voz de hombre.

Mattie, de pie delante del escritorio de su madre, se quedó inmóvil, negándose a volver la cabeza mientras su rostro enrojecía de vergüenza al darse cuenta de que alguien, y para colmo un hombre, había oído su conversación.

Pero su madre parecía relajada y sonreía al recién llegado.

—¿En qué puedo servirle?

—Me llamo Jack Beauchamp —dijo el hombre, presentándose—. Llamé ayer por teléfono para ver si podía dejar aquí a mi perro el fin de semana próximo. Usted me sugirió que primero viniera a ver sus instalaciones —le recordó él.

Mattie palideció. Ese hombre era un posible cliente; al menos, lo era su perro.

—Espero no haber interrumpido nada... importante —comentó él—. Usted me dijo que podía venir hoy domingo al mediodía.

Mattie tragó saliva.

—Por supuesto, señor Beauchamp —respondió la madre de Mattie—. Le enseñaré la perrera. Según creo recordar, tiene un collie, ¿verdad?

Mattie sonrió con afecto, a su madre jamás se le olvidaba la raza de un perro.

—Sí, Harry —confirmó Jack Beauchamp—. Pero si está usted ocupada, no tengo inconveniente en que su ayudante me enseñe las instalaciones.

¿Ayudante? Sí, no le extrañaba que a ese hombre le pareciera justamente eso, pensó Mattie. Los pantalones vaqueros y la camiseta azul eran ideales para trabajar en las perreras. Normalmente, echaba una mano a su madre los domingos; sin embargo, no era lo que hacía el resto de la semana.

Mattie respiró profundamente _antes de volverse. Tras hacerlo, contuvo el aliento al encontrarse frente al hombre más atractivo que había visto en su vida.

Debía tener treinta y algún años, alto, esbelto, con cabello oscuro y corto, y los ojos marrones más profundos que ella había visto nunca. Unos ojos que parecían chocolate líquido. Unos ojos cálidos.

Y el resto del rostro tampoco estaba mal, valoró Mattie. Un semblante bronceado, con una nariz que parecía como si se hubiera roto unos años atrás, una boca sensual y sonriente; sólo la prominente barbilla traicionaba una pose relajada y un atuendo informal que consistía en una camiseta negra y unos pantalones vaqueros azul oscuro.

—Será un placer enseñarle las perreras, señor

Beauchamp —dijo Mattie asintiendo fríamente—. Como usted mismo ha notado, mi madre está muy ocupada en este momento.

—Ah —él asintió con una mirada sonriente y algo burlona al tomar nota de la sutil corrección de la posición de ella.

Pero no dijo: «Perdone por la equivocación». Ni tampoco... «Debería haber notado el parecido». Sólo un «Ah».

—Pero...

—Por favor, mamá, sigue con lo que estabas haciendo —interrumpió Mattie firmemente—. Estoy segura de que el señor Beauchamp y yo podremos arreglárnoslas sin problemas.

Su madre le lanzó una mirada interrogante y llena de preocupación. Tras la conversación que acababan de tener sobre los hombres, su madre sabía de qué humor estaba y eso la preocupaba.

El negocio de su madre había pasado por un mal momento durante el último año. No obstante, The Woofdorf era una perrera de alto estándar, el orgullo de su madre durante veinte años. Un hecho que Jack Beauchamp estaba a punto de descubrir.

—Sígame, señor Beauchamp, voy a enseñarle la residencia de nuestros huéspedes.

—Sólo tiene que silbarme al oído y la seguiré adonde usted quiera.

Mattie se volvió hacia él bruscamente al oír esas extraordinarias palabras y se encontró casi con la nariz pegada al musculoso pecho de Jack.

Involuntariamente, dio un paso atrás antes de contestar.

—Perdone, ¿qué ha dicho? —no era posible que le hubiera oído bien.

Jack Beauchamp la miró con perfecta inocencia.

—He dicho que hace un tiempo muy agradable para esta estación del año —respondió él tranquilamente, con su oscura mirada sonriente y retadora.

En realidad, ese hombre llevaba riéndose de ella desde el momento en que interrumpió la conversación que había mantenido con su madre.

Y Mattie no se tragó lo que ahora decía que había dicho.

—Pase delante, por favor, señor Beauchamp —dijo ella secamente mientras sujetaba la puerta para que aquel hombre saliera.

—No, pase usted primero, señorita Crawford —respondió él inclinando la cabeza.

Mattie no estaba segura de que fuera accidental el hecho de que, justo cuando ella estaba a punto de cruzar el umbral de la puerta, él decidiera hacerlo al mismo tiempo, pegándole la espalda al marco de la puerta y las curvas de la parte delantera de su cuerpo al suyo.

—Perdone —murmuró Mattie cuando ambos traspasaron el umbral juntos y casi a presión.

—No tiene por qué disculparse —contestó él con una expresión inconfundiblemente burlona cuando ambos se encontraron bajo el sol primaveral.

—Quizá sea mejor que no me siga tan de cerca, señor Beauchamp —dijo ella con voz tensa.

Él continuó sonriendo.

—Lo intentaré, señorita Crawford —él la obedeció mientras la seguía por un camino flanqueado de lechos de flores que conducía a las perreras—. Su rostro me resulta familiar. ¿No nos hemos visto antes?

Mattie contuvo el aliento. ¿Se habría dado cuenta ese hombre de

cómo se ganaba ella la vida, de cómo se habían conocido? De ser así, no le iba a costar mucho trabajo llegar a una conclusión. Pero ella lo negaría todo, por su madre.

Mattie volvió la cabeza para responderle y lo sorprendió con los ojos fijos en el movimiento de sus caderas mientras andaba.

¡Qué atrevimiento!

—Dudo mucho que frecuentemos los mismos círculos sociales, señor Beauchamp —respondió ella.

—Yo no me desenvuelvo en ningún círculo social específico, señorita Crawford. Estoy seguro de que no nos hemos conocido en una fiesta o algo parecido. Es sólo que su rostro me resulta familiar, eso es todo —contestó él con un encogimiento de hombros.

—Le aseguro que a mí no me ocurre lo mismo —Mattie lanzó una carcajada evasiva al tiempo que bajaba los párpados para esconder el brillo de enfado de sus ojos.

Por supuesto, Mattie era plenamente consciente de que mentía.

—Por aquí —le indicó ella bruscamente al tiempo que abría la puerta que daba a las perreras. Al instante, fueron recibidos por los ladridos de los perros—. Todas las celdas están alfombradas y también tienen calefacción.

Mientras pasaban por las celdas, Mattie fue acariciando las cabezas de los perros a través de las puertas metálicas.

—Como puede ver, en cada celda hay un sillón para los perros que prefieran sentarse en algo blando. A cada perro que llega se le da una cesta y colchoneta limpias, aunque algunos clientes prefieren traer las suyas propias.

Automáticamente, Mattie empezó a dar explicaciones en tono profesional sobre el cuidado de los perros, ya que estaba familiarizada con el trabajo debido a que ayudaba a su madre durante los fines de semana. Además, aunque sabía que los precios de su madre no eran baratos, quería que Jack Beauchamp supiera que el servicio que proporcionaban era excelente.

—También proveemos un televisor para los perros a los que les gusta ver la televisión —explicó ella con indulgencia—. Como puede ver...

Mattie se calló al darse cuenta de que había perdido a Jack Beauchamp en la segunda celda.

Lo sorprendió agachado delante de la puerta de malla metálica

mientras un labrador lo saludaba con entusiasmo.

Mattie retrocedió hasta reunirse de nuevo con él, su expresión fue suavizándose al tiempo que también ella se agachaba para acariciar a Sophie detrás de la oreja.

—Es encantadora, ¿verdad? —dijo ella en voz baja, aquella perra era una de sus preferidas.

—¡Preciosa! —Jack Beauchamp volvió el rostro y sonrió—. Y tan simpática.

A Mattie se le hizo un nudo en el garganta. Ese hombre era demasiado atractivo para ella.

—Sophie es simpática con todo el mundo —comentó Mattie secamente; pero, al momento, se dio cuenta de lo brusca que había sido, aunque ya no podía hacer nada por remediarlo. Además, no quería que ese hombre le gustara—. Su dueño murió hace tres meses; como la familia no quería quedarse con la perra, se la trajeron a mi madre para que la matase. Por eso aún está aquí.

Su madre jamás mataría a un animal sano, por ese motivo ahora tenía cuatro perros.

Normalmente, Sophie estaba suelta siguiendo a su madre a todas partes, pero como ese día su madre había estado esperando la visita de un cliente, había metido a Sophie en una de las celdas hasta que el cliente se marchara.

—Es terrible —dijo Jack Beauchamp frunciendo el ceño mientras continuaba acariciando a Sophie.

—Sí, lo es. Y ahora, si quiere acompañarme... —Mattie volvió a su actitud profesional—. Le enseñaré las celdas vacías con el fin de que vea dónde pondríamos a... ¿Harry?

—Es una celda muy lujosa —reconoció Jack Beauchamp unos minutos después sentándose en el sillón que había en un rincón de la celda.

—Los perros son unos animales tan fieles y cariñosos... nos parece que merecen lo mejor —comentó Mattie.

Los ojos marrones de ese hombre la estudiaron durante unos segundos.

—Estoy totalmente de acuerdo —respondió él por fin—. A Harry va a gustarle mucho esto.

Jack Beauchamp se puso en pie y añadió:

—Sé que le va a parecer extraño, pero Harry, desde que era un

cachorro, ha estado conmigo. Ahora tiene seis años y nunca ha estado en una perrera.

Mattie se enterneció ligeramente. Como se había criado con animales, sentía la misma debilidad por ellos que su madre. Y no le cabía duda de que Jack Beauchamp quería mucho a su perro.

—Estoy segura de que se encontraría bien con nosotros —le aseguró ella cuando, una vez más, él se agachó delante de Sophie para acariciarla—. Permítame que lo lleve afuera para enseñarle la zona donde dejamos que los perros corran y hagan ejercicio.

Mattie cerró la puerta de las perreras al salir.

—Aunque a cada perro, individualmente, se le da además un largo paseo al día.

Jack Beauchamp le lanzó otra sonrisa devastadora.

—Este lugar es mejor que muchos hoteles.

—Sí —dijo Mattie.

Había costado mucho dinero construir la lujosa perrera y costaba aún más mantenerla. Era un hotel canino de primera clase.

—¿Llevan el negocio usted y su madre solas o tienen empleados? —preguntó él mientras regresaban a la oficina.

—Tenemos ayuda —respondió Mattie evasivamente, antes de cambiar de tema intencionadamente—. Es un sitio precioso, ¿no le parece?

Lo era. A sólo unos kilómetros fuera de Londres, parecía que estaban en medio del campo. Los jardines de la perrera estaban plagados de flores.

—Sí, precioso —murmuró él.

Mattie se volvió para mirarlo y se quedó sin respiración al sorprenderlo mirándola fijamente. Inmediatamente, Mattie se puso rígida.

—Ahora será mejor que hable con mi madre para ultimar los detalles de la estancia de su perro —le dijo ella al entrar en la oficina.

Su madre levantó la vista y sonrió.

—Espero que haya encontrado este lugar de su agrado, señor Beauchamp —dijo la madre de Mattie sonriéndole cálidamente.

—Es perfecto —contestó él con voz tranquila.

Una vez más, cuando Mattie lo miró, lo sorprendió con los ojos fijos en ella, no en su madre.

—Y, por favor, tutéeme y llámeme Jack —le dijo él a la madre de Mattie.

—Diana —respondió ella sin sentir el nerviosismo de su hija.

Por supuesto, su madre debía tener unos diez años más que Jack Beauchamp, mientras que ella debía ser unos diez años menor. No obstante, su madre aún era una mujer atractiva y llevaba viuda muchos años. Cierto que su madre insistía en que había querido demasiado a su marido como para tener relaciones con otro hombre; a pesar de lo cual, cualquier mujer que no se fijara en el atractivo de Jack Beauchamp debía estar medio muerta.

—¿Te importaría decirme cómo has oído hablar de The Woofdorf, Jack? —preguntó Diana—. ¿Has oído hablar de nosotros por alguna amistad, a través de un anuncio...?

—Por extraño que parezca, encontré una de vuestras tarjetas en mi oficina. No tengo ni idea de cómo fue a parar allí.

De repente, Mattie concentró su atención en la docena de fotografías que adornaban una de las paredes del despacho mientras albergaba la esperanza de que ni su madre ni Jack Beauchamp notaran lo angustiada que se sentía de repente.

—Ha sido una suerte —reconoció él.

—Sí, así es —respondió Diana.

—Ya le he dicho a tu hija que Harry nunca ha estado en una perrera, ni siquiera en una tan lujosa como ésta —admitió él—. Lo que ocurre es que tengo que estar en París el próximo fin de semana y, como el resto de la familia también va a ir, no puedo dejar a mi perro con nadie; normalmente, cuando tengo que ausentarme, lo dejo con alguien de mi familia. Reconozco que lo he dejado para última hora porque me costaba mucho hacerlo.

¿Familia? ¿Qué familia? No era posible que ese hombre también estuviera casado... ¿o sí?

—A todos los que dejan a sus perros por primera vez al cuidado de otros les ocurre lo mismo, Jack —le dijo Diana comprensivamente—. Pero te aseguro que cuidaremos bien de Harry. Es decir, si...

—Os ruego me disculpéis —interrumpió Mattie bruscamente, ansiosa por alejarse de ese hombre—. Tengo que irme y... en fin, tengo cosas que hacer.

Pero Jack Beauchamp se había quedado en la puerta al entrar y

seguía bloqueándola cuando Mattie se volvió para salir.

—Le agradezco mucho que me haya enseñado el lugar. Ha sido un placer conocerla, señorita Crawford.

Ella lo miró sin parpadear.

—Lo mismo digo, señor Beauchamp.

—Espero que volvamos a encontrarnos —dijo él con voz suave.

Mattie, por su parte, esperaba todo lo contrario. Mattie salió de allí a toda prisa y casi sin respiración.

Así que aquél era Jack Beauchamp.

No podía negar lo atractivo que era ni tampoco su encanto… ni sus miradas. A su madre también parecía gustarle. Pero eso no era extraño, a su madre le gustaba y se fiaba de casi todo el mundo, incluso de la empleada que les había robado el año anterior.

Pero… ¿cómo iba ella a haber imaginado que al dejar esas tarjetas de presentación de The Woofdorf por las oficinas de JB Industries el mismísimo presidente iba a aparecer allí para dejar a su perro el fin de semana de Semana Santa?

Sin duda, iba a—tener que darle explicaciones a su madre cuando Jack Beauchamp se marchara.

Porque el hombre del que había estado hablando con su madre y al que había llamado cerdo y del que había dicho que se merecía que lo azotasen en público era Jack Beauchamp.

Capítulo 2

QUÉ HOMBRE tan encantador —dijo Diana cuando se volvió después de ver a Jack alejarse en su deportivo rojo. Mattie tenía un bueno motivo para pensar lo contrario y sabía que debía decírselo a su madre.

—Tan simpático, a pesar de ser evidente que es rico. Como diría tu abuelo, no tiene dobleces —añadió Diana—. En fin, ha decidido dejar a Harry aquí durante los cuatro días de Semana Santa, así que estamos casi al completo. Tengo que admitir que… Mattie, ¿qué te pasa?

De repente, Diana pareció darse cuenta de la expresión de desánimo de su hija.

Algo natural, teniendo en cuenta que, apenas una hora antes, Mattie había descrito a ese hombre en términos muy diferentes. Por supuesto, no estaba dispuesta a retractarse de sus palabras; no obstante, sabía que debía contárselo todo a su madre.

Mattie respiró profundamente, pero no logró decir nada.

—Mattie… —su madre frunció el ceño con expresión de sospecha—. Mattie, ¿qué has hecho?

—¿Que qué he hecho? —repitió Mattie con voz más aguda que de costumbre—. ¿Por qué piensas que he hecho algo?

—Porque te conozco, Mattie —admitió su madre con preocupación—. También sé que siempre vas de un lío a otro.

Mattie suspiró.

—Oh, mamá… Es verdad, tienes razón, he hecho algo horrible.

Y cuando Jack Beauchamp se enterase de lo que había hecho, sin duda alguna, no llevaría a Harry a pasar allí el fin de semana.

—Bueno, ¿vas a decírmelo o no? —insistió su madre.

Mattie sabía que no tenía otra elección.

—Supongo que no me queda más remedio —volvió a suspirar profundamente.

—¿Con qué se acompaña lo que me vas a decir, con café o chocolate caliente? —inquirió su madre.

En el pasado, el café era para las pequeñas indiscreciones, el chocolate para las cosas más serias.

—Creo que esto se merece un whisky —respondió Mattie apesadumbrada.

Las rubias cejas de su madre se alzaron, ninguna confesión de Mattie se había merecido whisky hasta ese momento. Pero, por supuesto, había habido muchas confesiones, ya que la impulsiva Mattie solía actuar primero y pensar después. Aquélla parecía ser una de esas ocasiones.

—Me parece que será mejor que volvamos a casa —decidió Diana.

Mattie la siguió con desgana, consciente de que los próximos minutos iban a ser poco placenteros.

Su madre preparó un té para las dos, en vez de whisky, y ambas se sentaron a la mesa de la acogedora cocina con cuatro perros arremolinándose afectuosamente a sus pies.

—¿Y bien, Matilda May? —dijo Diana después de unos minutos de observar a su hija con los ojos fijos en su taza.

Mattie parpadeó al oír su nombre completo.

—Te agradecería mucho que no me llamases así —protestó Mattie—. En realidad, no sé por qué me pusiste ese nombre. El hecho de que tu madre se llamara Matilda y la de papá se llamara May no es motivo para...

—Mattie, puedes retrasarlo todo lo que quieras —la interrumpió su madre—, pero no te queda más remedio que decirme lo que has hecho.

Mattie tragó saliva antes de hablar.

—¿Te acuerdas del mujeriego del que te estaba hablando antes?

—¿El muje...? Ah, ya, ¿te refieres al hombre de las cuatro novias?

—Sí, ése —confirmó Mattie—. Bueno, pues ese hombre es Jack Beauchamp; es decir, Jonathan Beauchamp. ¡Es un mujeriego! Lo que quiero decir es...

—Creo que te he entendido, Mattie —volvió a interrumpirla su

madre ¿Es el hombre que te ha enfadado tanto? ¿El hombre cuya secretaria, ayer, te hizo un pedido para que enviaras cuatro ramos de flores a sus respectivas novias?

Mattie bebió un sorbo de té reflexivamente.

¿Cómo podía haber sido tan tonta? ¿Tan poco profesional? En su momento, había creído ser muy lista; ahora, después de haber conocido a Jack Beauchamp, no sabía cómo iba él a reaccionar cuando se enterase de lo que había hecho. No obstante, podía imaginarlo muy bien.

¡Y creía que era un genio en su negocio de floristería! Por supuesto, tenía algunos contratos muy lucrativos y también proporcionaba plantas a media docena de edificios de oficinas; entre ellos, JB Industries. ¡Y Jack Beauchamp era JB Industries!

Si él decidía vengarse, ella podía perder todos esos contratos... y también la floristería. En cuanto a lo de que su madre fuera a cuidar del perro...

—Sí —respondió Mattie.

—Pero enviaste el pedido, ¿no? —preguntó su madre con expresión de no comprender.

—Sí, claro que lo hice. Verás, por Navidad, también envié cuatro ramos de flores a esas cuatro mujeres...

—Supongo que eso significa que lleva cuatro meses con las mismas cuatro mujeres —razonó su madre.

—La cuestión es que su secretaria me hizo el pedido y él... había escrito cuatro tarjetas, cada una acompañando a cada ramo. Y yo... cambié las tarjetas, mamá —admitió Mattie con sentimiento de culpabilidad, disgustada consigo misma por lo que había hecho.

Ella tenía veintitrés años, ya era hora de dejar de hacer esas cosas.

—Y ni siquiera ha sido original —continuó Mattie en defensa propia al notar la expresión horrorizada de su madre—. Ha escrito: «Con todo mi amor, Sandy....» y «Con todo mi amor, Tina» y «Con todo mi amor, Sally» y «Con todo mi amor, Cally». Así que pensé que quizá deberían enterarse de la existencia de las otras. Puse la tarjeta de Tina en el ramo de flores de Cally, la de Sandy en el de Tina, la de Sally en el de Sandy y la de Cally en el de Sally. Ya sé que ha sido una estupidez, pero... mamá, no te vas a echar a llorar, ¿verdad?

Mattie miró con preocupación a su madre que, de repente, se había cubierto el rostro con las manos mientras sus hombros se sacudían.

—Iré a verlo y se lo explicaré todo, le diré... —Mattie guardó silencio cuando su madre se retiró las manos del rostro y la miró riendo, no llorando.

—¡Mattie, Mattie! —Diana sacudió la cabeza mientras reía a carcajadas—. Desde luego que tienes que ir a verlo y darle una explicación, aunque no sé qué le vas a decir. En fin, sabía que el incidente con Richard te ha afectado y tenía miedo de que su prometida pudiera aparecer en cualquier momento en nuestra casa pidiendo una explicación. Pero lo que has hecho...

—Mamá, lo de Richard no fue culpa mía. ¿Cómo iba yo a sospechar que estaba prometido ya?

—No, es verdad —concedió su madre con afecto—. Pero debes admitir que esto es la mayor tontería que has hecho nunca, Mattie.

Diana volvió a sacudir la cabeza mientras trataba de contener la risa.

—No tiene ninguna gracia, mamá —comentó Mattie al ver que su madre volvía a reír otra vez.

—No, no la tiene —concedió su madre con lágrimas de risa en las mejillas.

—En ese caso, te agradecería que dejaras de reírte —Mattie suspiró a pesar de que también ella empezó a sonreír—. Me va a matar. Me va a colgar del árbol más próximo que encuentre...

—Querida, si te matase no tendrías que preocuparte de que pudiera colgarte de un árbol —razonó su madre mientras se secaba los ojos con un pañuelo.

—Me da la impresión de que es el tipo de hombre que haría una cosa así sólo por divertirse —murmuró Mattie al tiempo que se sonaba la nariz sin estar segura de si quería reír o llorar.

De querer, Jack Beauchamp podría destruirla.

—Supongo que enviaste los ramos de flores ayer, que no hay posibilidad de que no hayan llegado a su destino, ¿verdad? —preguntó su madre.

Era una pregunta retórica y ambas lo sabían. Mattie siempre enviaba los pedidos a tiempo, sin retraso. Ése era uno de los motivos por el que tenía tantos clientes. Aunque dudaba de que

Jack Beauchamp siguiera contándose entre ellos.

—Si te sirve de consuelo, Mattie, no me ha parecido hoy que Jack Beauchamp estuviera lamiéndose las heridas producidas por una de sus novias —Diana sonrió.

—No es ningún consuelo —contestó Mattie suspirando—. No me gusta nada la idea de tener que ir a verlo para confesarle lo que he hecho.

Su madre asintió.

—Después de haber conocido a Jack Beauchamp, lo comprendo. Pero también tengo la impresión de que, si no vas tú a verlo, él va a aparecer en la floristería mañana.

Mattie también lo creía. Y suponía que sería mejor tener cierto control de la situación en vez de encontrarse completamente a la defensiva. Además, lo ocurrido no tenía repercusiones sólo para ella sino también para el negocio de su madre en relación con la estancia del perro de Jack Beauchamp en la perrera durante los cuatro días de Semana Santa.

La Semana Santa que él iba a pasar en París con su familia.

Su familia...

Quizá no tuviera que arrodillarse delante de él al pedirle disculpas. Si Jack Beauchamp tenía esposa e hijos no debería enviar ramos de flores a otras mujeres.

De repente, empezó a albergar la esperanza de poder salvar su reputación profesional. Jack Beauchamp no iba a armar un escándalo por lo de las tarjetas teniendo en cuenta que eso podría ocasionarle problemas en su casa.

Lo mejor era pensar positivamente, se dijo Mattie a sí misma. Al fin y al cabo, ¿qué podía hacerle ese hombre?

Al día siguiente, delante del impresionante escritorio de Jack Beauchamp, se sintió menos segura de sí misma.

Había tenido la intención de ir a su casa el día anterior por la tarde; sin embargo, la dirección y el teléfono que él le había dado a Diana eran los de su trabajo, por lo que ella tuvo que esperar al lunes para hablar con él.

La puso aún más nerviosa ver a Jack Beauchamp más distante con su traje oscuro, camisa color crema y corbata en vez del atuendo informal que había llevado el día anterior.

Mattie respiró profundamente tras decidir que no tenía sentido

seguir retrasando lo inevitable.

—Señor Beauchamp...

—Jack —dijo él mientras volvía a sentarse en el sillón de cuero de su escritorio—. Mi secretaria me ha dicho que usted ha llamado a primera hora de la mañana porque quería hablar conmigo urgentemente —Jack se inclinó hacia delante y apoyó los brazos en el escritorio.

Mattie le había tenido que decir a Claire Thomas que se trataba de un asunto urgente porque, de lo contrario, no habría conseguido una cita con aquel ocupado hombre de negocios. No obstante, había sido advertida de que Jack Beauchamp tenía una cita a la una del mediodía.

Como sólo faltaban diez minutos para la una, lo mejor era darse prisa.

—¿Hay algún problema con la estancia de Harry en la perrera durante Semana Santa? —preguntó Jack Beauchamp con el ceño fruncido.

—No, en absoluto —respondió Mattie apresuradamente—. Yo... no he venido aquí como ayudante de mi madre.

Las oscuras cejas de Jack se arquearon.

—¿No? En ese caso, ¿por qué es tan urgente que me vea?

No por la razón que él parecía imaginar, pensó Mattie con impaciencia.

—En realidad, no trabajo en la perrera de mi madre. Señor... Perdón, Jack —se corrigió Mattie a sí misma.

—¿No? En ese caso, Mattie, ¿en qué trabaja usted?

¡Sabía su nombre de pila!

—En realidad, trabajo para usted... Bueno, no exactamente —volvió a corregirse ella—. Quiero decir que usted es uno de mis clientes y...

—Mattie, ¿le importaría volver atrás? —la interrumpió Jack mientras la miraba con sus cálidos ojos oscuros llenos de humor—. Dígame exactamente en qué trabaja.

—Soy una florista, señor Beauchamp —respondió ella fríamente—. Soy la propietaria de Green and Beautiful.

A Mattie se le secó la garganta en el momento en que vio la expresión de comprensión en el rostro de Jack Beauchamp que fue tornándose oscura y severa.

—Ah —dijo él como si, súbitamente, le hubieran dado la clave de un misterio—. En ese caso, este asunto urgente del que quiere hablarme… ¿tiene algo que ver con un problema referente a unas tarjetas que iban con unos ramos de flores?

Evidentemente, al menos una de esas mujeres ya se había puesto en contacto con él.

Mattie estaba convencida de que su rostro reflejaba la aprensión que sentía.

—De hecho, tenía la intención de ponerme en contacto con usted más tarde —continuó Jack Beauchamp; su mirada ahora era oscura y sin calor alguno.

—Tenía el presentimiento de que iba a hacerlo —reconoció Mattie rápidamente.

—Y ha pensado que viniendo usted se ahorraría mi visita, ¿no? —dijo él con voz suave.

—Sí —confirmó ella—. Verá, ayer estaba revisando unos papeles y fue entonces cuando me di cuenta del error que había cometido…

—Sí, así es —interpuso Jack al tiempo que se levantaba de su sillón y rodeaba el escritorio—. Dígame, ¿ayer, en qué momento se dio cuenta de su error?

A pesar de los tacones de seis centímetros, Mattie tuvo que echar atrás la cabeza para verle el rostro. ¡Aunque no estaba segura de querer hacerlo! Jack Beauchamp se le había acercado demasiado y no parecía estar de buen humor.

—Ayer por la tarde. Realmente siento…

—Mattie, a pesar de lo interesante que es esta conversación… ¿podríamos continuarla esta noche mientras cenamos?. —interrumpió Jack mirándose el reloj con impaciencia—. Tengo una comida de trabajo dentro de dos minutos y…

—¡No! ¡De ninguna manera vamos a continuar esta conversación mientras cenamos! —exclamó Mattie con incredulidad.

¡No podía creer que la hubiera invitado a cenar!

Jack arqueó las cejas.

—¿No?

—¡No! —le cortó ella.

—¿Por qué no? —insistió Jack.

Los azules ojos de Mattie lanzaron chispas.

—En primer lugar, porque usted es un hombre casado —le

recordó ella—. En segundo lugar, y que yo sepa, ya tiene cuatro novias.

Ya había metido la pata otra vez.

—Jack... ¿me he adelantado a la cita que tenemos para almorzar?

Mattie se sobresaltó al oír la voz de una mujer a sus espaldas. De repente, se dio cuenta de que Jack Beauchamp y ella habían estado tan absortos con su discusión que no habían oído entrar a aquella mujer.

Jack Beauchamp miró a Mattie, empequeñeció los ojos antes de apartar la mirada de ella; entonces, saludó a la otra mujer con una sonrisa deslumbrante.

—No, en absoluto —dijo Jack—. Mattie y yo estábamos ultimando unos detalles respecto a esta tarde.

Tras esas palabras, Jack lanzó a Mattie una fugaz y penetrante mirada.

Una mirada que Mattie ignoró ya que toda su atención estaba centrada en la alta mujer que había entrado en la oficina.

Era muy hermosa, con cabellos espesos y negros acariciándole los delgados hombros, unos ojos azules que exultaban salud y vitalidad. El vestido azul que llevaba era del mismo color que sus ojos, las piernas largas y estilizadas, los pies pequeños y delicados en las sandalias.

—Mattie —Jack Beauchamp la agarró del brazo y la empujó hacia la recién llegada—, te presento a mi hermana Alexandra.

¿Su hermana? ¿En serio esperaba que se creyera eso?

La otra mujer lanzó una interrogante mirada a Jack antes de fijarse en Mattie.

—Encantada de conocerte, Mattie —Alexandra sonrió cálidamente—. Siento haberos interrumpido. Pero como Claire no estaba ahí fuera, he entrado directamente.

—No, en absoluto —dijo Mattie nerviosa mientras deseaba que Jack le soltara el brazo. No le gustaba el cosquilleo que estaba sintiendo casi por todo el cuerpo—. De todos modos, me iba ya.

Mattie fue a apartarse de él, pero Jack le agarró el brazo con más fuerza.

—Aún no hemos quedado para esta noche —insistió él—. Has dicho que no puedes cenar conmigo, en cuyo caso... ¿te parece que

vaya a recogerte a tu casa a las nueve para ir a tomar una copa?

Mattie tenía la impresión de que Jack Beauchamp no iba a aceptar un no como respuesta.

—De acuerdo —accedió ella por fin—. Si eso es lo que quiere...

—Sí, eso es lo que quiero, Mattie.

—Bien. En ese caso, hasta las nueve —concluyó Mattie.

Pero no le gustaba la idea.

¿Qué iba a decirle Jack Beauchamp cuando volvieran a verse aquella noche? ¿Y qué iba a hacer respecto al truco de las tarjetas?

Capítulo 3

CAMBIASTE las tarjetas a propósito, ¿verdad? Mattie, que se había llevado la copa de vino a los labios, se atragantó. Tosió, se le subió el vino por la nariz y los ojos se le llenaron de lágrimas mientras se esforzaba por contener la tos.

Jack, sentado a su lado en el pintoresco pub del pequeño pueblo al que la había llevado, le dio una palmada en la espalda.

¡Y casi la tiró del asiento!

¿Había sido necesario que le diera tan fuerte? Mattie no lo creía. Además, la palmada no había servido de nada, continuaba tosiendo.

—Suénate la nariz —le indicó Jack burlonamente al tiempo que le daba un pañuelo blanco.

Mattie obedeció y le fue de gran ayuda.

—¿Mejor? —preguntó Jack mientras ella se secaba los ojos con cuidado para que el rimel no le corriera por las mejillas.

¿Cómo podía estar mejor después de lo que él le había dicho? ¡Sabía que había intercambiado las tarjetas a propósito!

Jack Beauchamp había ido a las nueve en punto a recogerla a su casa. Lo que había sido de agradecer, ya que ella le había estado esperando fuera, al final del camino que conducía a la casa. No quería que su madre se enterara de con quién iba a salir.

Al llegar a casa después del trabajo le había dicho a su madre que el problema con Jack Beauchamp estaba solucionado, que él había aceptado sus disculpas por el malentendido y que no iba a cancelar la reserva que le había hecho a Harry. ¡Ahora, lo único que tenía que hacer era convencer a Jack de lo mismo!

Pero el comentario que Jack acababa de hacer había puesto punto final a sus esperanzas.

Mattie se aclaró la garganta antes de hablar.

—Esta mañana, traté de explicarle que cometí un error…

—Sí, así es —concedió él burlonamente—. Pero el comentario que hiciste después sobre mi supuesta esposa y las cuatro novias parecía implicar algo más.

Jack arqueó las cejas.

Mattie parpadeó al recordar que había hecho ese comentario.

—¿No te parece? —insistió él antes de beber un sorbo de la cerveza que había pedido.

Mattie prefería no pensar en ello. Porque, cuanto más pensaba en lo sucedido, más cuenta se daba de la falta de profesionalidad en su comportamiento. No era asunto suyo que un cliente pudiera tener una docena de novias. Su trabajo era enviar ramos de flores, no emitir juicios morales. ¡Ni actuar según le pareciera!

—Verás, Mattie, también he recordado la conversación que estabas manteniendo con tu madre cuando fui a la perrera ayer al mediodía —dijo Jack mirándola fijamente—. Si no recuerdo mal, estabais hablando de un mujeriego, un… cerdo, ¿verdad? ¿Y no tenía ese cerdo cuatro novias?

A Mattie se le encogió el corazón.

Se humedeció los labios, pero no le sirvió de ayuda. Y tampoco la ayudaba en nada que ese hombre fuera tan condenadamente atractivo. Intencionadamente, se había vestido con unos usados pantalones vaqueros y una camiseta blanca para no dar lugar a malentendidos.

¡Y en lo último en lo que debería estar pensando era en el atractivo de ese hombre! El problema era que no sabía cómo responder a un ataque directo.

—Vamos, Mattie —dijo Jack sonriendo—. Ayer no parecías tener problemas en decir lo que pensabas.

—¡Ni esta noche! —le espetó ella—. De acuerdo, estaba hablando de ti con mi madre ayer, pero eso no significa… no significa que…

—¿Sí?

Mattie lo fulminó con la mirada antes de continuar.

—Está bien, cometí un error. Todo el mundo comete errores de vez en cuando —«incluso tú», quiso decir con su tono de voz.

—Sí, así es —reconoció Jack en un tono demasiado suave—. ¿Pero a qué errores tuyos nos estamos refiriendo?

—Escuche, he sido yo quien ha ido a verlo esta mañana con la intención de pedirle disculpas por el error cometido y... y...

—¿Sí? —inquirió Jack cuando la vio interrumpirse de repente y mirarlo con expresión interrogante.

—¿Qué quiere decir con eso de a qué errores míos nos estamos refiriendo? —Mattie frunció el ceño.

—Ah —Jack esbozó una sonrisa carente de humor—. Por fin reconoces que has podido cometer más de una equivocación.

La única equivocación que ella podía ver hasta el momento era haberse atrevido a retar a ese hombre. No obstante, Jack parecía insinuar que ella había cometido otros errores...

—Ayer usted mencionó a su familia —comenzó a decir Mattie—. Supuse que se estaba refiriendo a su mujer y a sus hijos.

—No tengo mujer ni hijos —respondió Jack—. Tengo padres y hermanas. Esta mañana has conocido a una de mis hermanas.

Mattie le lanzó una mirada escéptica.

—¿Y ésa es la familia con la que va a pasar la Semana Santa en París?

No era posible que ese hombre pensara que ella iba a creerse semejante tontería. París era una ciudad para amantes, no para que un hombre como ése pasara unos días en compañía de sus padres y sus hermanas.

Jack asintió sin darle importancia al escepticismo de ella.

—Mi hermana menor, Alexandra... la has conocido al mediodía —le recordó él.

—Sí... —pero Mattie no estaba convencida de que la relación de Jack con esa mujer fuera fraternal. Jack se encogió de hombros.

—Alexandra acaba de prometerse y ha decidido que debemos celebrarlo con una cena en el restaurante de la Torre Eiffel.

Mattie no sabía si reír por lo absurdo de aquella explicación o si enfadarse. En cualquier caso, le parecía increíble.

—Bien, no tiene esposa —aceptó Mattie.

—Ni cuatro novias —le dijo Jack con firmeza.

—Es posible que... ya no —Mattie no logró evitar sonreír.

—¿Sabes lo que creo, Mattie? —dijo Jack en tono reflexivo—. Creo que tu padre debería haberte dado unos azotes en el trasero cuando eras pequeña.

La sonrisa de Mattie se desvaneció.

—Lo veo algo difícil… ya que mi padre murió cuando yo tenía tres años —contestó Mattie en tono serio.

Sólo tenía unos vagos recuerdos de su padre: un hombre alto que la llevaba encima de los hombros a su cuarto para acostarla y que siempre estaba riendo. También recordaba a su madre, por aquellos tiempos, siempre contenta.

—Lo siento —se disculpó Jack—. Debió ser difícil para ti.

—Lo fue más para mi madre —Mattie encogió los hombros, disimulando el dolor que le provocaba hablar de la prematura muerte de su padre.

—Sí…

Mattie esperó que Jack continuara; al ver que no lo hacía, lo miró fijamente. Parecía sumido en sus pensamientos, aunque su enigmática expresión imposibilitaba imaginar en qué estaría pensando.

—Verás, Mattie, lo que has hecho me ha puesto en una situación algo difícil.

—¿En serio?

—Sí, en serio —confirmó él—. Por supuesto, hay una forma de arreglarlo…

Súbitamente, Mattie tuvo la sensación de que no iba a gustarle lo que Jack estaba a punto de decir.

—¿Está en regla tu pasaporte?

—¿Que si está en regla qué? —preguntó ella con voz incrédula.

—Tu pasaporte —repitió él con calma.

—Sí, lo está, pero… ¿Por qué quiere saberlo? —preguntó ella sospechosa.

El año anterior se había sacado el pasaporte por primera vez para ir de vacaciones a Grecia con su madre. Pero… ¿qué demonios le importaba a ese hombre si tenía pasaporte o no?

—Ya te he dicho que voy a ir a París a pasar la Semana Santa —le recordó Jack.

—Sí, a la cena de prometida de su hermana —dijo ella pronunciando despacio las palabras.

—Bueno, la cuestión es que no iba a ir solo —dijo Jack en tono de pesar.

—Ha mencionado a sus padres y a sus hermanas…

—No, Mattie, he dicho que no iba a ir yo solo. Y si tienes el

pasaporte en regla, no iré solo.

—No comprendo... ¡Ah! —Mattie parpadeó al asimilar las palabras de Jack.

Era evidente que una de las cuatro mujeres a las que Jack había enviado flores iba a pasar esos días de vacaciones con él.

Pero ahora, después de lo que ella había hecho con las tarjetas, dudaba que ninguna de las cuatro mujeres le hablase, mucho menos que una de ellas estuviera dispuesta a acompañarlo a París. Lo que significaba que tenía que tratarse de la que no estaba casada, pero... ¿cuál de ellas era la que no estaba casada? ¿Sally, o Sandy, o...?

¿Tenía importancia?, se preguntó ella inmediatamente. Jack Beauchamp parecía estar queriendo decirle, con esa pregunta sobre su pasaporte, que ahora ella tenía que compensarlo por la pérdida de acompañante y acompañarlo... ¡ella misma!

—Me parece que no, señor Beauchamp —le dijo Mattie con altanería.

¿Quién se había creído que era ella? Vendía y enviaba pedidos de flores, no se alquilaba los fines de semana.

—¿Que no?

—¡No! —exclamó Mattie con indignación.

—París en primavera —bromeó él—. ¿Hay algo más romántico?

Mattie frunció el ceño debido a la ligereza del comentario.

—De acuerdo, admito que le he estropeado el plan que tenía para la Semana Santa; no obstante, estoy segura de que, con su atractivo y su encanto, no le costará mucho encontrar a una mujer que quiera acompañarlo a París.

La mayoría de las mujeres que ella conocía aceptaría la invitación encantada, y no sólo por visitar la capital francesa.

Por mucho que le costara admitirlo, Jack Beauchamp era un hombre sumamente atractivo con un encanto natural que la hacía sentirse totalmente femenina. Aunque, por supuesto, no se sentía atraída hacia él en lo más mínimo, se dijo a sí misma firmemente, ese hombre era un perfecto Don Jack.

—No dispongo de demasiado tiempo para buscarme acompañante, ¿no te parece? —comentó él.

Mattie se encogió de hombros.

—Estoy segura de que se las arreglará.

—¿Así que... te parezco atractivo y encantador?

—¡A algunas mujeres se lo parecerá! —le dijo ella.

Era difícil imaginar a una mujer que no lo encontrara guapo. Lo que carecía de atractivo en él era que pudiera tener cuatro novias simultáneamente. Para ella, aún era peor después de su experiencia con Richard.

—Pero tú has conseguido poner punto final a eso, Mattie —le recordó Jack.

¡Lo que significaba que su plan había tenido el resultado deseado!

Mattie sacudió la cabeza.

—¡Eso no significa que tenga que hacer de sustituta de alguna de ellas!

Jack rió tranquilamente.

—No he sugerido en ningún momento que tengas que acostarte conmigo en París, Mattie...

—¡Ya le he dicho que no voy a ir a París con usted! —le dijo ella con firmeza y decisión.

Entretanto, su imaginación la traicionó: imágenes de Jack y ella con los cuerpos entrelazados besándose apasionadamente...

—Dudo mucho que durmiéramos lo suficiente si compartiésemos una habitación en París, Mattie —murmuró Jack interrumpiendo los pensamientos de ella.

Mattie lo miró con el rostro súbitamente enrojecido. ¡Esperaba que Jack no pudiera leer el pensamiento!

Mattie tragó saliva al tiempo que esquivaba la oscura y cálida mirada de él.

—No comprendo por qué es un problema para usted ir a París solo —observó ella—. ¿Tan insufrible le resulta la idea de pasar unos días sin que una mujer se arrastre a sus pies? Además, usted mismo ha dicho que sólo va a ir su familia...

—Y la de Thom, el prometido de mi hermana —interrumpió él —. También van a ir los padres de Thom... y su hermana.

Mattie titubeó. Jack había pronunciado la última palabra en un tono que indicaba...

—¡Otra! —Mattie suspiró con desagrado.

¿Acaso ese hombre no tenía escrúpulos? ¡Al parecer, no!

—No en lo que a mí concierne —respondió Jack.

Mattie lo miró empequeñeciendo los ojos.

—Acaso la hermana de Thom es de otra opinión, ¿es eso?

Jack asintió.

—Te aseguro que no es recíproco, Mattie. Pero como Sharon es hermana de Thom, me encuentro en una situación algo embarazosa. Con el fin de no decirle a las claras que no estoy interesado, cosa que podría crear una situación incómoda para todos, se me ha ocurrido ir a París con una acompañante como tapadera...

—¡Muchísimas gracias! —protestó Mattie.

—En un principio, iba a ir con otra —le recordó él.

Exactamente. Con Sally, Cally, Sandy o Tina. ¡Y había sido ella quien lo había estropeado todo!

—¿Qué tiene de malo la tal Sharon? —inquirió Mattie con súbita curiosidad.

—Soy demasiado caballeroso para contestar —respondió Jack.

¡Menudo caballero!

Mattie sacudió la cabeza.

—Tengo un negocio, no puedo irme sin más a París durante tres días...

—Cuatro —la corrigió Jack—. No olvides que el viernes y el lunes son días festivos. Así que sólo tendrías que faltar al trabajo el sábado. No me cabe duda de que, de vez en cuando, te ausentas de la tienda. ¿Quién se hace cargo del negocio cuando te vas de vacaciones?

Mattie no tomaba vacaciones con frecuencia; pero, cuando lo hacía, llamaba a su mejor amiga, Sam, a la que había conocido en su época universitaria. Sam estaba casada y tenía un niño pequeño, pero le encantaba ayudarla en la tienda cuando se presentaba la ocasión. ¡El problema era que ella no quería irse de vacaciones a París!

—No tiene importancia lo de los días, ¡no voy a ir! —repitió Mattie con firmeza.

—¿No? —Jack arqueó las cejas.

Mattie bebió un desesperado sorbo de vino y consiguió no atragantarse, aunque el calor del alcohol no logró calentar el frío vacío que sentía en el estómago.

Lo que había hecho con las tarjetas había sido una tontería e indicaba, por su parte, un comportamiento totalmente falto de profesionalidad. De lo que Jack Beauchamp era completamente

consciente, al igual que lo era de que había sido un acto deliberado por parte de ella. Y Jack también sabía que podía acarrearle problemas si se lo proponía.

Chantaje. Ese hombre la estaba chantajeando.

Mattie se humedeció los labios.

—¿Y qué le diría a mi madre?

Jack pareció considerar la pregunta.

—Supongo que sería una tontería por mi parte pensar que tu madre no sabe que yo soy el cerdo del que estabas hablando ayer, ¿verdad? —respondió él por fin.

Mattie le evitó la mirada.

—Yo...

—Sí, lo sabe —aceptó él—. En ese caso, ¿por qué no le dices la verdad respecto al viaje a París?

—¿La verdad? —repitió Mattie con incredulidad—. ¿Quiere que le diga a mi madre que me está haciendo chantaje y que me está forzando a acompañarlo a París para compensar mi falta de profesionalidad y debido a que si no cedo al chantaje podría causarme la ruina?

Jack parpadeó.

—Puesto así...

—¡Ha sido usted quien ha sugerido que diga la verdad! —exclamó Mattie en tono de reto.

Jack suspiró.

—Es verdad. Lo que ocurre es que no esperaba que la verdad sonara tan... bueno, así. ¿No podrías decirle a tu madre que me estás haciendo un favor, como amiga?

—¡El favor de acompañarlo a París! —exclamó ella en tono de burla.

—Sí.

—No somos amigos.

—Tendremos que serlo si vamos a pasar cuatro días juntos con mi familia —razonó él.

Mattie lo miró con expresión de frustración. Aquello era una locura. No obstante...

No podía negar que le atraía la idea de estar en París con un hombre como Jack Beauchamp.

—Señor Beauchamp, es usted un hombre despreciable.

—Jack. Y tutéame.

—Tanto si le tuteo como si no, sigue siendo despreciable —insistió Mattie con chispas en los ojos. Jack sonrió traviesamente.

—¿Quieres decir que vas a venir a París conmigo? Mattie respiró profundamente antes de contestar. —Quiero decir que voy a ir a París contigo —concedió ella pronunciando las palabras lentamente —.

¡Pero sólo porque me has chantajeado!

Su sentimiento de culpa por haber aceptado unido a la excitación que sentía le habían hecho pronunciar aquellas palabras con más énfasis del necesario. —Por supuesto —dijo Jack en tono burlón.

Mattie lo miró empequeñeciendo los ojos. Jack

no parecía del todo convencido.

—Imagínatelo, Mattie. El Sena, los Campos Elíseos, el Arco del Triunfo... un café en una terraza, cena en el restaurante de la Torre Eiffel...

Cuanto más hablaba Jack, más atractiva le parecía la idea. En realidad, era una forma maravillosa de pasar la Semana Santa.

¡Y todo ello con Jack Beauchamp a su lado!

Capítulo 4

¿QUE TE vas adónde? —en la cocina, Diana miró a su hija con incredulidad. Mattie había esperado hasta la hora del desayuno para darle la noticia del viaje a París a su madre. Sin embargo, Diana no pareció entusiasmada con la idea. ¡Había estado a punto de dejar caer al suelo la taza de café que tenía en las manos!

Mattie, con cuidado, le quitó a su madre la taza de café y la dejó en la mesa.

—A París con Jack Beauchamp —repitió Mattie evitando la mirada incrédula de su madre.

Mattie aún estaba en pijama y bata, aunque su madre estaba totalmente vestida y ya había dado el desayuno a los perros.

—Pero vamos a dormir en habitaciones separadas —añadió Mattie rápidamente con la esperanza de estar diciendo la verdad.

Por lo que podía recordar, ese aspecto del viaje no había quedado demasiado claro.

—Vaya, qué alivio —aceptó su madre débilmente.

Diana se sentó a la mesa de la cocina y añadió:

—Mattie, ¿ha sido idea tuya solucionar así el problema que tenías con Jack Beauchamp?

—No exactamente —admitió Mattie—. ¡Ha sido idea suya!

Fue entonces cuando Mattie decidió hacer caso del consejo de Jack y explicarle a su madre la situación. Lo que le llevó su tiempo.

—No me ha parecido demasiado terrible la forma de solucionar este asunto —concluyó Mattie.

Su madre sacudió la cabeza.

—No creo... no creía que Jack Beauchamp... Oh, Mattie, ¿qué voy a hacer contigo? —en los ojos de Diana había lágrimas.

Mattie extendió un brazo para tomar la mano de su madre.

—No te preocupes, no va a pasar nada —le aseguró Mattie —Al fin y al cabo, tú vas a tener a su perro como rehén.

Diana lanzó una lacrimógena carcajada.

—Sí, así es. Lo que pasa es que no puedo creer que vayas a ir a París con él —Diana volvió a sacudir la cabeza.

—Creía que te caía bien —le recordó Mattie.

—Y me cae bien; es decir, me caía bien —corrigió Diana—. Es más, ayer mismo me pregunté si no habría más hombres como él aunque algo mayores.

—¿En serio? —Mattie sonrió.

—En serio —confirmó su madre—. Pero eso ha sido antes de enterarme de que ese hombre te va a llevar a París a pasar la Semana Santa.

Mattie lanzó una ronca carcajada.

—Mamá. ¿En serio piensas.. ? —Mattie enmudeció cuando la puerta se abrió después de una breve llamada y sus ojos se abrieron desmesuradamente al ver a Jack en el umbral de la puerta.

Iba vestido con traje oscuro, camisa color crema y corbata marrón; el cabello aún estaba húmedo tras la ducha matutina. Y debía haberse duchado muy temprano porque eran sólo las ocho. Al fijarse en él Mattie se preguntó una cosa: ¿qué floristería había encontrado abierta a esas horas en la que había comprado el ramo que llevaba en las manos?

Mattie se puso en pie lentamente.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó con impaciencia.

—Buenos días, Mattie —dijo Jack adentrándose en la cocina y cerrando la puerta tras de sí—. En realidad, no he venido para verte a ti.

Jack volvió el rostro, clavó los ojos en Diana y le ofreció el ramo de flores.

¡Qué atrevimiento! No sólo estaba allí antes de que a ella le hubiera dado tiempo a vestirse, sino que aparecía con un regalo y era para su madre.

—¿Por qué no vas a arreglarte para ir a trabajar? —sugirió Jack —. Entretanto, me gustaría hablar con tu madre.

Jack sonrió a Diana.

Sí, ¿por qué no? Ese hombre era insufrible.

—Por favor —insistió Jack con educación.

—Sí, creo que será mejor —le espetó ella al tiempo que agarraba su taza de café y se dirigía a la puerta de la cocina que daba al pasillo—. Mamá, no olvides lo del rehén.

Tras la expresión confusa que vio en el rostro de Jack, Mattie salió de la cocina orgullosa de sí misma y con una triunfal sonrisa.

Se tomó su tiempo en arreglarse para ir al trabajo. Se dio una ducha antes de maquillarse, se vistió con traje pantalón negro y camisa color crema y se cepilló el cabello.

Toda una transformación, pensó mientras se miraba al espejo de cuerpo entero que tenía en la puerta del armario de su dormitorio. Tenía aspecto de lo que era: la propietaria de una floristería.

Desgraciadamente, Jack no estaba ya en la cocina para apreciar su apariencia cuando entró.

Ni siquiera su madre estaba en la cocina esperándola para contarle lo que Jack le había dicho. No obstante, Mattie vio un jarrón encima de la mesa con las flores que Jack le había llevado a su madre.

Por fin, Mattie encontró a Diana en la oficina sentada en un sillón con Sophie. La perra labradora tenía la cabeza apoyada en las rodillas de su madre.

—¿Todo bien? —preguntó Mattie cuando su madre levantó la cabeza y le sonrió.

—Sí, bien —respondió Diana en tono despreocupado.

Mattie esperó. Al fin y al cabo, no solían recibir visitas de hombres a esas horas de la mañana.

—Jack tenía que ir a su trabajo inmediatamente, pero ha dicho que te verá esta tarde —le informó su madre.

¿Y?

Su madre continuó acariciando a Sophie unos momentos antes de levantarse para ocupar su asiento detrás del escritorio.

Para entonces, a Mattie le quedaba poca paciencia. ¿A qué había ido Jack?

Diana se miró el reloj de pulsera.

—¿No tenías que haberte marchado ya? —le preguntó su madre.

—¡Mamá! —exclamó Mattie con frustración. Su madre arqueó las cejas con gesto inocente. —¿Sí?

Mattie la miró furiosa.

—¿Siempre has sido tan irritante o te has vuelto así tras la

aparición de Jack en nuestras vidas?

Su madre se echó a reír.

—¡Eres tan transparente, Mattie! —dijo Diana con afecto—. No he podido evitar tenerte en suspenso un poco. Jack ha venido porque quería explicarme la situación y asegurarme que no va a hacer nada que pueda afectar la virtud de mi hija.

—¿No? —Mattie, consternada, frunció el ceño—. Quiero decir... No, claro, por supuesto que no va a hacer nada.

Sin embargo, por dentro, estaba furiosa de que Jack hubiera hablado de esos asuntos con su madre.

—¡De todos modos, eso ya te lo había dicho yo! —añadió Mattie con irritación.

—Claro que sí. Pero Jack sólo quería confirmarlo —dijo Diana con ánimo de aplacar a su hija—. Y, por favor, Mattie, no te sientas tan desilusionada ¡Estoy segura de que esa parte del acuerdo es negociable!

—¡Mamá! —exclamó Mattie agrandando los ojos.

Teniendo en cuenta que su madre debía ser sólo unos diez años mayor que Jack, quizá le hubiera tenido más cuenta invitar a su madre que a ella. No obstante, no le gustó la idea.

A pesar de saber que Jack tenía cuatro novias, no podía evitar sentirse atraída por él. Lo que era un peligro si iba a pasar cuatro días en París con Jack...

—¿Qué quieres decir con eso de que tu familia ya sabe todo respecto a mí? —dijo Mattie mirándolo fijamente mientras cenaban —. ¿Cuándo les has hablado de mí? ¿Qué les has dicho?

Por lo que a ella se refería, Jack no la conocía en absoluto.

Empezaba a darse cuenta de lo que significaba salir a cenar con Jack. El maître lo había saludado por su nombre al entrar en el restaurante francés en el que Jack había reservado una mesa; pero, una vez sentados, el propietario había ido a saludarlo. Jack la había presentado como su «amiga». ¡Con amigos como Jack no necesitaba enemigos!

Jack se encogió de hombros despreocupadamente.

—Hoy hemos almorzado todos en casa de mis padres y, simplemente, les he dicho que una amiga, la señorita Mattie

Crawford, iba a acompañarme a París. A propósito, ¿Mattie es el diminutivo de qué nombre? Lo digo por si alguien me lo pregunta.

—Matilda May —murmuró ella—. ¿Cómo un hombre que se llama Jonathan ha acabado llamándose Jack?

A Mattie no le gustaba su nombre completo, era muy anticuado, era el típico nombre de la tía solterona.

En realidad, lo de solterona la definía perfectamente, reconoció Mattie con pesar. Tras la terrible equivocación que había cometido con Richard seis meses atrás no había vuelto a salir con un hombre. A la mayoría de ellos no les gustaba responder a unas cuantas preguntas personales antes de acceder a salir con ellos.

Más aún, no lograba recordar cuándo había sido la última vez que había salido de noche, a excepción de la copa en el pub con Jack el día anterior.

Llevaba puesto el vestido negro que le servía para cualquier ocasión de noche. Pero, al mirar a su alrededor y ver a todas esas mujeres elegantemente vestidas en el lujoso restaurante, se dio cuenta de que tenía que examinar detenidamente su guardarropa antes de marcharse a París el viernes. No quería presentarse delante de la familia de Jack sin el atuendo apropiado.

Pero... ¿qué le importaba a ella la opinión de la familia de Jack? No era muy probable que volviera a ver a ninguno de ellos después de Semana Santa.

Le importaba a ella misma, pensó Mattie. Estaba convencida de que la familia de Jack tenía tanto dinero como él y también que la madre y las hermanas de Jack llevarían ropa de diseño a la cena. Aunque le costara todos sus ahorros, estaba decidida a comprarse un vestido apropiado para la ocasión.

—Me pusieron Jonathan de nombre para diferenciarme de mi abuelo materno, que se llamaba John, pero al que todos llamaban Jack —respondió Jack—. Y pronto acabaron llamándome Jack a mí también.

Típico de las familias, pensó Mattie. Y hablando de familias...

—¿Cuánta gente va a ir a la cena el sábado? —preguntó ella sonriendo tímidamente al camarero que les llevó en ese momento vieiras con bacón y ajo de primer plato.

Mattie había pedido lo mismo que Jack; al fin y al cabo, él comía en restaurantes como ése constantemente. Y ese primer plato

olía deliciosamente.

—¿Incluidos nosotros dos? Quince —respondió Jack.

—¡Quince!

Mattie, horrorizada, se quedó boquiabierta. ¡Jack esperaba que soportara una cena con trece personas más, aparte de ellos dos!

Normalmente, no le resultaba difícil relacionarse con la gente; al fin y al cabo, lo hacía a diario en su trabajo. Pero esas trece personas eran familiares de Jack.

—No te preocupes, yo voy a estar contigo —Jack le dio un rápido apretón en la mano.

—¿Cómo son? —preguntó Mattie esforzándose por no perder la compostura.

—Normales —respondió Jack tras llevarse la cucharilla a la boca —. Igual que yo.

Jack no tenía nada de normal, pensó Mattie irritada.

—Digamos que ninguno tiene dos cabezas ni doce dedos en los pies —explicó él con humor al ver el escepticismo en el rostro de Mattie.

—En ese caso, normales —concedió ella—. ¿Cuántos hermanos tienes...?

—¿Has mirado ya si tienes el pasaporte en regla? —la interrumpió Jack con súbita preocupación—. No me gustaría nada llegar al aeropuerto y ver que no puedes embarcar porque tu pasaporte no es válido.

¡Pero a ella le parecía una idea excelente! No obstante, su pasaporte estaba en regla.

—No hay problema —le aseguró ella—. Pero es posible que haya problemas en el aeropuerto cuando vean que el nombre que aparece en el billete no es el mismo que el que aparece en el pasaporte.

—Ya me he encargado de eso —le aseguró Jack—. He llamado a la compañía aérea y he confirmado la reserva con tu nombre completo.

Mattie estaba segura de que no lo había hecho él personalmente, sino su secretaria, la misma que le había hecho el pedido de los ramos de flores.

—¡Qué eficiente! —observó ella con fingida dulzura.

—¿Verdad que sí? —respondió Jack con la misma dulce falta de sinceridad —. ¿Te he dicho ya que estás preciosa esta noche,

Mattie?

De repente, se sintió el centro de las atenciones de ese hombre. ¡Era mortal! Le entró mucho calor y el corazón empezó a latirle con suma fuerza.

—Odio la hipocresía —le informó ella.

—Lo digo en serio, Mattie, estás preciosa —le aseguró Jack en voz baja—. Tu pelo tiene muchos tonos... ¿cómo calificarías el color de tu pelo?

—Rubio —respondió Mattie de forma tensa.

Jack sacudió la cabeza aún con los ojos fijos en el cabello de ella.

—Es como la miel, pero también es como...

—¿Sal y pimienta? Debes tener hambre, Jack. Te sugiero que sigas comiendo y te olvides de mi pelo.

Jack lanzó una carcajada, pero la obedeció.

Mattie encontró los halagos de Jack peligrosos. Pero era más peligroso aún prestarles atención.

Ojala...

Ojala... ¿qué?

Ojala Jack y ella fueran a París a pasar de verdad una romántica Semana Santa.

¡Ojala!

Pero no iban a París a pasar una Semana Santa romántica, ella sólo iba a servirle de protección contra la hermana de su futuro cuñado. ¡Y mejor así!

Era imposible que un hombre como Jack se interesara en ella.

—Soy plenamente consciente de que estás practicando con vistas al fin de semana, Jack. De todos modos, preferiría que no lo hicieras —le informó ella antes de cambiar, bruscamente, de conversación —. Lo que sí me gustaría saber es por qué has ido a ver a mi madre esta mañana.

¿Era imaginación suya o la expresión de Jack se había tornado defensiva súbitamente?

—¿No te lo ha dicho ella? —preguntó Jack a su vez.

—Sí, me lo ha dicho —respondió Mattie con impaciencia—. Pero me estaba preguntando...

—Mattie, anoche me dio la impresión de que tenías miedo de que el viaje a París pudiera disgustar a tu madre...

—¡Eso no tiene nada de extraño! —le interrumpió Mattie.

Jack arqueó las cejas.

—Sólo quería asegurarle a Diana que...

—¡Sí, que la virtud de su hija no corre ningún peligro contigo! —concluyó Mattie acaloradamente—.

¿Sabes una cosa, Jack? Me parece que no...

—¿Es eso lo que te ha dicho tu madre? —Jack se echó a reír con sus ojos negros llenos de humor. Mattie se quedó casi inmóvil mientras lo miraba fijamente.

—Sí, eso es lo que me ha dicho. ¿No es lo que tú le has dicho?

—Entre otras cosas —respondió él evasivamente—. De todos modos, lo importante es que, cuando me marché, estaba mucho más contenta.

A Mattie le habría gustado informarse sobre esas «otras cosas»; pero, desgraciadamente, el camarero se acercó a su mesa para volverles a llenar las copas de vino y, cuando se marchó, Jack estaba disfrutando con su comida.

—¿Sabes qué? Tu madre es todavía una mujer muy hermosa. ¿Nunca ha pensado en volverse a casar? —preguntó Jack de repente.

—No, nunca —respondió Mattie sin vacilación, contenta de que Jack fuera de esa opinión.

No obstante, no pudo evitar sentir una punzada de celos por la admiración que Jack parecía sentir por su madre.

Cosa totalmente ridícula.

—Debía estar muy enamorada de tu padre, ¿verdad? —preguntó Jack mirándola con gesto interrogante.

—Eso creo —respondió ella en voz baja—. Hablando de otra cosa, todavía no me has dicho nada sobre el viaje del viernes.

—No, es verdad —respondió Jack y, al momento, procedió a satisfacer el requerimiento de ella.

Mattie apenas prestó a Jack atención mientras éste le informaba sobre la hora del vuelo, el nombre del hotel, aunque se enteró de que tenía vistas a la Torre Eiffel, y la hora del vuelo de regreso el lunes.

¿Qué le pasaba?

Lo que le pasaba era que no le gustaba la idea de que Jack, al menos hasta hacía un par de días, tuviera cuatro novias.

¡Eso era lo que le pasaba!

Que pudiera tener relaciones con cuatro mujeres simultáneamente era indicativo de la clase de hombre que era, ¿no? ¡Y ella sería una idiota si se enamoraba de Jack!

Pero, desgraciadamente, sabía que le iba a resultar muy difícil no enamorarse de él teniendo en cuenta que iban a pasar juntos cuatro días en París.

Capítulo 5

NOS VAMOS cuatro días, Mattie, no cuatro semanas —comentó Jack sonriente mientras colocaba la pesada maleta de ella en el maletero del coche el viernes por la mañana.

Mattie no se molestó en contestarle, limitándose a lanzarle una mirada altanera después de haber visto la pequeña maleta de Jack en el maletero.

Quizá se hubiera excedido con la ropa; pero, como nunca había estado en París, no sabía qué tiempo haría y no había querido hacer halago de su ignorancia preguntándole a él. Llevaba unos días mirando la información meteorológica en los periódicos: el día anterior había llovido en París, pero el anterior había hecho sol. En realidad, algo parecido al tiempo en Inglaterra.

Por lo tanto, había metido en la maleta toda la ropa que se había comprado el día anterior más la ropa que le pareció más apropiada de la que ya tenía.

—A las mujeres nos gusta estar preparadas para cualquier cosa —le dijo Diana a Jack riendo ya que había salido a recibir a su nuevo huésped, Harry.

El perro estaba corriendo por entre las piernas de los tres, parecía más un cachorro que un perro de seis años. El animal tenía el pelo gris y blanco, los ojos brillantes y no dejaba de mover la cola. Evidentemente, Harry aún no se había dado cuenta de que iba a quedarse allí sin su amo.

Jack arqueó las cejas mirando a Mattie.

—¿Has metido también en la maleta el fregadero de la cocina?

—Y un tapón de bañera que nos sobraba —respondió Mattie.

—Vaya, eso puede que nos salve de un apuro —Jack lanzó una carcajada—. La verdad es que, en un hotel que estuve una vez, la

persona que había ocupado la habitación antes que yo se había llevado el tapón de la bañera y tardaron dos días en darme otro.

—¡Eso te pasa por ir a hoteles baratos! —contestó Mattie, consciente de que Jack sólo debía ir a hoteles de primera clase.

Jack sonrió traviesamente. Los pantalones y la camisa negros que llevaba le sentaban a la perfección; encima del asiento posterior del coche había una chaqueta color crema.

A Mattie le había costado mucho elegir la ropa para el viaje; al final, se decidió por unos pantalones vaqueros, una camiseta blanca y una chaqueta negra. Estaba bien de aspecto y cómoda.

Sin embargo, Jack tenía aspecto de hombre rico y sofisticado, de hombre de mundo.

El pulso se le aceleró al mirarlo y también empezó a sentir un extraño hormigueo en el estómago. Se sentía muy rara.

—¿Os parece que acomodemos a Harry? —dijo Diana tomando el control de la situación—. Será mejor que vayamos ya porque tenéis que marcharos pronto.

Teniendo en cuenta que era la primera vez que ella se iba de viaje a solas con un hombre, le pareció que su madre se lo estaba tomando todo con excesiva calma. ¿De qué habían hablado exactamente Jack y su madre el día anterior? Desde luego, durante la cena del restaurante, ella no había logrado enterarse de todo.

—Por supuesto —Jack se agachó para acariciar a su perro—. Vamos, chico, a ver qué te parece esto.

Mattie notó que a Jack no le hacía muy feliz separarse de Harry; aunque, naturalmente, no tenía por qué preocuparse ya que a su madre le encantaban los perros y a estos les encantaba estar con Diana.

—¿Por qué no nos esperas aquí, Mattie? —sugirió Diana lanzándole a Mattie una mirada de advertencia.

—Sí, claro —respondió Mattie inmediatamente.

Sabía que a los propietarios de los animales les era muy difícil separarse de ellos; por lo tanto, cuanta menos gente hubiera mejor.

Unos minutos más tarde, Jack regresó con el rostro pálido y la expresión tensa.

Mattie se le acercó y le tocó un brazo con gesto comprensivo.

—No te preocupes, Harry se acostumbrará enseguida a estar aquí.

Jack sacudió la cabeza ligeramente y forzó una sonrisa, aunque continuaba muy pálido.

—Ahora' comprendo lo que mis padres sentían cada vez que me volvían a enviar al internado después de las vacaciones.

Mattie estaba segura de que no era lo mismo, pero...

—¿Y cómo te sentías tú cuando ellos te dejaban en el internado y regresaban a casa?

La sonrisa de él se tomó más sincera.

—Bueno... antes de que mis padres se marcharan, lloraba y esas cosas; pero en el momento en el que desaparecían, me juntaba con mis amigos y al instante estaba jugando y riendo.

—En ese caso, ya verás como a Harry le ocurre lo mismo —dijo Mattie lanzando una carcajada.

—La verdad es que no parecía muy triste ahora cuando lo he dejado —admitió Jack al tiempo que abría la portezuela del coche para que ella entrara—. Se estaba haciendo amigo de Sophie.

Al cabo de unos minutos se pusieron en camino y Jack comentó:

—He reservado mesa en un restaurante para nosotros dos esta noche, pero... ¿tienes alguna preferencia? ¿Quieres ir a algún sitio en particular en París?

Mattie agrandó los ojos.

—¿Yo?

—Sí, tú —confirmó él—. Puede que esté equivocado, pero me da la impresión de que nunca has estado en París.

—Tu impresión es correcta —admitió Mattie—. De todos modos, creía que este viaje era una cuestión familiar, ¿no?

—En mi familia, todos estamos muy unidos, Mattie, pero jamás pasaría cuatro días enteros con ellos teniendo la posibilidad de estar a solas con una bonita mujer; sobre todo, en París —Mattie fue a protestar, pero Jack continuó antes de que le diera tiempo—. Mañana por la tarde nos reuniremos con ellos, lo que hagamos el resto del tiempo es cosa nuestra.

Mattie se había quedado perpleja al oír lo de la «bonita mujer», pero lo que Jack dijo a continuación la dejó anonadada.

—No me importaría ir a Eurodisney —anunció Jack con cierta timidez—. ¿Qué te parece la idea?

—Bien —respondió ella, aún pensando en que iban a pasar la mayor parte de la Semana Santa solos.

¿De qué iban a hablar durante cuatro días enteros? ¿Y tres noches? ¿Y qué iban a hacer por la noche?

Mattie tragó saliva. —Jack...

—Tranquilízate, Mattie —Jack apartó una mano del volante para estrechar la de ella brevemente—. ¿Cuándo ha sido la última vez que te has tomado unos días de vacaciones?

—Hace un año —respondió ella.

—En ese caso, considera este viaje como unas breves vacaciones. Lo vamos a pasar bien, ya lo verás. —De acuerdo.

Jack lanzó una pequeña carcajada al notar el poco convencimiento de ella.

—No te preocupes, tenemos habitaciones separadas en el hotel, te lo prometo.

Al menos, eso era un pequeño alivio. No obstante, Mattie tenía la impresión de que era a ella a quien iba a pesarle que ambos tuvieran habitaciones separadas.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó Jack con voz ronca mientras le ponía las manos en los hombros.

Mattie, delante de la ventana de su habitación en el hotel y con los ojos fijos en la Torre Eiffel, se sentía como si la hubieran hipnotizado. Aquella construcción era increíblemente hermosa.

Jack no había exagerado al decirle que el hotel tenía vistas a la Torre Eiffel, a Mattie le parecía que, con sólo alargar un brazo, casi podría tocarla.

—Mattie... —Jack le apretó los hombros.

—Es... Yo... —Mattie sacudió la cabeza—. Gracias.

Despacio, Jack la hizo volverse de cara a él y, con consternación, vio lágrimas en los ojos de ella.

—¿Por qué?

—Por... esto —Mattie movió los brazos indicando la habitación del hotel y la magnífica vista.

Era una habitación grande y bonita. Mattie se había quitado los zapatos al quedarse sola; ahora, tenía los pies hundidos en la espesa alfombra. Una enorme cama doble dominaba la estancia y el baño era sumamente lujoso, con jacuzzi incluido.

—Todavía no lo has visto todo —Jack sonrió; después, le tomó

la mano y la condujo hacia la puerta que comunicaba los aposentos de ambos.

Mattie había pensado que la habitación contigua a la suya era la de Jack; de hecho, la puerta de comunicación entre los dos dormitorios la había preocupado ligeramente. ¡Pero inmediatamente se dio cuenta de su error!

Si su dormitorio le había parecido lujoso, el cuarto de estar en el que se encontraba la dejó impresionada. Lujosos sillones, mesitas auxiliares de cristal, fruteros y flores encima de las mesas, un bar en un rincón de la estancia y un televisor en otro.

Aunque Mattie no creía que nadie que estuviera allí pudiera ponerse a ver la televisión teniendo la Torre Eiffel delante de la ventana.

Pero si aquél era el cuarto de estar...

—Mi habitación está ahí —Jack interpretó correctamente su visible confusión y se acercó a abrir la puerta que estaba al lado del bar; al momento, un dormitorio idéntico al de ella apareció a la vista.

La única diferencia era que, en el cuarto de Jack, había dos camas gemelas en vez de una de matrimonio.

Jack le había asegurado que tenían habitaciones separadas. ¡Lo que se le había olvidado mencionar era que tenían un cuarto de estar común!

—Venga, ponte unos zapatos y vamos a dar un paseo.

Mattie agradeció el entusiasmo de él; sobre todo, teniendo en cuenta de que Jack debía haber estado en París docenas de veces. Pero si estaba dispuesto a hacer de turista por ella, sería una tontería poner objeciones.

—Ver todo esto a través de tus ojos hace que sea una nueva experiencia para mí también —una vez más, Jack pareció leerle el pensamiento—. A menos,

por supuesto, que prefieras ir a comer algo primero. La comida de avión no es muy buena que digamos.

Teniendo en cuenta que habían volado en primera y que la comida que les habían servido podía competir con la de un buen restaurante, Mattie no tenía hambre. Y se lo dijo.

—Esperaba que dijeras eso —Jack sonrió—. Bueno, vámonos ya, ¿de acuerdo?

El entusiasmo de Jack era contagioso. Mattie se dejó la chaqueta en el hotel, la primavera en París era como el verano en Inglaterra.

En el vestíbulo del hotel, Mattie titubeó unos instantes.

—¿No deberías, al menos, decirle a tu familia que hemos llegado?

—Ya lo he hecho —respondió él—. Y también he llamado a tu madre para decírselo.

Mattie agrandó los ojos de sorpresa. Al llegar, había tenido la intención de llamar a su madre por teléfono, pero como no hablaba francés y no sabía qué número había que marcar para una conexión directa, había decidido dejarlo para más tarde y pedirle ayuda a Jack.

—Ha sido todo un detalle por tu parte —dijo Mattie.

—No tiene importancia. Quería también saber cómo está Harry.

Naturalmente. Era una tontería pensar que lo había hecho por otro motivo.

—¿Y cómo está?

—Bien —respondió él brevemente—. Por cierto, mi familia está deseando conocerte mañana.

Mattie tragó saliva. En Inglaterra, no le había dado importancia al encuentro con la familia de Jack; se iba con él a París, iba a representar el papel que se le había asignado durante cuatro días y vuelta a su vida normal.

¡Pero la realidad era completamente distinta!

En primer lugar, el viaje con Jack como su compañera había sido toda una experiencia. El hotel en el que estaban era como de otro mundo; desde luego, un mundo completamente diferente al suyo. Además, cuanto más tiempo pasaba con Jack, más le gustaba estar con él. ¿Le estaba gustando demasiado?

En realidad, su vida en Inglaterra, con su madre y el trabajo, empezaba a parecerle algo distante, lejano. ¿Cómo iba a sentirse después de aquellos cuatro días en París?

—Hora de beber algo —decidió Jack.

Jack le tomó la mano, cruzaron la calle y bajaron una escalinata que daba a los cafés del paseo del Sena.

¡Y Jack no le soltaba la mano!

Mattie estaba segura de que parecían dos amantes dando un paseo.

Pero, mientras observaba a Jack que estaba pidiendo dos cafés en francés al camarero, se dio cuenta de que era demasiado fácil olvidarse del verdadero motivo por el que estaba allí. Era demasiado fácil vivir el momento y dejarse seducir por aquella romántica atmósfera. ¡Y por Jack!

Sin embargo… ¿qué pasaría el lunes cuando volvieran a Inglaterra?

Que se sentiría con el corazón destrozado.

Jack era mucho más que un compañero de viaje encantador. Era Jonathan Beauchamp, propietario de JB Industries. Sus padres eran ricos, tenían que serlo forzosamente, si celebraban la cena de compromiso de su hija en París. Y Jack era un hombre que, al menos hasta hace cuatro días, tenía cuatro novias.

E, ignorando lo demás, Mattie no podía olvidar nunca lo de las cuatro novias.

—¿Te importaría que volviéramos al hotel? —preguntó ella de repente—. Estoy un poco cansada.

Al ver la expresión de desilusión de Jack, añadió:

—Me gustaría darme un baño y lavarme la cabeza antes de salir a cenar esta noche.

Un baño no le vendría mal, pero lo que realmente necesitaba era estar sola un rato con el fin de levantar sus defensas contra ese hombre.

—Como tú quieras —respondió Jack terminándose el café—. Debería haber pensado en eso.

Jack dejó el dinero de los cafés encima de la mesa y comentó:

—No tenemos que hacerlo todo en un día, contamos con cuatro días para que te enamores de París —declaró él con satisfacción.

Ya estaba enamorada de París.

¡Y también temía haberse enamorado de Jack!

Capítulo 6

LA CENA, en un barco que hacía una pequeña travesía por el Sena, no era exactamente la clase de actividad que iba a ayudar a Mattie a recuperar el sentido común respecto a sus sentimientos por Jack.

Al decirle Jack que había reservado mesa para la cena, ella había supuesto que sería en el restaurante del hotel. Por lo tanto, se llevó una sorpresa cuando Jack la hizo salir del hotel y la metió en un taxi.

Llegaron al barco en diez minutos y les ofrecieron una copa de champán antes de llevarlos a la mesa a bordo del lujoso crucero. ¡Y otra copa de champán inmediatamente después!

Mattie sacudió la cabeza.

—Jack, pienso que...

—París no es el lugar más apropiado para pensar, Mattie —la interrumpió Jack tras lanzar una carcajada.

Con un traje negro, camisa blanca y lazo estaba guapísimo.

—París es un festín para los sentidos —continuó él—. Pero ni se te ocurra pensar, Mattie. Pensar lo estropea todo.

¡Eso era lo que la preocupaba!

Ella se había puesto uno de los dos nuevos vestidos de noche que se había comprado, un vestido de seda azul que hacía juego con el color de sus ojos.

—Puede que tengas razón —concedió ella—. Pero... ¿se te ha olvidado el motivo por el que estoy aquí?

—¿Mmmm? —Jack apartó los ojos de la ventana que había junto a su mesa y que mostraba una maravillosa vista de la ciudad de la Luz.

—¡Jack! —exclamó Mattie con frustración ¡El motivo por el que

estoy aquí!

—¿Qué ocurre con el motivo por el que estás aquí?

Mattie suspiró de impaciencia.

—¿Cómo crees que el hecho de que cenemos los dos solos en este barco va a demostrarle sutilmente a la tal Sharon que no estás interesado en ella? —razonó Mattie.

—A mí me parece evidente —contestó él—. El hecho de que estemos cenando aquí es prueba suficiente de que prefiero estar a solas contigo que con mi familia.

Mattie no podía negar la lógica del argumento. No obstante, seguía sin estar convencida del todo. Fundamentalmente, porque prefería estar en cualquier otro sitió que a solas con Jack, tanto si se trataba de un barco como de otro lugar.

—No era necesario que te gastaras tanto dinero para eso, podríamos haber pedido que nos subieran la cena a la habitación o algo por el estilo —murmuró ella mientras les servían el primer plato, un delicioso paté de foie gras.

Además, si se hubieran quedado en el hotel, ella se habría quedado en su dormitorio y Jack en el

suyo. Ahí sentada, tan cerca de él, estaba perdiendo el poco sentido que le quedaba.

—No digas tonterías, Mattie —dijo Jack sin darle importancia a las palabras de ella—. No te he traído a París para que los dos nos pasemos todo el tiempo encerrados en el hotel.

Mattie empezaba a preguntarse para qué la había llevado a París.

—A menos que fuera en tu habitación, claro —le murmuró Jack al oído, acariciándoselo con el aliento—. Al fin y al cabo, eres tú quien tiene la cama de matrimonio.

Mattie bajó los ojos, clavándolos en el plato de paté. Le pareció que no iba a poder probar bocado, algo la atragantaba. ¡Probablemente, su propio corazón!

—Dime, Mattie —continuó Jack mientras untaba tranquilamente paté en una tostada—, ¿cuándo has empezado a considerar la posibilidad de que puede que intente seducirte mientras estamos en París?

Mattie jadeó; después, se volvió para mirarlo con expresión incrédula.

—Yo... Yo no...

—Sí, tú sí —Jack le sonrió—. ¿Qué te parece si te hago una promesa, Mattie?

Ella tragó saliva antes de contestar.

—¿Qué clase de promesa?

Jack se encogió de hombros.

—Te prometo no intentar seducirte si tu me prometes no intentar seducirme.

Mattie se quedó sin saber qué decir.

—Yo... yo... yo... ¡no tengo ninguna intención de seducirte! —exclamó por fin con indignación.

—En ese caso, no hay problema —respondió Jack volviendo al paté.

Mattie continuó mirándolo fijamente. Ese hombre era increíble, incorregible. Como si ella... como si ella fuera capaz de semejante cosa. ¿Intentar seducirlo? Intencionadamente, no. ¡Ni intencionadamente ni de ninguna de las maneras!

A menos que...

¿A menos que qué?

¡A menos que no pudiera remediarlo!

Estaba sobrecogida por lo nuevo de la experiencia. El hotel de lujo, la belleza de París, el ambiente romántico... y Jack. Sobre todo, Jack, admitió Mattie con un suspiro. Era tan...

—Pero si te animas, no te reprimas, ¿de acuerdo? —dijo él.

Era insufrible, concluyó Mattie lanzándole una impaciente mirada, y lo sorprendió mirándola con ojos llenos de humor.

No estaba dispuesta a darle esa satisfacción. Aunque estuviera muerta de ganas de besarlo, no lo haría. Aunque... estaba deseando que él la besara, pero también estaba luchando con todas sus fuerzas contra ese deseo.

¡Cómo si le estuviera sirviendo de mucho!

Ojala no hubiera accedido a ir con Jack a aquella ciudad, ojala estuviera en Inglaterra con su madre y su trabajo. Ojala...

Mattie volvió los ojos a Jack al darse cuenta de que estaba riendo.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —preguntó ella.

—Tú —respondió él—. A pesar de ser evidente que crees lo contrario, mi amor, no tengo intenciones respecto a tu precioso

cuerpo.

A Mattie la habrían tranquilizado más esas palabras si Jack no hubiera dicho «mi amor». Por supuesto, sabía que no era su amor. Jack lo había dicho de forma cariñosa.

Precioso cuerpo... De repente, se dio cuenta de que eso también lo había dicho Jack. ¿En serio creía él que tenía un cuerpo precioso?

La cena fue transcurriendo en ese tono. A su alrededor, Mattie sólo veía parejas de enamorados absortos en sí mismos.

Acabó sintiéndose como si la hubieran hechizado.

Cuando salieron del barco era casi medianoche. La atmósfera olía a comida y a flores, embriagando los sentidos.

Jack no necesitaba intentar seducirla, estaba dispuesta a rendirse a él en cualquier momento.

—He pedido un taxi por teléfono para que viniera a recogernos —dijo Jack señalando el vehículo que los estaba esperando—. Sin embargo, pienso que podría ser agradable volver al hotel dando un paseo, ¿a ti qué te parece?

Mattie pensaba que cuanto antes volviera al hotel y se encerrase en su habitación mejor.

—Me parece muy bien —contestó ella.

La culpa la tenía el champán. Era evidente que le había enturbiado la mente.

—Esperaba que dijeras eso —Jack le sonrió a la luz de la luna—. Voy a ir a decirle al taxista que hemos cambiado de planes. No te muevas de donde estás.

¿Adónde iba a ir ella sola?

Jack volvió a reunirse con ella al cabo de un par de minutos, sonriéndole y mirándola con esos ojos negros.

Mientras ella lo observaba, se dio cuenta de que había estado esperando a ese hombre toda la vida.

De repente, se quedó casi sin respiración. Las piernas empezaron a temblarle. Sus mejillas empalidecieron visiblemente.

—Eh, ¿te ocurre algo? —preguntó Jack agarrándole los brazos y mirándola con expresión interrogante.

Mattie temió no volver a recuperar la razón nunca. Aquello debía ser la cosa más irresponsable y más estúpida que había hecho en la vida. ¡Se había enamorado de Jack Beauchamp!

—Mattie... —insistió él al ver que Mattie no respondía.

Mattie tragó saliva y sacudió ligeramente la cabeza. No podía permitir que Jack se enterase de lo que sentía por él. ¡Sería humillante!

—No, nada, estoy bien, Jack —contestó Mattie—. Y a pesar de lo que has dicho antes, tengo curiosidad por saber qué es lo que suele ocurrir en estos casos.

—¿Qué? —preguntó él confuso.

—Oh, vamos, Jack —Mattie forzó una carcajada—. Es evidente que tú estás acostumbrado a este tipo de cosas, así que... ¿qué pasa ahora?

Jack le soltó los brazos y la miró con expresión precavida.

—Me parece que no entiendo lo que quieres decir.

—Seducción, Jack —contestó ella—. Hemos compartido una cena romántica. Ahora vamos a dar un romántico paseo a la luz de la luna... ¿Qué viene después?

Jack empequeñeció los ojos.

—¿Crees que tengo la costumbre de venir a París con mujeres y, después de darles de cenar, me dedico a seducirlas?

Mattie prefirió ignorar el tono de advertencia en la voz y en la expresión de él. Tenía que separarse de Jack. ¡Tenía que hacerlo por su propio bien!

—Me parece un sistema muy caro de seducción —declaró ella con malicia—. Pero, desde luego, efectivo.

Mattie le sonrió burlonamente.

De repente, no vio ningún calor en esos ojos oscuros.

—Lo que va a ocurrir ahora, Mattie, es que vamos a caminar hasta el hotel, nos vamos a dar las buenas noches y luego nos vamos a ir a nuestros respectivos dormitorios —respondió Jack con brusquedad.

—Jack, no estás enfadado conmigo por adivinar tu juego, ¿verdad? —bromeó ella—. Al fin y al cabo, el único motivo por el que estoy aquí es por haber estropeado tus relaciones con esas cuatro mujeres, una de las cuales iba a venir aquí contigo estos días.

Mattie había querido recordárselo a él... y recordárselo a sí misma también.

—Después de lo que te he dicho esta tarde, ¿es lo que crees que está pasando esta noche? —preguntó Jack duramente.

Mattie asintió.

—Aunque, por supuesto, no es que no me haya gustado la cena y todo esto. Pero estás perdiendo el tiempo conmigo —declaró ella con una ligereza que no sentía.

—Sí, es evidente —contestó Jack con voz tensa.

—¿Estás enfadado porque no me he dejado engañar?

—No, en absoluto —dijo Jack, relajándose visiblemente—. ¡Pero no puedes echarle en cara a un hombre que lo intente!

Quizá no, reconoció Mattie. ¡Lo que la preocupaba era que Jack lo hubiese conseguido!

—¿Nos ponemos en marcha? —preguntó él ofreciéndole el brazo.

Mattie vaciló un segundo antes de entrelazar su brazo con el de él, lo que fue suficiente para que volviera a echarse a temblar. No obstante, de no haberle tomado del brazo, Jack habría podido sospechar que ella no tenía tanto control de la situación como parecía. Y por nada del mundo quería que se enterase de que su método de seducción había tenido éxito.

Aquella tarde no había sido una pérdida de tiempo, reconoció Mattie casi con desesperación mientras caminaban de regreso al hotel.

Se había enamorado de ese hombre. Le gustaba físicamente, le gustaba cómo hablaba, su sentido del humor, el cariño que le tenía a su familia... ¡incluso el cariño que le tenía a su perro! Lo único que no le gustaba de Jack era lo mucho que a él le gustaban las mujeres y que fuera capaz de tener cuatro novias simultáneamente.

¡Eso era lo que no soportaba en él!

Y no se debía sólo a la mala experiencia que había tenido con Richard. Tenía como referencia el matrimonio de sus padres que, aunque corto, fue muy feliz. Ella era monógama.

Pero con Jack, sólo podía tener una clase de relación.

Triste, pero verdad.

Cuando llegaron al hotel, Mattie se sentía muy mal.

¿Qué demonios le ocurría? Había decidido romper la intimidad que ambos habían establecido durante la cena, y lo había hecho por su propio bien. Pero, ahora que ya estaba hecho, ¿por qué se sentía tan desgraciada?

Porque quería olvidarse de todo y vivir el momento, porque

quería arrojarse a los brazos de Jack y no pensar en las consecuencias.

Mattie volvió el rostro hacia él mientras subían en el ascensor.

—Jack...

—Mattie... Perdona —se disculpó Jack cuando ambos hablaron a la vez—. Primero las damas.

El ascensor se detuvo, se abrieron las puertas y ambos salieron al corredor.

Mattie alzó la cabeza para encontrar la mirada de Jack con la suya.

—Yo...

—Mattie, si no te beso pronto...

Jack lanzó un gruñido, bajó la cabeza y su cálida boca tomó posesión de la de ella.

Sus miedos y precauciones la abandonaron mientras respondía a ese beso abrazada a Jack, aferrada a él, consciente de que era así como quería pasar el resto de la noche.

Sus cuerpos se amoldaron perfectamente mientras el beso continuaba. Mattie sentía los pechos ardiendo de deseo, el cuerpo entero en llamas...

—¡Jack! ¡Ah, Jack, por fin estás aquí!

Mattie se separó bruscamente de él al oír aquella voz de mujer y la vio caminando hacia ellos. Fue entonces cuando se dio cuenta de que ella debía haber estado esperando a la puerta de su suite. ¡Esperando a Jack!

Era una mujer muy hermosa: alta, rubia, de rasgos exquisitos y un cuerpo perfecto.

De repente, la vio arrojarse a los brazos de Jack y la oyó lanzar un sollozo.

—¡Tina! —exclamó Jack—. ¿Qué te ocurre? ¿Qué es lo que pasa?

¡Tina!

Mattie no sabía qué estaba haciendo allí esa mujer, pero sabía que Tina era una de las cuatro mujeres que habían recibido un ramo de flores el sábado anterior con la tarjeta cambiada.

Lo que significaba que debía ser Tina la que, en principio, iba a acompañar a Jack a París.

—Se trata de Jim —la mujer alzó el rostro, las lágrimas le

corrían por las mejillas—. Lo... he dejado.

—¿Que has hecho qué? —dijo Jack con incredulidad.

Tina, con gesto defensivo, echó la cabeza hacia atrás.

—He dejado a Jim —repitió con decisión.

La mujer casada que iba a haber acompañado a Jack a París, pensó Mattie.

Jack sacudió la cabeza.

—No es posible que hayas hecho eso.

—Sí, lo he hecho —confirmó Tina con firmeza al tiempo que iba recuperando el control de sí misma.

Mattie pensó que debía marcharse. ¡No quería estar allí!

—Jack... —Mattie le tocó el brazo—. Creo que será mejor que os deje solos para que habléis tranquilamente.

—Yo... sí, creo que será lo mejor —dijo él aún con expresión de incredulidad, claramente afectado por la aparición de Tina—. Necesito un poco de tiempo para intentar solucionar esta situación.

Conteniendo las lágrimas, Mattie se dio la vuelta y se alejó rápidamente de la pareja en busca de la soledad de su habitación.

Una vez allí, se arrojó a la cama, se cubrió la cabeza con la almohada y se echó a llorar.

Era horrible. Nunca le había ocurrido nada tan horrible.

Evidentemente, Tina era la mujer que debería haber acompañado a Jack a París antes del problema de los ramos de flores y las tarjetas. Y ahora, Tina estaba allí. Y no sólo estaba allí sino que también había dejado a su esposo.

Y eso... ¿en qué situación la dejaba a ella?

M ATTIE... ¡Mattie! ¿Estás despierta? —la pregunta fue acompañada de unos golpes en la puerta.

Claro que estaba despierta. Despierta y sintiéndose sumamente desgraciada. Y no creía que dejar entrar a Jack a esas horas de la madrugada, las dos según el despertador, iba a hacerla sentirse mejor. Por suerte no se había olvidado de cerrar con llave la puerta que daba al cuarto de estar.

—Mattie... tengo que hablar contigo.

¡De eso no le cabía la menor duda! Pero podía esperar unas horas para decirle lo que estaba segura que iba a decirle: ahora que Tina estaba en París, ella podía volver a Inglaterra.

—Mattie... —repitió Jack con frustración.

«Vete», suplicó ella en silencio. «Vete y déjame sola».

Quizá por la mañana se sintiera mejor y pudiera enfrentarse a la situación. Aunque lo dudaba.

Por supuesto, no era del todo culpa de Jack que Tina hubiera aparecido en París, pero eso no la hacía sentirse mejor. Ni comprensiva con Jack. De no ser por lo complicada que era la vida de él no se encontrarían en esa situación.

Capítulo 7

¡Y tampoco le habría conocido y no se habría enamorado de él!

¡Qué idiota había sido!

Mattie se acurrucó en la cama con la esperanza de que Jack se marchara pronto a su habitación.

—Mattie, déjame entrar —dijo él con voz suave—. En serio tengo que hablar contigo. Sé que debes pensar que... tengo que explicártelo.

¿Explicar qué? ¿Que llevarla a París había sido una equivocación? ¿Que el beso también había sido una equivocación? ¿Que la situación podía arreglarse si ella tomaba un avión de regreso a Inglaterra lo antes posible?

Bien, no necesitaba molestarse; ella era perfectamente capaz de reservar una plaza en un avión y marcharse. Pero la llegada de Tina la había descompuesto y aún no se sentía lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a Jack.

Lo haría por la mañana.

—Está bien, me rindo de momento —dijo él—. Pero voy a hablar contigo, Mattie. Tengo que explicártelo. ¡Ah, qué demonios, no tiene sentido seguir hablando a través de una puerta cerrada! Hablaremos por la mañana.

Quizá. Y quizá no. Todo dependía de si ella conseguía un vuelo a primera hora para volver a su casa.

Porque estaba decidida a marcharse. Iba a marcharse pasara lo que pasara. Jamás debería haber accedido a ir a París con él.

Se dio media vuelta en la cama y vio su maleta ya hecha y esperando. Lo único que tenía que hacer era esperar a que se hiciera de día.

¡Lo único!

Fueron las horas más largas de su vida. Por fin, a las seis de la mañana, se puso unos pantalones vaqueros, una camisa y una chaqueta y salió del dormitorio.

París, un sábado a las seis y media de la mañana, estaba completamente desierto, a excepción de algún que otro trasnochador de camino a su casa. Por lo que Mattie se vio pronto sentada en un banco con unas palomas merodeando por ahí.

Unos meses atrás, había creído estar enamorada de Richard, pero ahora se daba cuenta de que era su orgullo lo que más había sufrido con el fracaso de esa relación. ¿Cómo lo sabía? Porque ahora sabía lo que era estar realmente enamorada. De Jack. ¡Y era lo más doloroso que le había ocurrido nunca!

¿Dónde estaba la felicidad del amor?

Pero se dio cuenta de que el problema no era estar enamorada, sino… ¡estar enamorada de él!

El problema era Jack Beauchamp.

¿Cariñoso hijo y hermano? ¿O mujeriego?

Durante la noche anterior había creído que Jack era lo primero; pero la llegada de su amante casada no le dejó dudas de que era lo segundo.

En cualquier caso, estaba enamorada de él. Y era ridículo, pero…

—Hola. No imaginaba que fuera a encontrarme a nadie a estas horas de la mañana —dijo una voz en inglés.

Mattie había estado tan sumida en sus pensamientos que no había advertido la presencia de nadie más. Por fin, forzó una sonrisa y miró a la mujer

que se había sentado en el mismo banco que ella, próximo a la Torre Eiffel.

—Buenos días —respondió Mattie.

La mujer, bastante mayor que ella, sonrió.

—Sabía que eras inglesa. Los perros locos y las mujeres inglesas son los únicos que se levantan a estas horas.

Mattie se echó a reír. Aquella mujer le gustó inmediatamente. Debía tener sesenta y algún años, de cabello gris bien peinado, ojos azules y rostro amable.

¿Que esa mujer le había gustado inmediatamente?

La sonrisa de Mattie se desvaneció. ¿Adónde la había conducido su instinto? ¡A enamorarse de un hombre del que jamás debía

haberse enamorado! Por lo que sabía, esa mujer podía ser una asesina.

—Aunque me parece, querida, que eres demasiado joven para sufrir insomnio —le dijo la mujer.

Mattie se encogió de hombros.

—Voy a volver a Inglaterra hoy mismo, así que quería disfrutar esto un poco más —al menos, esperaba volver a Inglaterra ese mismo día.

—Oh, qué lástima. De todos modos, ¿lo has pasado bien aquí? Sí, claro que sí, ¿cómo no ibas a pasarlo bien en París? —dijo la mujer, respondiendo a su propia pregunta.

La respuesta que Mattie hubiera podido darle habría sido completamente diferente.

La mujer sonrió.

—La primera vez que vine a París fue hace treinta y cinco años, en mi viaje de luna de miel —dijo la mujer con expresión ensoñadora—. Sin embargo, es como si hubiera sido ayer. Aunque no creo que mis cinco hijos y mis tres nietos estuvieran de acuerdo conmigo, ¿no te parece?

La mujer lanzó una pequeña carcajada.

—París es una ciudad muy romántica —dijo Mattie.

La mujer la miró con expresión interrogante.

—¿Has venido con tu novio?

Mattie dudaba mucho poder describir a Jack como su novio, él nunca se entregaría a una mujer con exclusividad.

—No —respondió ella simplemente—. Yo... digamos que no he tenido mucha suerte en este viaje.

—Qué pena —la mujer sonrió tristemente—. Yo he venido debido a una celebración familiar, a la cena de compromiso de mi hija menor.

De repente, Mattie se alarmó. No podía ser una coincidencia...

¡Aquella mujer era la madre de Jack!

¿Podía empeorar aún más la situación? No lo creía.

Miró a la mujer con renovado interés, buscando algún parecido entre ella y Jack. Y no lo encontró. Jack debía parecerse a su padre.

—Creo que será mejor que me vaya —dijo Mattie poniéndose en pie—. Yo... ha sido un placer conocerla. Espero que lo pase bien en la cena.

—Gracias, querida —la mujer le sonrió.

Mattie se dio la vuelta para marcharse.

—Esperaba que estuvieras en la cena con nosotros, Mattie. Te llamas Mattie, ¿verdad?

Mattie se volvió de nuevo al oír su nombre y se quedó mirando a la mujer con expresión horrorizada. La madre de Jack sabía quién era.

Pero… ¿cómo sabía quién era ella?

—Mattie, por favor, siéntate —dijo la madre de Jack—. A propósito, yo soy Betty Beauchamp.

Inmediatamente, Mattie aceptó la invitación y volvió a sentarse.

—Yo soy… Mattie Crawford —dijo Mattie.

—Vamos, Mattie, no es para estar tan sorprendida. Puedo llamarte Mattie, ¿verdad? No tengo poderes extra sensoriales ni nada por el estilo, lo que pasa es que ayer os vi. a ti y a Jack salir del hotel juntos —explicó Betty.

—Ah, entiendo —dijo Mattie, sin saber qué más podía decirle a la madre de Jack… sin ofenderla.

Betty dijo con tristeza:

—No sé qué es lo que ha hecho Jack que te ha disgustado tanto, querida, pero es evidente que algo ha hecho. Lo que es una pena, dado que anoche, cuando os vi juntos, parecíais muy felices.

Betty sacudió la cabeza.

Eso fue antes de la llegada de Tina. Antes de que ella se hubiera dado cuenta de que su presencia allí sobraba.

Betty suspiró.

—Me puse tan contenta cuando Jack nos llamó el miércoles para decirnos que una joven iba a venir con él esta Semana Santa…

—¿El miércoles? —repitió Mattie súbitamente—. Pero si yo… ¿No va Jack acompañado de alguien siempre?

—¿Jack? No, nada de eso —contestó Betty—. Esta es la primera vez que Jack ha decidido presentarnos a… una amiga suya. Lo que nos alegró mucho, ya

que Jack es siempre muy reservado en lo que a su vida privada se refiere.

¡Dadas las circunstancias, no la sorprendía!

A pesar de lo cual, Mattie aún seguía sin comprender lo que la madre de Jack le había dicho.

—Pero Jack iba a venir con otra este fin de semana, ¿no? —insistió Mattie.

—No. La primera noticia que tuvimos de ello fue el miércoles —declaró Betty—. Como ya he dicho, Edward y yo estábamos deseando conocerte.

La madre de Jack sonrió cálidamente.

Mattie seguía confusa. Jack le había dicho que el incidente con los ramos de flores y las tarjetas le había ocasionado serios problemas en sus relaciones...

—Ya sé que, a veces, Jack puede tener... demasiado genio. Me temo que, en eso, se parece a su padre. Por supuesto, yo me he acostumbrado a ello; pero claro, son años de experiencia —dijo Betty con indulgencia—. Sin embargo, Jack también es un chico muy considerado, por lo que todos le disculpamos sus pequeños... defectos.

Mattie se vio sobrecogida por las dudas.

—Dígame, señora Beauchamp...

—Por favor, tutéame y llámame Betty —dijo la madre de Jack.

—Gracias. Dime, Betty, si Jack es tan considerado, ¿por qué nunca te envía flores?

A la madre de Jack le sorprendió la pregunta. A Mattie no le extrañó; pero, para ella, era importante saberlo.

—¡Me sorprende mucho que sepas que no me envía flores! —exclamó Betty—. La razón por la que Jack no lo hace es porque no soporto las flores cortadas; en mi opinión, deberían dejarse en la planta en vez de cortarlas y meterlas en un jarrón para que se mueran. Por lo tanto, cuando Jack envía ramos de flores a las chicas, a mí siempre me manda un rosal vivo para que lo plante en el jardín. Creo que debo tener unos cincuenta por lo menos.

La última frase fue acompañada de una expresión de satisfacción.

—¿Las chicas? —repitió Mattie con cierto temblor en la voz, aunque temía conocer la respuesta a la pregunta.

De estar en lo cierto... ¡iba a estrangular a Jack cuando lo viera!

—Sí, mis cuatro hijas —contestó Betty con orgullo—. ¿No te he dicho que tengo cinco hijos? Jack es el mayor, seguido de Christina, las gemelas, que son Sandy y Caroline, y por último...

—Alexandra —concluyó Mattie. ¡Si lo que suponía se

confirmaba...!—. ¿Alexandra es Sandy?

—Sí —contestó Betty frunciendo el ceño—. Este será el segundo matrimonio de Sandy. El primero fue un auténtico desastre, por lo que todos estamos muy contentos de ir a celebrar esta segunda oportunidad de ser feliz.

—Y sus otras hijas son... ¿Tina, Sally y Cally? —continuó Mattie.

—Sí. Las familias somos terribles poniendo motes, ¿verdad? Y Jack es, en realidad, Jonathan, pero siempre lo hemos llamado Jack.

¡Sí, iba a estrangularlo!

¡Esas cuatro mujeres que ella había supuesto que eran las novias de Jack, eran sus hermanas!

Increíble. ¡Absolutamente increíble!

Era irrelevante que Jack hubiera intentado explicarle que no tenía cuatro novias porque le había hecho chantaje para obligarla a ir a París. ¿Por qué? No lo sabía. Lo que sí sabía era que Jack le había mentido, le había chantajeado, le había...

En ese momento, Mattie estaba demasiado enfadada incluso para insultarlo. Sin duda, iba a verlo de nuevo y le diría lo que pensaba de él. Porque había tomado la decisión de no irse a Inglaterra.

Jack le había mentido al decirle que necesitaba que sustituyera a la mujer que iba a acompañarlo a París y que se había echado atrás, y le había mentido porque Jack no había tenido intención de ir a París acompañado de ninguna mujer.

Por motivos desconocidos para ella, Jack la había llevado a París y, delante de su familia, quería dar la impresión de que todo en su vida era perfecto.

—Discúlpame, Betty, pero tengo que volver al hotel —dijo Mattie poniéndose en pie—. Es posible que Jack y yo podamos solucionar nuestro pequeño problema y no sea necesario que me marche.

—Ah, eso espero —Betty sonrió abiertamente—. Toda la familia está deseando conocerte.

Mattie se sintió culpable de repente. Si el resto de los miembros de la familia de Jack eran como su madre, debían ser encantadores. Y Jack no tenía derecho a engañarlos, fuera por el motivo que fuese.

—De todos modos, me temo que no vas a encontrar a Jack en el hotel todavía —añadió Betty—. Se ha ido al aeropuerto a recoger al marido de mi hija mayor.

Betty frunció el ceño antes de continuar.

—Como creo que ya sabes, Tina llegó anoche diciendo que había dejado a Jim. Me temo que mi hija tiene un carácter muy fuerte y no se para a pensar las cosas —Betty sacudió la cabeza—. Pero esta vez ha llegado demasiado lejos; Jim, su marido, es un joven encantador.

Así que Jack había ido al aeropuerto a recoger a su cuñado, ¿no? Quizá eso explicara la urgencia que Jack tuvo de hablar con ella la madrugada pasada; consciente de que tenía que ir muy temprano al aeropuerto, había querido aclarar la situación con Mattie antes por si acaso ella, enfadada, se iba sin despedirse.

No, ya no tenía que preocuparse de que eso pudiera ocurrir.

De lo que Jack sí tenía que preocuparse era de cómo iba ella a comportarse el resto del fin de semana. Jack le había tomado el pelo con lo del viaje; ahora, había llegado el momento de hacer de él la víctima.

—Estoy segura de que solucionarán sus problemas —le dijo Mattie a Betty Beauchamp—. Al fin y al cabo, esto es París.

—¡Sí, así es! —exclamó Betty más animada—. Me alegro mucho de que hayas cambiado de idea y te quedes.

—Betty, me gustaría pedirte un favor. ¿Te importaría no mencionar a Jack esta conversación que hemos tenido? Por supuesto, le diré que nos hemos conocido; pero no creo que fuera a gustarle la idea de que hayamos hablado de él…

—No, no le gustaría en absoluto —dijo Betty al momento, aliviada por la sugerencia—. De todos modos, me alegro mucho de haber estado charlando contigo y estoy deseando verte otra vez durante la cena.

—Gracias —contestó Mattie antes de darse media vuelta y empezar a caminar hacia el hotel.

¿Qué demonios se creía Jack que estaba haciendo?

¿Y qué era lo que Betty Beauchamp creía? ¿Que las intenciones de Jack eran serias respecto a ella?

A la única conclusión a la que podía llegar era que Jack, impulsivamente y pensando sólo en quitarse a Sharon de encima, la

había llevado allí sin pensar en las consecuencias y engañando a su familia.

Bien, pues iba a ver quién se reía de quién.

Capítulo 8

MATTIE… ¿qué estás haciendo?

Mattie estuvo a punto de lanzar una carcajada al ver la expresión de perplejidad de Jack cuando ella se arrojó a sus brazos y alzó el rostro para recibir un beso.

Sin disimulo, miró a espaldas de él, hacia el cuarto de estar y, al instante, retrocedió.

—Me ha parecido buena idea mostrar afecto por si no estábamos solos —respondió ella, plenamente consciente de que ése no era el caso.

Pero Jack no podía saber que, unos minutos antes, al oírlo llegar del aeropuerto Mattie se había asomado al cuarto de estar y lo había visto vacío.

Jack la miró fijamente.

—Muy astuta —Jack se pasó una mano por el cabello con gesto cansado—. Pero tengo calor y estoy pegajoso.

Más que cansado se lo veía agotado. Tratar de ayudar a su hermana y a su cuñado a solucionar sus problemas debía haberle dejado exhausto.

Pero Mattie no estaba de humor para compadecerse de él.

—Así que no estás para seducciones, ¿eh? —bromeó ella con mirada burlona.

Aunque esperaba no excederse en su broma, no quería que Jack se diera cuenta de que había descubierto su juego. No quería que se diera cuenta… todavía.

—¿Quieres que pida que te suban algo de comida mientras te das una ducha? —preguntó Mattie, consciente de que, después de la forma como se despidieron la noche anterior, a Jack lo tenía completamente confuso su comportamiento.

Y eso era precisamente lo que Mattie quería. Le serviría de lección pensar que ella se estaba tomando la relación muy en serio, que se estaba enamorando de él.

—A propósito, me han dado tu mensaje —le informó Mattie refiriéndose a la nota que le habían dado en recepción al volver al hotel después de charlar con Betty por la mañana temprano.

La nota había sido muy breve: «He tenido que ir al aeropuerto. No hagas nada hasta que vuelva. Jack».

¡Que no hiciera nada hasta que él volviera! ¿Qué se creía que era, un perro faldero? Porque si eso era lo que pensaba...

—Ya veo —contestó Jack—. Tú...

—¿Quieres almorzar algo —lo interrumpió Mattie descolgando el auricular del teléfono—. Hace un rato, pedí que me subieran un sándwich club. Estaba delicioso.

—Sí, de acuerdo, pídeme eso —contestó Jack, aún confuso por la amabilidad de ella.

Después de la despedida de la noche anterior, después de lo que Jack debía suponer que ella pensaba respecto a la llegada de Tina, no era de extrañar que se sintiera confuso.

¡Pero Mattie apenas había empezado!

—Por cierto, he conocido a tu madre —le informó Mattie en tono ligero al tiempo que se sentaba en uno de los sillones con el auricular al oído tras pedir que la conectasen con el servicio de habitaciones.

Mattie apenas podía contener la risa mientras observaba el rostro de Jack.

—¿Que has conocido a mi madre? —repitió él—. Pero...

—¿El servicio de habitaciones? —inquirió Mattie cuando la saludaron—. Un sándwich club, por favor. Mattie cubrió con una mano el micrófono del auricular y le preguntó a Jack:

—¿Quieres que te suban algo de beber?

—Un café fuerte —respondió él mirándola con desconfianza.

Mattie pidió un café, dio el número de su habitación, colgó el teléfono y se miró el reloj.

—Bueno, tengo que irme ya. He pedido hora en el salón de belleza del hotel —le informó ella—. Quiero estar presentable esta noche.

Jack la miró aún atónito. —Mattie...

—Si yo fuera tú, Jack, me echaría una siesta después de comer. Se te ve muy cansado.

Mattie agarró su bolso antes de marcharse.

—En cambio, a ti se te ve animada y enérgica —comentó él.

—¿Y por qué no iba a estarlo? —dijo Mattie sonriendo—. Estamos en París, me voy a un salón de belleza a que me hagan un tratamiento completo, vamos a cenar en el restaurante de la Torre Eiffel... ¿Qué más puedo pedir?

Jack frunció el ceño.

—Anoche...

—Estoy segura de que has solucionado el problema de anoche —lo interrumpió ella como si no diera importancia al incidente—. Además, es a mí a quien tu familia espera conocer esta noche, ¿no? En fin, tengo que marcharme ya, Jack.

Mattie volvió a mirarse el reloj y fue apresuradamente a la puerta, volvió la cabeza antes de salir y dijo:

—A propósito, tu madre es encantadora.

Y salió triunfalmente de la habitación.

Ahora, ¿quién estaba desconcertado?, se preguntó Mattie mientras caminaba hacia el ascensor. A ver qué tal le sentaba a Jack no saber qué pasaba a su alrededor. Mattie dudaba que le sentara mejor que a ella.

En el salón de belleza del hotel, estaba disfrutando de aquella experiencia cuando, accidentalmente, oyó parte de la conversación que estaban manteniendo en el apartado contiguo al suyo.

—Qué contenta estoy por Tina —dijo una mujer con voz entusiasmada—. Lo que le ha pasado es que esperaba que Jim reaccionase con más entusiasmo; lo que le disgustó fue que él sólo dijera que suponía que no irían a esquiar las próximas navidades. Pero es que Jim tiene esa clase de sentido del humor; cuando se calme, Tina se dará cuenta de ello.

—Las mujeres nos ponemos muy sensibles cuando estamos embarazadas —dijo la otra mujer—. ¿Te acuerdas cómo estábamos nosotras?

Mattie se volvió de lado ligeramente y, con cuidado, descorrió ligeramente la cortina que separaba ambos apartados. Las dos preciosas mujeres que vio eran tan iguales que no le costó ningún trabajo adivinar que se trataba de las dos hermanas gemelas de

Jack, Sally y Cally.

No sólo eran idénticas, sino que también se parecían enormemente a Jack. Ambas tenían el cabello y los ojos negros.

—Estoy deseando ver a la novia de Jack —dijo la gemela que estaba a la izquierda.

Rápidamente, Mattie dejó la cortina como estaba. Tenía ganas de marcharse, pero aún no le habían terminado de hacer la manicura.

—Mamá dice que es encantadora —dijo la otra gemela—, no la caza fortunas con la que temíamos que acabara Jack.

¿caza fortunas?

—Jack es un blando —opinó la otra hermana.

¿Un blando? ¿Jack? Ese no era el Jack que ella conocía. ¡Y amaba!

—Mamá insiste en que no es así —dijo una de las gemelas—. Pero, en mi opinión, a mamá le va a gustar cualquier mujer que Jack elija. A todos nos va a parecer bien si es lo que quiere Jack.

¡Mattie ya había oído suficiente!

Por supuesto, no podía reprochar a las hermanas de Jack que especulasen sobre la compañera que había llevado a París con él, era natural que mostraran curiosidad. Pero no le gustaba la idea de que pudieran imaginar que estaba con Jack por su dinero. Eso cambiaba la forma en que iba a tener que comportarse aquella noche durante la cena en presencia de la familia de él.

—Gracias —le dijo a la mujer que le había hecho la manicura—. Ahora, si me dice cuánto le debo en total...

Sin duda, lo que se había hecho iba a costarle una fortuna; pero después de los comentarios que había oído no estaba dispuesta a cargarlo a la cuenta del hotel de Jack.

Las gemelas Beauchamp continuaron con su manicura y lanzaron una fugaz mirada a Mattie mientras esta cruzaba el salón después de pagar la cuenta. Pero como no sabían que ella era la acompañante de Jack, no le prestaron demasiada atención.

Mattie deseó haberse marchado de París aquella mañana como tenía pensado antes de conocer a la familia Beauchamp.

Desde luego, eran todos muy atractivos. De hecho, ella se sentía como un patito feo entre cisnes.

Y Jack, al margen del problema de la hermana de su futuro

cuñado, había cometido una estupidez al llevarla allí.

Era evidente que la familia de Jack esperaba que éste anunciara su compromiso con ella, suponían que su presencia en París era una especie de declaración de intenciones por parte de Jack.

¿Por qué no se le había ocurrido a Jack pensar en esa posibilidad?

Mattie sacudió la cabeza con impaciencia y, en vez de subir a la suite que compartía con Jack, salió a la calle.

Al sentarse en la zona de césped alrededor de la Torre Eiffel, Mattie reconoció que la familia de Jack era muy agradable, que todos estaban preocupados por él y que querían que fuera feliz.

Pero... ¿qué iba a hacer ella ahora?

¡No tenía ni idea!

Hacía un rato había dejado a Jack confuso y había tenido la intención de seguirle sorprendiendo con su inesperado trato agradable y cariñoso. Pero lo que les había oído decir a las hermanas de Jack hacía imposible su estrategia.

¡Qué lío!

—Estás absolutamente preciosa —le dijo Jack con admiración cuando ella se reunió con él en el cuarto de estar de la suite unos minutos después de las siete de la tarde.

Mattie llevaba el segundo vestido nuevo que se había comprado para el viaje. Un vestido sin mangas, de encaje, que le llegaba a las rodillas y hacía juego con el color de su pelo.

—Gracias —respondió ella con seriedad.

Era la primera vez que veía a Jack desde su regreso al hotel. Jack había seguido su consejo y se había echado a dormir; al menos, el silencio en el cuarto de estar era lo que parecía indicar.

Desde luego, ya no se le veía cansado.

Una vez más, llevaba traje negro, camisa blanca y estaba mortalmente atractivo.

—Mattie, antes de salir, creo que deberíamos...

—Tu madre ha llamado hace un rato —lo interrumpió Mattie—. Como estabas durmiendo, tomé yo el recado. Ha dicho que vamos a reunirnos todos en el bar del hotel a las siete y cuarto para tomar una copa antes de irnos al restaurante.

Jack frunció el ceño.

—¿Sí?

—Sí —confirmó Mattie caminando con paso decidido hacia la puerta—. Como ya casi es la hora, te sugiero que bajemos.

Mattie lo sorprendió mirándola con expresión de desgana.

—Mattie, anoche, cuando volvimos al hotel, tenía intención de hablar contigo...

—Pero nos interrumpieron —interpuso ella.

—Sí, lo sé —reconoció Jack—. Me gustaría hablar contigo antes de que bajemos y de presentarte a mi familia...

—Dímelo mientras bajamos —sugirió ella al tiempo que abría la puerta y salía al corredor.

¡Sabía perfectamente lo que él iba a decirle!

Un poco tarde para confesiones, creía ella. Además, no quería darle la oportunidad. Sentía cierta obligación respecto a Betty y al resto de la familia Beauchamp; sin embargo, en lo que a Jack se refería, no se sentía obligada en absoluto.

Quería sorprenderlo. Quería que, cuando él le presentara a sus hermanas, viera que a ella no le sorprendía su identidad.

Jack salió al corredor, le agarró el brazo y, de esa manera, le impidió que anduviera con demasiada premura.

—Verás, Mattie... —comenzó a decir él con desgana—. Yo no he...

—¡Jack! ¡Mattie! ¡Esperad!

Mattie casi se echó a reír al ver la impaciente frustración que el rostro de Jack mostró al oír la voz de su madre a sus espaldas. Pobre Jack, no iba a tener ocasión de confesarse. Casi le daba pena. ¡La misma pena que ella le había dado a él con el incidente de las flores y las tarjetas!

Mattie se volvió para saludar a Betty con una sonrisa y agrandó los ojos ligeramente al ver al hombre que la acompañaba. Jack sería idéntico a él dentro de unos cuarenta años, idéntico a Edward Beauchamp.

El padre de Jack era mucho más alto que su esposa, con oscuros cabellos salpicados de gris y rostro igual al de Jack, sólo que con más años. Todos los miembros de la familia eran muy bien parecidos.

—Mattie, éste es mi esposo, Edward —dijo Betty en tono cariñoso, muy elegante con su vestido negro largo—. Edward, ésta es la amiga de Jack, Mattie.

Mattie estrechó la mano del padre de Jack.

—Es un placer conocerte —le dijo Edward con sinceridad.

—¿No es estupendo? —dijo Betty sonriendo con una expresión radiante.

Al momento, Betty agarró a Mattie del brazo con su natural simpatía y ambas mujeres caminaron delante de los hombres hacia el ascensor.

—Las chicas están furiosas conmigo por haberte conocido primero —le confió Betty, encantada de que así fuera.

Mattie se alegró de que Jack no pudiera haber oído el comentario. Ella sólo quería reírse de él unos minutos, eso era todo. Sólo quería ver a Jack un poco nervioso, nada más.

¿Acaso se había vuelto una mujer vengativa? No, sólo quería divertirse a costa de él unos minutos. Después, haría lo que estuviera en su mano por ayudar a Jack a pasar lo que prometía ser para él una velada algo incómoda.

¡Aunque Jack no pudiera echarle la culpa a nadie más que a sí mismo!

Capítulo 9

SI NO os molesta, me gustaría hablar con Mattie un minuto —dijo Jack a sus padres mientras se aproximaban al bar del hotel. Mattie, aún del brazo de Betty, se volvió para mirarlo. Jack tenía aspecto de ir a un funeral en vez de a una cena.

Mattie se separó de Betty y deslizó su brazo por el de Jack; entonces, lo miró con gesto despreocupado.

—¿No te parece que ya tendremos tiempo para hablar luego, Jack? —le preguntó, sintiendo la tensión de los músculos del brazo de él.

Jack vaciló.

—Pero...

—Las chicas se van a enfadar si les digo que os vais a retrasar —le advirtió su madre.

A Mattie casi le dio la impresión de que la madre de Jack sabía lo que ella estaba haciendo, aunque eso era imposible. ¿O podía ser así?

——Vamos, hijo —le dijo su padre dándole una palmada en la espalda—. Ya sabes cómo son las mujeres de la familia. Además, a Mattie le será más fácil si entramos los cuatro juntos.

¡Vaya, al menos un miembro de la familia se daba cuenta de lo difícil que era para ella conocerlos a todos! A pesar de que Edward no estaba enterado de la realidad de la situación.

—Vamos al bar, Jack —lo animó ella.

Pero estuvo a punto de echarse atrás al ver la expresión de consternación de Jack.

No obstante, él era el culpable, se repitió Mattie a sí misma. ¿Por qué no le había dicho la verdad? Habría sido todo mucho más sencillo.

Las hermanas de Jack estaban en el bar. Sandy, al lado de un hombre moreno y alto, reía; en su rostro se reflejaba el amor por su prometido, Thom. Tina estaba hablando con un hombre corpulento que debía ser Jim. Sally estaba con un hombre alto y rubio. Cally parecía haber elegido como marido a un alto pelirrojo con aspecto de escocés. También había otra pareja de edad más avanzada, que debían ser los padres de Thom. No obstante, la tal. Sharon no parecía estar allí.

Cuando los cuatro empezaron a aproximarse, los miembros de la familia Beauchamp se los quedaron mirando y las conversaciones entre ellos cesaron.

Mattie sintió la tensión de Jack cuando él bajó el brazo y le agarró la mano.

¡Estaba preocupado realmente!

Al ver el rostro aprensivo de Jack, Mattie se detuvo y, poniéndose de puntillas, le susurró al oído:

—No te preocupes por nada. Simplemente, preséntame a tu familia.

Jack tragó saliva.

—Ojala hubieras dejado que te explicara...

—Ya lo harás después —Mattie le dio un apretón de mano—. Y no te preocupes, por favor.

—¡Hola a todos! —exclamó una ronca voz femenina a sus espaldas—. Espero no llegar demasiado tarde.

Mattie sintió a Jack ponerse tenso repentinamente. Mattie le lanzó una mirada llena de preocupación antes de volverse despacio para ver a la recién llegada.

Era una mujer alta con una melena negra que le llegaba a la cintura. El ceñido vestido de falda corta era del mismo color violeta que sus ojos, unos ojos adornados con las pestañas más largas que Mattie había visto en su vida. Y el rostro de aquella mujer poseía la delicada belleza de las muñecas de porcelana.

¿Ésa era la hermana de Thom, Sharon?

Tenía que serlo, los demás ya estaban allí.

¿Esa era la mujer a la que Jack quería quitarse de encima?

Mattie volvió la cabeza para mirarla. ¡Si eso era lo que Jack quería, debía ser el único hombre presente en el bar al que le ocurría!

Porque el resto de los hombres que había allí, tanto los que estaban acompañados como los que no lo estaban, tenían los ojos fijos en esa hermosa mujer que saludó primero a Sandy y a Thom y después al resto de las hermanas de Jack.

Pero aunque Sharon estaba charlando y riendo con el resto de la familia, Mattie se dio cuenta de que la hermana de Thom era plenamente consciente de la presencia de Jack.

_Hola, Jack —dijo Sharon después de saludar a los demás.

Jack la saludó con una inclinación de cabeza.

—Hola, Sharon.

—Oh, vamos, dame un beso ahora que casi somos familia —murmuró Sharon con voz gutural.

Al instante, se acercó a Jack y le dio un ligero beso en los labios.

Jack, soltándole la mano a Mattie, le puso la mano a Sharon en los hombros y, suavemente, la apartó de sí.

—Estoy encantada de volverte a ver —insistió ella y, con decisión, agarró a Jack del brazo.

A Mattie le dieron ganas de arrancarle los ojos y, aunque era la primera vez en su vida que sentía semejante inclinación, en ese momento, era lo que le habría gustado hacerle a la hermosa Sharon.

¡Cómo se atrevía a mirar a Jack de esa manera, como si quisiera comérselo! Para ella, era como si no hubiera nadie más allí.

Aunque debía reconocer que Jack no le estaba dando ánimos a esa mujer.

¡No era necesario que lo hiciese!

Sharon parecía ser una mujer que sabía lo que quería y lo conseguía. Y era evidente que quería a Jack.

Lo que Mattie no comprendía era por qué Jack no quería tener nada que ver con ella. Al menos, eso era lo que decía...

Pero, ¿por qué iba a mentir? No...

—Permíteme que te presente a mi amiga, Mattie Crawford —dijo Jack acercándose a ella y poniéndole una mano en la espalda —. Mattie, ésta es Sharon Keswick, la hermana de Thom.

—Yo creía que éramos mucho más que eso, Jack —bromeó Sharon antes de clavar sus ojos violeta en Mattie—. Encantada de conocerte, Mandy.

—Mattie —la corrigió ella soltándole la mano con la mayor rapidez posible.

Mattie no dudaba que la equivocación de aquella mujer respecto a su nombre había sido intencionada. Al mismo tiempo, prefirió no añadir ningún comentario a modo de saludo.

—Mattie —se corrigió Sharon a sí misma, pero sus ojos lanzaron un destello retador—. ¿Nos hemos visto antes? Quizá conozcas...

—¿Te apetece una copa de champán, Sharon? —interrumpió Edward Beauchamp.

—Os ruego que nos disculpéis un momento —dijo Jack—. Quiero presentar a Mattie al resto de la familia.

¡Teniendo en cuenta que hacía unos minutos era lo último que quería hacen..!

—Buena idea —respondió Mattie antes de volverse a la otra mujer—. Estoy segura de que tendremos más oportunidad de charlar luego, señorita Keswick.

=Puedes estar segura de ello —murmuró Sharon antes de volver su atención hacia Edward y aceptar la copa de champán que él le acababa de ofrecer.

—¡Dios mío! —exclamó Jack una vez que se apartaron y nadie podía oírlos—. ¿Ves lo que te decía?

Mattie no estaba segura de qué era lo que se suponía que debía haber visto. Sharon estaba tan interesada en Jack como éste decía, y él no la correspondía.

No obstante, había algo entre ellos; o, por lo menos, lo había habido. Ésa era su impresión.

Pero si de algo estaba completamente segura era de que se le había estropeado la fiesta. Y se debía a la llegada de Sharon.

En primer lugar y como Sharon no había estado presente cuando ellos llegaron al bar, Mattie empezó a preguntarse si la existencia de Sharon no sería otra invención de Jack, parte del juego que estaba jugando con ella. Porque, de ser así, cabía la posibilidad de que Jack la hubiera invitado a París por otro motivo...

Pero esa vaga esperanza, ese sueño se había desvanecido cuando Sharon hizo su aparición.

¡Y qué aparición!

Mattie volvió a sentirse un patito feo entre hermosos cisnes. Al lado de un cisne hembra en particular.

—Lo único que he visto es una mujer muy guapa —dijo Mattie bruscamente.

—Sí, eso es innegable —concedió Jack.

A Mattie le hirvió la sangre. Al menos, Jack podría haber tenido la delicadeza de no estar de acuerdo con ella respecto a la belleza de Sharon.

—En ese caso, ¿cuál es tu problema? —le espetó ella.

Jack sacudió la cabeza.

—Es demasiado complicado para explicártelo ahora...

—Estoy segura de que podrías hacerlo en pocas palabras si quisieras —contestó Mattie malhumorada.

Jack la miró con expresión preocupada.

—Mattie...

—Ahora no, Jack —lo interrumpió ella, forzando una sonrisa mientras se aproximaban al grupo familiar—. Ahora tienes que presentarme a tus hermanas: Tina; las gemelas, Sally y Cally; y Sandy.

La expresión de perplejidad de Jack no le dio la satisfacción que había esperado. Porque la llegada de la bella Sharon le había estropeado la tarde.

—Si yo fuera tú, Jack, me dejaría de tonterías y haría las presentaciones —le dijo ella aún sonriendo; aunque, en lo más profundo de su ser, tenía ganas de echarse a llorar—. Tu familia debe de estar preguntándose por qué no nos hemos acercado ya.

En realidad, las hermanas de Jack estaban mirando en dirección opuesta a ellos mientras Jack y ella hablaban. Sin duda, debían pensar que se trataba de una charla entre amantes.

¡No tenía tanta suerte!

Eso le serviría de lección para no volver a hacerse ilusiones respecto a un hombre como Jack. Él mismo había dejado claro que sólo la quería como acompañante con el fin de evitar las atenciones de Sharon. Los últimos minutos habían demostrado que ése era el motivo.

Mattie se había hecho ilusiones. Había imaginado que, por fin, iba a perdonarle el pequeño engaño y, con un poco de suerte, ambos pasarían una tarde maravillosa. Incluso podrían haber acabado la noche como lo habrían hecho la anterior de no haber sido por la aparición de la hermana de Jack.

¡Pero ahora estaba claro que nada de eso ocurriría!

Por supuesto, la culpa era de ella. Jack había sido un compañero

maravilloso la noche anterior, pero no le había dado motivos para pensar que se trataba de algo más. No obstante, ella había cometido el error de enamorarse de él.

—¡Lo sabes! —exclamó Jack con asombro. —Por supuesto que lo sé —contestó Mattie. Jack continuaba atónito. —¿Cómo...? ¿Cuándo...?

—Tu madre. Esta mañana —respondió Mattie—.

¿Te ocurre con frecuencia?

Jack parpadeó. —¿El qué?

—Quedarte sin habla, Jack —contestó Mattie con satisfacción.

Jack empequeñeció los ojos.

—¿Que lo sabías desde esta mañana?

—Ser madrugadora tiene sus ventajas —declaró

Mattie.

—Mmmm. Este mediodía, cuando hablé con mi madre, no me dijo nada.

Jack debía haber visto a su madre mientras ella estaba en el salón de belleza.

—No sé por qué te sorprende tanto —le dijo Mattie tomándolo del brazo—. Tu pobre madre no sabía que yo creía que tus cuatro hermanas eran cuatro novias tuyas.

Mattie concluyó con una sonrisa excesivamente radiante.

—No, claro que no —concedió Jack mirando con sospecha la falsedad de la sonrisa de ella—. Así que ése era el motivo de tu extraordinaria amabilidad cuando volví del aeropuerto, ¿eh? Me estabas tomando el pelo, Mattie.

—Estaba siguiéndote el juego, tu juego, Jack —replicó Mattie.

—De acuerdo, reconozco que no te puedo reprochar nada —Jack hizo una inclinación de cabeza y sus ojos brillaron de humor mientras le ponía un brazo sobre los hombros—. En ese caso, vamos a saludar al clan.

Los miembros del «clan» se mostraron encantados de conocerla. Las hermanas de Jack la saludaron cálidamente, los hombres felicitaron a Jack por tener una novia tan encantadora.

Mattie agradeció el buen recibimiento, necesitaba sentirse tan segura de sí misma como le fuera posible después de su enfrentamiento con Sharon.

Al contrario que su hermana, Thom era encantador.

—¿Se ha dado cuenta ya Mattie de que eres un adicto al trabajo, Jack? —le dijo Thom a su futuro cuñado bromeando.

Jack, que continuaba con el brazo encima de los hombros de ella, respondió:

—Ahora que la tengo conmigo, quizá consiga hacerme cambiar.

—¿Y le has dicho que eres un desastre para el golf? —preguntó lan, el marido de Cally.

—Se me dan mejor los deportes que se pueden practicar dentro de casa —contestó Jack en tono insinuante.

—En ese caso, ¿ya sabe Mattie que roncas? ¡Ay! —Jim, al mismo tiempo que lanzaba una mirada a su esposa, se frotó la zona del tobillo donde le había golpeado la punta del zapato de Tina.

Mattie no pudo evitar echarse a reír. Pobre Jim, era realmente un metepatas.

—Mattie, siento mucho lo de anoche —le dijo Tina avergonzada de sí misma—. Debí causarte una impresión terrible. Y, para colmo, al pobre Jack lo tuve en vela durante horas.

Ya no le extrañaba lo agotado que lo había visto aquella mañana.

—No te preocupes, no tiene importancia —Mattie miró con expresión comprensiva a Tina—. Para eso es para lo que están las familias. Además, ya se ha solucionado todo. Y, según tengo entendido, creo que debo darte la enhorabuena, ¿no?

—Gracias —contestó Tina con una sonrisa radiante—. Y, por favor, no hagas caso al idiota de mi marido.

A pesar de sus palabras, Tina se acercó a Jim y le dedicó una radiante sonrisa antes de añadir:

—Se le desconecta la boca del cerebro con bastante frecuencia.

—Ah, así que ése es el problema —interpuso Jack con afecto—. Y yo que creía que era un inepto social.

—Eso también —repuso Tina.

—Cuando acabéis de criticar mis pequeños defectos… —empezó a decir Jim.

—¡Apenas hemos empezado! —lo interrumpió Jack.

—Bueno, creo que es hora de que nos vayamos —anunció Betty con voz suave después de haber estado charlando con los padres de Thom.

El señor y la señora Keswick parecían dos personas muy

agradables y normales, ambos de poca estatura y ligeramente entrados en carnes. Mattie se preguntó cómo habían podido tener una hija como Sharon... ¡y no sólo en lo que al físico se refería!

—¿De qué más habéis hablado tú y mi madre esta mañana? —le preguntó Jack a Mattie de camino a la Torre Eiffel—. Es evidente que, además de decirte quiénes eran mis hermanas, también te dijo que Tina estaba embarazada.

Mattie arqueó las cejas, adoptando una expresión inocente.

—Tu madre es una persona con la que se puede hablar con toda naturalidad.

—Al contrario que yo —dijo él.

No, también le resultaba muy fácil hablar con él.

Demasiado fácil. Por eso era por lo que no debía descuidarse y bajar la guardia. —Yo...

—En serio es maravilloso volverte a ver, Jack —declaró Sharon acercándose; y, al momento, deslizó el brazo por el que Jack tenía libre—. Te ruego nos disculpes, Mandy, pero Jack y yo somos viejos amigos.

Entonces, alzando el rostro, sonrió a Jack mostrando unos dientes perfectos.

—¿No te parece el lugar más romántico del mundo, Jack? —dijo Sharon clavando sus ojos violetas en él.

Mattie no pudo evitar preguntarse hasta qué punto Jack y Sharon eran «viejos» amigos.

Y la ponía enferma ver cómo esa mujer tocaba a Jack a la menor oportunidad que se le presentaba y como si tuviera derecho a hacerlo. pero, por supuesto, no era asunto suyo si Sharon tocaba a Jack o dejaba de hacerlo. Ni tampoco era asunto suyo que, de repente, Jack le permitiera que lo tocase. A pesar de lo que había dicho antes, ahora no estaba intentando quitarse a esa mujer de encima.

A Mattie no la sorprendió que Sharon se las arreglara para colocarse al otro lado de Jack cuando se sentaron alrededor de la enorme mesa que les habían preparado en el restaurante.

No, no la sorprendió, la enfureció.

Estaba furiosa con Jack y con Sharon. Pero, sobre todo, estaba furiosa consigo misma por haber cometido la estupidez de enamorarse de un hombre que estaba completamente fuera de su

alcance.

Capítulo 10

NO DEJES que mi hermana te preocupe —le dijo Thom, sentado a su lado, un poco después.

Mattie le lanzó una tensa sonrisa. Le dolía la cabeza, había perdido el apetito casi por completo después del primer plato y ni siquiera la impresionaba la vista de París.

¡Y todo por Sharon! Tal y como Thom había adivinado.

A pesar de los intentos de Jack por incluirla en la conversación, Sharon había acaparado la atención de Jack desde que se sentaron.

¿Hasta qué punto habían sido amigos Jack y Sharon?

¡Aunque no se necesitaba ser un genio para responder a esa pregunta!

—No está interesado en ella —añadió Thom en voz baja.

Mattie no logró sonreír esta vez. Era evidente que Jack sí había estado interesado en ella no hacía mucho.

—En serio, Mattie —insistió Thom al tiempo que le ponía la mano encima de las suyas, esas mismas que habían estado ocupadas desmigajando el panecillo que tenía al lado del plato.

Mattie bajó la mirada y vio el desastre que había hecho con el pan.

—En ese caso, no me gustaría ver qué hace cuando está interesado en una mujer —respondió ella con evidente desagrado al tiempo que lanzaba una furiosa mirada a Jack, que le volvía media espalda mientras permitía que Sharon continuara acaparándolo.

Thom se echó a reír.

—No tienes más que verlo cuando está contigo —comentó Thom —. Nunca he visto a Jack tan contento y tan relajado como lo estaba hace un rato, cuando estábamos todos juntos charlando.

Mattie frunció el ceño.

—Yo siempre he visto a Jack contento y relajado —dijo ella.

—Exacto —respondió el futuro cuñado de Jack.

Mattie no comprendía el significado del comentario de Thom. Jack era un hombre seguro de sí mismo que sabía lo que hacía. Además, Thom no estaba enterado del motivo por el que ella había acompañado a Jack a París.

¡Lo que demostraba lo buen actor que era Jack!

Pero la razón por la que Jack la había hecho acompañarlo a París era irrelevante ya. Jack estaba pasando todo el tiempo hablando con Sharon; por lo tanto, la presencia de ella era superflua.

Mattie sacudió la cabeza.

—Te agradezco la intención, Thom, pero no es necesario que te preocupes por mí. Entre Jack y yo no hay esa clase de relación.

¡No había ninguna clase de relación! Cuando la Semana Santa llegara a su fin dudaba mucho que Jack y ella volvieran a verse.

Thom se encogió de hombros.

—En ese caso, quizá debiera haberla.

Mattie lo miró con asombro. Le pareció extraño que el futuro cuñado de Jack le estuviera aconsejando intimar en su relación con Jack.

Por supuesto, a ella también se le había ocurrido, pero…

—No me gustaría verte cometer la misma equivocación que yo cometí con Sandy hace cinco años, Mattie —continuó Thom con toda sinceridad.

Thom se calló momentáneamente al ver la expresión interrogante de ella.

—Salimos juntos durante un tiempo por aquel entonces —explicó Thom—. Yo sabía que la quería y que era la única mujer con la que podría casarme, pero… ¡se me olvidó decírselo! Por supuesto, apareció otro, que le dijo todo lo que ella necesitaba oír. Antes de darme cuenta de lo que estaba pasando, Sandy se casó con ese otro.

Thom suspiró antes de concluir:

—Tuve que esperar otros cuatro años, hasta que ella reconoció que había cometido un error y se divorció, para decirle que la quería.

Eso no tenía nada que ver con lo que había entre ella y Jack.

Estaba enamorada de Jack, pero su amor no era correspondido.

—¿De qué estáis hablando que se os ve tan serios? —Jack interrumpió su ensimismamiento.

El duro brillo de los ojos de Jack contrastaba con

la suavidad de su tono. De hecho, se le veía enfadado. ¿Porque ella estaba hablando con Thom? ¡Lo que era ridículo, ya que Jack se había pasado prácticamente todo el tiempo hablando con Sharon!

—Yo...

—Le estaba diciendo a Mattie que... que perdí a tu hermana hace cinco años porque cometí la estupidez de no decirle lo que sentía por ella —interpuso Thom mirando a Jack con expresión retadora.

Mattie enrojeció al instante. Jack iba a preguntarse cómo Thom y ella se habían puesto a hablar de cosas tan personales.

Jack le sostuvo la mirada a Thom durante unos segundos.

—¿En serio? —dijo Jack por fin en tono cínico.

—Sí, en serio —respondió Thom con firmeza.

¡Estaban celebrando una fiesta familiar... y Jack y Thom se estaban midiendo como si fueran a pelearse!

—Y yo le estaba diciendo que me alegro de que estén juntos otra vez y que la suya me parece una historia muy romántica —dijo Mattie intentando calmar los ánimos de los dos hombres.

—Ya sabes que las mujeres son muy románticas, Jack —declaró Thom—. Deberías probar algún día.

La expresión de Jack ensombreció.

—Con una familia como la mía, a veces puede resultar bastante difícil —contestó Jack con voz tensa.

Una respuesta muy enigmática, pensó Mattie. Lo único que sabía era que tenía que interrumpir aquella conversación... aquel desafío. Al fin y al cabo, estaban allí celebrando el compromiso de Thom y Sandy.

Pero Sandy se unió a la conversación antes de que ella pudiera decir nada más. .

—Después del lío que armaste con los ramos de flores que nos enviaste, Jack, tienes suerte de que te hablemos —le dijo Sandy a su hermano—. Por suerte, tenemos mucho sentido del humor.

Sandy miró a Mattie y añadió:

—Tuvo mucha gracia, Mattie. Jack nos envió flores a mis

hermanas y a mí; pero con las tarjetas intercambiadas. ¡Imagínate lo que habría pasado si en vez de ser sus hermanas hubiéramos sido novias suyas!

—Sí, imagínatelo —dijo Jack lanzando una desafiante mirada a Mattie.

En esos momentos, Mattie deseó que se la tragara la tierra.

Mattie se dio cuenta de que Thom la estaba mirando fijamente, como si hubiera notado su repentino nerviosismo y la mirada de advertencia que le había lanzado a Jack.

—En ese caso, tienes suerte de ser monógamo, Jack —murmuró Thom.

—Sí, ¿verdad? —respondió Jack, aún mirando a Mattie.

—A nosotras nos hizo mucha gracia —Sandy rió. —Sí, tiene gracia —reconoció Mattie sin sentir lo que decía.

—Eso depende de cómo se mire —comentó Jack.

—No se equivocó también con tu tarjeta, ¿verdad, Mattie? —Sandy continuó bromeando—. ¡No creo que te hubiera gustado mucho recibir un ramo de. flores con una tarjeta dirigida a Tina, Sally, Cally o Sandy!

Mattie sonrió débilmente, consciente de que era mejor no mencionar el hecho de no haber recibido ningún ramo de flores. ¡Ella sólo había sido víctima de un chantaje!

—Creo que deberíamos dejar de reírnos del pobre Jack —dijo Thom—. Mattie, aún no nos has dicho en qué trabajas.

Thom la miró con interés.

—¿Qué te hace pensar que trabaja? —interpuso Sharon. Evidentemente, cansada de ser excluida de la conversación—. Al fin y al cabo, Jack es rico, ¿verdad, querido?

Thom lanzó a su hermana una mirada desdeñosa.

—En la actualidad, la mayoría de las mujeres prefieren trabajar, Sharon —dijo Thom pacientemente.

—Yo no —respondió Sharon.

—He dicho la mayoría, Sharon —insistió su hermano antes de volverse a Mattie con expresión interrogante.

Mattie sabía que si les decía que era florista se descubriría el juego. Los miembros de la familia de Jack eran lo suficientemente inteligentes para llegar a la conclusión de que dos y dos eran cuatro.

—Me encargo de proveer a mis clientes —respondió Mattie evasivamente—. Y también ayudo a mi madre con su negocio en mi tiempo libre. Mi madre tiene una perrera.

—Hablando de perreras... ¿Qué tal está Harry, Jack? —preguntó Sandy con preocupación.

—Pregúntaselo a Mattie —Jack sonrió—. Harry se ha quedado en la perrera de su madre.

—Ah, entiendo —dijo Sandy—. ¿Se ha quedado contento, Mattie? A Jack le preocupaba tanto dejarlo solo que ha estado a punto de no venir a París.

—Será mejor que se lo preguntes a Jack, ha sido él quien habló con mi madre ayer —contestó Mattie con cierto resentimiento.

Le habría gustado hablar con su madre el día anterior, pero Jack no le había ofrecido esa opción.

—Harry se ha echado novia —declaró Jack con una sonrisa traviesa—. Es una perra labradora muy bonita que se llama Sophie.

—Jack, ¿sabes que...? —Thom se cortó tras la llegada de los camareros con el segundo plato.

La comida y los comentarios sobre los diferentes platos ocuparon los siguientes minutos, por lo que Mattie se vio libre de contestar a más preguntas relacionadas con su trabajo o con el negocio de su madre.

¡Lo que fue un alivio para ella!

Thom, a pesar de resultarle muy agradable, no parecía convencido, al contrario que el resto de la familia de Jack, de la relación de ella con Jack. —¿Está bueno? —le preguntó Jack a Mattie *cuando ésta probó el pollo que había pedido.

—Exquisito —respondió ella con brusquedad. Jack suspiró.

—Mattie, al margen de ser un grosero con esta mujer, ¿qué crees que puedo hacer?

Mattie adoptó una actitud defensiva. —¿He dicho yo algo?

—No ha sido necesario, te lo he notado.

¿Tan evidente era cómo se sentía? Estaba claro que Thom se había dado cuenta, pero... ¿Jack?

Mattie forzó una sonrisa, consciente de que Betty los estaba observando y sonreía con expresión indulgente.

—Sólo me estaba preguntando por qué te has molestado en traerme a París cuando tanto te agrada la compañía de Sharon —

dijo ella con excesiva dulzura.

—¡Que me agrada su compañía! —la expresión de Jack ensombreció—. Lo que me gustaría es retorcerle el pescuezo.

Mattie no pudo evitar lanzar una carcajada.

—Así está mejor —a Jack se le iluminó el rostro. Después, se inclinó sobre ella y la besó suavemente en la boca—. Tu risa me calienta como el sol.

Mattie sintió una súbita timidez al ser besada por Jack delante de toda su familia.

Pero, en definitiva, ése era el plan, ¿no?, razonó ella inmediatamente. No debía tomárselo en serio, Jack estaba actuando delante de su familia y de Sharon.

Y Sharon la miró por encima del hombro de Jack echando chispas por los ojos, absolutamente furiosa de que él la hubiera besado. ¡Si las miradas matasen... !

—Bueno, creo que ha funcionado —le dijo Mattie a Jack en tono burlón—. A Sharon no le ha hecho ninguna gracia el beso que me has dado.

Jack sacudió la cabeza.

—Mattie, la razón por la que te he...

—Sonríe, Jack —lo interrumpió ella con voz suave—. Tu madre nos está mirando.

Jack frunció el ceño.

—Me importa un bledo...

—Pues a mí sí me importa —volvió a interrumpirlo " ella—. Resulta que tu madre me cae muy bien.

Jack se la quedó mirando unos instantes. Después, sus labios esbozaron una sonrisa traviesa.

—Por lo que ella me ha dicho, tú también pareces haberle caído muy bien.

A Mattie le habría gustado saber qué le había dicho a Jack su madre; pero, en ese momento, Edward Beauchamp se puso en pie y dijo unas palabras antes de brindar por su hija y el prometido de ésta. En el pequeño discurso que lanzó, mencionó que esperaba volver a brindar con los presentes en el banquete nupcial que tendría lugar en un plazo de tres meses.

Tres meses...

¿Dónde estaría ella entonces? Desde luego, no con Jack.

Y ese pensamiento volvió a quitarle el apetito. Si seguía así iba a perder peso en París.

—Ya que hoy ha sido un desastre, ¿te gustaría hacer algo especial mañana? —le preguntó Jack, que no parecía tener problemas con su apetito.

—Mañana todos vamos a ir a Nótre Dame —dijo Sandy—. Una excursión familiar. ¿Te acuerdas de las comidas en el campo, Jack?

A Sandy se le iluminó el rostro al recordar.

—Hormigas en los bocadillos y moscas en los helados —contestó Jack asintiendo con la cabeza.

—¡Vaya, mira que acordarte sólo de eso! —Sandy se echó a reír.

Mattie escuchó con fascinación mientras Jack y Sandy empezaron a hablar del pasado y de las vacaciones familiares. Como ella era hija única y perdió a su padre a los tres años, las experiencias compartidas de hermanos le parecían algo extraordinario.

El resto de la cena transcurrió con una agradable conversación de la que Jack logró excluir a Sharon.

—Mattie y yo nos vamos a ir a dar un paseo —anunció Jack cuando, al cabo de unas horas, salieron de la Torre Eiffel.

—Un paseo, ¿eh, Jack? —como de costumbre, Jim dijo lo que pensaba.

—Llámalo como quieras —Jack encogió los hombros y sonrió a su cuñado, con su brazo descansando en los hombros de Mattie.

—Creo que os voy a acompañar —dijo Sharon, colocándose al otro lado de Jack—. No me vendrá mal un poco de aire fresco después de haber estado ahí encerrada durante horas.

Teniendo en cuenta que la ventilación del restaurante era excelente, a Mattie le pareció una excusa tonta. Al menos, Jack tampoco parecía encantado con la idea de que aquella mujer los acompañara.

—¿Por qué no vamos todos? —sugirió una de las gemelas.

Cally, pensó Mattie, aunque era difícil distinguirlas; las dos llevaban vestidos negros e iban peinadas igual. Daba igual, a Mattie le alivió la intervención. No podía imaginar nada más desagradable que un paseo a la luz de la luna con Jack y Sharon.

—Buena idea —declaró Betty—. Hace años que no damos un paseo por París a la luz de la luna, ¿verdad, Edward?

Betty miró a su marido con adoración.

—Creo que Jack fue el resultado de nuestro último paseo en esta ciudad —contestó Edward irónicamente.

—Bueno, al menos, eso no va a volver a pasarnos —bromeó Betty.

—No. Pero, si no contamos con Tina, podría pasarle a cualquiera de los otros —razonó su marido.

—Yo ya tengo un niño y una niña, así que he cumplido —protestó una de las gemelas.

—Y yo he decidido tener sólo uno —dijo la otra gemela.

—A nosotros no nos miréis —advirtió Jack, aún con un brazo por encima de los hombros de Mattie—. A pesar de lo que quiero a mis sobrinos, quiero tener a Mattie para mí solo antes de que pensemos en tener hijos.

—Bueno, vamos a dar un paseo y ya se verá qué pasa, ¿de acuerdo? —Betty, del brazo de su marido, lanzó una carcajada.

Mattie se alegró de empezar el paseo, tenía las mejillas ardiendo.

—¿Antes de que pensemos en tener hijos? —le preguntó a Jack caminando unos pasos delante del resto de la familia.

Jack lanzó un gruñido.

—Tenía que decir algo, ¿no? —contestó él.

Mattie lo miró fijamente.

—Sólo estaban bromeando, Jack.

—Eso ya lo sé —Jack suspiró profundamente y, volviendo la cabeza, lanzó una rápida mirada a su familia—. Es que... se trata de una conspiración, eso es.

—¿Qué conspiración?

—Anoche y hoy, Tina y Jim me han tenido completamente ocupado. Y ahora que íbamos a dar un paseo los dos solos, el resto de la familia se ha apuntado —Jack sacudió la cabeza con impaciencia—. ¡Es una conspiración familiar!

Mattie lo miró. Jack parecía como si quisiera estrangular a alguien. ¡A cualquiera!

Se mordió los labios para contener la risa. No lo logró.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —le preguntó él.

—Tú —respondió Mattie cuando consiguió contener las carcajadas—. No me cabe duda de que nadie de tu familia está

haciendo nada a propósito. Además, ¿se te ha olvidado que sólo estamos fingiendo?

Jack la miró fijamente.

—¿Que si se me ha olvidado?

Mattie hizo una mueca.

—Desde luego, a Sharon no parece importarle mucho que demos la impresión de estar juntos, ¿no te parece?

—¿Estás insinuando que es culpa mía? —preguntó Jack en voz baja.

—Culpa mía no es —protestó Mattie.

Jack respiró profundamente y luego suspiró.

—No —respondió Jack—. Mattie, la cuestión es que... hace unos años, cometí el error de salir con Sharon durante unas semanas.

—¡Eso no me lo habías dicho!

—A nadie le gusta reconocer sus propios errores.

—Yo he pagado el mío —le recordó Mattie.

¡Y a qué precio! Se había enamorado de Jack perdidamente.

Jack lanzó un gruñido.

—Sharon es espectacular...

—De eso ya me he dado cuenta —le cortó ella.

¡No quería oír nada más al respecto!

—Bueno, el físico no lo es todo —dijo Jack irritado—. Esa mujer es una pesadilla. Sólo salí con ella tres o cuatro veces, nada más, Mattie, te lo juro. Y a pesar de que sólo habíamos salido unos días, intentó adueñarse de mí y de mi vida. Créeme, Mattie, no hay nada menos atractivo para un hombre que una mujer que hace eso después de salir con él unas cuantas veces. ¡Escapé de ella a toda velocidad! Por eso, cuando Sandy y Thom volvieron a estar juntos, me encontré en una situación algo delicada.

Mattie lo comprendió. Pero... ¿podía creer que Jack era inmune a la belleza de esa mujer?

No obstante, ¿qué importancia tenía que lo creyera o no? Al cabo de dos días ese asunto no tendría nada que ver con ella. ¡Tampoco tenía nada que ver con ella en esos momentos! Y mejor no olvidarlo, por muy enamorada que estuviera de él.

—Ya verás como todo se solucionará —le dijo a Jack.

Jack la miró.

—Siento haberte aburrido con mis problemas —se disculpó él.

—No me has aburrido —respondió Mattie rápidamente—. Lo que pasa es que siento no haberte servido de más ayuda. Si te sirve de consuelo, creo que le ha sentado fatal que me dieras un beso.

—¿Qué beso? ¡Ah, ya! ¿Crees que deberíamos repetir? —sugirió Jack deteniéndose en el puente frente a la Torre Eiffel, ignorando a los miembros de su familia cuando les dieron alcance y los sobrepasaron.

Cuando Jack le puso las manos en la espalda, ella alzó los ojos para mirarlo mientras sentía las caderas y los muslos de él pegados a los suyos.

Jack bajó la cabeza y le tocó los labios con los suyos. Ella los abrió instintivamente para profundizar el beso mientras alzaba los brazos para aferrarse a él.

El resto del mundo dejó de existir. Se perdió en el beso de Jack, en su fuerza física, en el calor de su deseo.

Jack fue quien quebró el beso. Entonces, apoyó la frente en la de ella y la miró con ojos llenos de deseo.

Mattie, igualmente sobrecogida por la pasión, tembló. Lo deseaba desesperada y completamente.

—¿Tienes frío? —preguntó Jack, malinterpretando el motivo por el que ella había temblado—. Toma.

Jack se quitó la chaqueta y se la echó por los hombros.

—Vamos al hotel, ¿te parece? —sugirió él.

—Sí —contestó Mattie sin titubear.

Con manos entrelazadas volvieron al hotel. Mattie no tenía idea de qué había ocurrido con el resto de la familia de Jack, pero no le importaba. Sólo quería estar con él, que satisficiera la promesa del beso que habían compartido.

—¿Señorita Crawford? Señorita Crawford, alguien ha llamado por teléfono y ha dejado un mensaje para usted —dijo la recepcionista del hotel cuando Jack y ella pasaron por delante del mostrador de recepción.

Mattie parpadeó.

—¿Un mensaje para mí? —repitió ella mirando a Jack sin comprender—. Nadie sabe que estoy aquí... ¡excepto mi madre!

Un súbito pánico se apoderó de ella al darse cuenta de que su madre no la llamaría a no ser que se tratara de algo urgente. Tranquilízate, Mattie —le dijo Jack—. Lo más probable es que tu

madre quiera saber si estás bien.

Jack sonrió a la recepcionista, agarró el sobre con el recado y le dio las gracias.

—Vamos a leer el mensaje en la habitación, ¿te parece bien? —le dijo Jack intentando darle ánimos mientras ella tomaba el sobre.

Mattie no pudo esperar a llegar a la habitación para abrir el sobre, lo hizo ahí mismo. Sus ojos se agrandaron y su rostro empalideció al leer la nota.

—¿Qué pasa? —preguntó Jack—. Mattie, ¿le ha ocurrido algo a tu madre?

—No, es Harry —respondió ella con lágrimas en los ojos—. Mi madre dice que esta mañana ha tenido que llamar al veterinario y que Harry está... está muy enfermo. ¡Oh, Jack!

Capítulo 11

JACK, no te preocupes, no le va a pasar nada a Harry —le dijo Mattie al mediodía del día siguiente mientras salían del aeropuerto de Heathrow—. Cuando hablé con mi madre esta mañana, me dijo que Harry estaba mejor.

Jack seguía muy preocupado por su perro.

La noche anterior llamaron a Diana desde la suite del hotel. Diana les explicó que Harry tenía una infección en el pecho, pero que el veterinario ya lo estaba tratando y que, en esos momentos, el perro estaba dormido en una cesta en la cocina.

No obstante, Jack se había pasado la noche dando vueltas por la suite sin poder dormir. Ella pidió que les subieran café y se pasó la noche con él sentada hasta por la mañana, cuando reservaron un vuelo a Londres.

Otra llamada telefónica a Diana por la mañana los dejó más tranquilos cuando Diana les dijo que Harry parecía encontrarse mejor.

Pero Mattie sabía que Jack aún estaba preocupado.

—No te culpes, Jack, no sabías que Harry estaba incubando una infección —le dijo ella tocándole el brazo ligeramente—. Nadie lo sabía.

Sería terrible que Jack culpase a Diana por lo que le había ocurrido a Harry.

Jack había hablado de una conspiración la noche anterior, y ella empezaba a estar de acuerdo con él. Cada vez que intimaban, algo ocurría que los separaba de nuevo.

Porque ahora había una gran distancia entre los dos. Jack estaba muy reservado, y nada que ella pudiera decir o hacer penetraba la barrera que había levantado alrededor suyo desde que se enteró de

que Harry estaba enfermo.

¿Pensaba Jack que Diana tenía la culpa de lo que le pasaba a su perro? Desde luego no lo había dicho; pero eso no significaba que no lo pensara. Aquel fin de semana había notado que Jack, a pesar de ser simpático y sociable, era muy reservado en lo que a sus sentimientos se refería.

«Por favor, que Harry esté bien», rogó Mattie en silencio. Porque de no ser así, tenía el presentimiento de que Jack nunca se lo perdonaría, ni a ella ni a su madre.

—Mich, el veterinario, está en la cocina con Harry ahora —dijo Diana en el momento en que ambos entraron en la casa.

Jack asintió.

—Voy a ir a hablar con él.

Al instante, Jack se dirigió a la cocina.

—Siento mucho lo que ha pasado, Mattie —le dijo su madre dándole un abrazo—. De todos modos, supongo que comprendes que haya tenido que llamar a Jack para decírselo.

—Naturalmente, mamá. Jack jamás nos habría perdonado no avisarlo si... Dime la verdad, ¿cómo está Harry? —Mattie, preocupada, frunció el ceño.

—Está algo mejor —respondió su madre con cautela—. Y estoy segura de que ver a Jack lo va a animar.

¡A ella también le animaría que Jack fuera a verla estando enferma! Aunque ella jamás enfermaba, pensó desconsoladamente. Era una de esas personas que ni siquiera se resfriaban.

—¿Qué tal el fin de semana? —le preguntó su madre con curiosidad—. ¿Lo habéis pasado bien?

—Sí, muy bien —Mattie suspiró—. La familia de Jack es encantadora.

Su madre sonrió.

—¿Qué esperabas? Jack es un hombre encantador.

Sí, lo era. Encantador. Y amable y simpático y guapo. Y ella lo amaba. Pero eso no cambiaba el hecho de que pronto saldría de su vida sin volver la vista atrás...

—¿Dónde están los otros perros? —preguntó Mattie al echar de menos su presencia.

—Los he sacado de la casa mientras Harry está aquí. No sabía si lo de Harry era contagioso, aunque el veterinario me aseguró que

no lo era. Pero los tengo fuera para que no molesten a Harry y lo dejen tranquilo.

—Luego iré a decirles hola —dijo Mattie—. Bueno, creo que será mejor que vayamos a la cocina para ver qué dice el veterinario. Supongo que Jack se lo querrá llevar a su casa inmediatamente.

Mattie tenía razón. Jack y el veterinario, un hombre alto y moreno de unos cincuenta años, estaba hablando precisamente de eso cuando ella y Diana entraron en la cocina.

Mattie dejó que siguieran hablando y se agachó para saludar a Harry.

El perro la miró con sus ojos azul claro. ¿Había reproche en esos ojos por culparla de haberse llevado a su amo o eran imaginaciones suyas?

Mattie se sintió culpable inmediatamente. Igual debía pasarle a Jack, pensó.

—Estoy seguro de que Harry estaba incubando la infección desde unos días antes de que lo trajera aquí —le dijo el veterinario a Jack—. La señora Crawford me llamó inmediatamente, cuando se dio cuenta de que Harry no estaba bien.

Al menos, su madre estaba libre de responsabilidad, pensó Mattie con alivio. Aunque eso no cambiaba el hecho de que Harry estuviera enfermo.

—En mi opinión, sería mejor que no se llevara a Harry hasta mañana como muy pronto —dijo el veterinario—. Me gustaría examinarlo otra vez por la mañana para estar completamente seguro de su recuperación. De estar mejor, podría llevárselo entonces.

—Jack, puedes quedarte a pasar la noche aquí si quieres —dijo Diana.

Mattie se quedó mirando a su madre. ¿Jack pasando la noche en su casa? Pero…

—No querría causarte más problemas de los que ya te he causado, Diana —Jack sacudió la cabeza.

—No te preocupes por eso, no es ningún problema —le aseguró Diana—. Puedes dormir en la habitación de Mattie.

Mattie agrandó los ojos. ¿Estaba su madre sugiriendo…?

—Como tengo cama de matrimonio, Mattie puede dormir conmigo —añadió Diana al ver la expresión de su hija.

—¿No tienes inconveniente tú, Mattie? —preguntó Jack.
—No, claro que no —contestó ella.
—En ese caso, acepto la invitación, Diana. Y gracias —Jack sonrió sin humor.
—Lo acompañaré al coche —le dijo Diana al veterinario cuando éste se dispuso a marcharse.
Mattie y Jack se quedaron a solas en la cocina.
Jack se agachó al lado de su perro y empezó a acariciarlo.
—Espero que no te moleste que haya aceptado la invitación de tu madre, ¿o sí? —le preguntó Jack.
Mattie lo miró, preguntándose si habría notado lo sorprendida que se había quedado cuando su madre lo invitó a pasar la noche en su casa.
—No, en absoluto. Es lo menos que podemos hacer —respondió ella enderezándose.
Así también podría estar con Jack unas horas más.
Jack asintió y se incorporó.
—Voy al coche a traerte el equipaje. Y gracias por ser tan comprensiva, Mattie, tanto anoche como hoy. Te lo agradezco sinceramente.
Jack le tocó el brazo en un gesto de agradecimiento.
Mattie se alegró de quedarse sola unos minutos con el fin de recuperar el control sobre sí misma. Lo que había habido entre ella y Jack en París, y no sabía qué era, se había acabado ya. Los dos estaban de nuevo en el mundo real, y el suyo en particular no incluía a Jack. ¡Y cuánto antes lo aceptase mejor!
Aunque no iba a resultarle fácil ahora que Jack iba a pasar la noche en su casa.
Los tres se sentaron a cenar y Diana sugirió jugar una partida de cartas después de recoger la cocina. Era la estrategia de su madre para tener a Jack entretenido, Mattie lo sabía.
—Somos una familia muy competitiva —dijo Jack a modo de disculpas cuando, de nuevo, les ganó a las dos.
La familia de Jack, pensó Mattie con el corazón encogido. No volvería a verlos.
—A mí me habría gustado tener una familia numerosa, pero no pudo ser —declaró Diana.
—Aún tienes tiempo —bromeó Jack mientras barajaba las

cartas.

—Creo que a los cuarenta y tres se es demasiado mayor para pensar en tener más hijos —protestó Diana con las mejillas ligeramente ruborizadas.

—No, en absoluto —contestó Jack—. ¿Tú qué opinas, Mattie?

Ella parpadeó. ¿Qué opinaba sobre que su madre tuviera más hijos? No era algo en lo que hubiera pensado. Entre otras cosas, porque su madre no había salido con ningún hombre desde hacía veinte años.

—Mi hija se ha quedado sin habla —Diana rió, sus mejillas estaban aún sonrosadas—. Y no me extraña.

—No, no me he quedado sin habla —dijo Mattie. Su madre aún era una mujer joven y muchas mujeres tenían hijos a esa edad—. Podría estar bien.

—Ya lo ves, Diana —dijo Jack sonriendo—. A Mattiele parece bien.

Mattie frunció el ceño mirándolos a ambos. Por fin, Diana sacudió la cabeza.

—Soy demasiado mayor para ponerme a cambiar pañales otra vez.

—A mí no me lo parece.

—¿Sueles gastar este tipo de bromas con tu familia, Jack? —lo interrumpió Diana al tiempo que se levantaba de la mesa.

—Constantemente —respondió él con otra sonrisa. Diana sacudió la cabeza. —En ese caso, me sorprende que llegaras a la pubertad sano y salvo. En fin, es hora de que nos vayamos a la cama —declaró Diana—. Hasta mañana, Jack. Mattie, enséñale a Jack la habitación en la que va a dormir. Tras esas palabras y con una última sonrisa,

Diana salió de la cocina.

Mattie se puso en pie.

—Tengo la habitación llena de cosas, espero que no te moleste —dijo Mattie pensando en la lujosa suite del hotel de París.

Un lujo al que Jack estaba acostumbrado.

Por el contrario, su dormitorio estaba casi igual que cuando era adolescente: pintado de blanco y rosa, con libros juveniles en las estanterías.

—No te preocupes por mí, estaré bien —respondió Jack—.

Aunque no es como pensaba que pasaríamos la noche.

Mattie se encogió de hombros.

—No tiene importancia. ¿Te apetece un café o cualquier otra cosa antes de irte a la cama? Aunque, si lo prefieres, creo que aún nos queda algo de whisky de las navidades pasadas.

—No, gracias, Mattie —Jack se levantó y se estiró—. Harry parece estar más contento que cuando llegamos.

El perro había pasado casi toda la tarde sentado a los pies de su amo; ahora, al oír su nombre, se levantó y empezó a mover la cola.

—Sí, de lo cual me alegro —dijo Mattie con alivio.

Jack sacudió la cabeza mirando a Harry.

—¿Crees que estaba implicado en la conspiración?

Mattie miró fijamente a Harry.

—Se ve que es inteligente, pero dudo que su personalidad sea proclive a la intriga.

—Tienes razón, no lo es —Jack rodeó la cintura de ella con los brazos y la atrajo hacia sí—. Me parece que aún te debo un fin de semana en París. Al fin y al cabo, tú has cumplido con tu parte.

Su parte había consistido en ayudarle a mantener las distancias con Sharon.

—A tu familia le ha disgustado que tuvieras que volver tan pronto a Londres.

—Que tuviéramos, los dos —la corrigió Jack—. Le gustas mucho a mi madre.

—Tu madre es encantadora —respondió ella.

—Mattie...

Mattie lo miró con lágrimas en los ojos mientras Jack agachaba la cabeza para besarla tiernamente.

Pero la ternura no duró mucho, dando paso a la pasión.

Era maravilloso sentirlo cerca, palparle el pecho. Sus senos se endurecieron y lanzó un gemido gutural cuando Jack le acarició los pezones. Un intenso calor se apoderó de todo su cuerpo, la piel sensible al mínimo roce.

Los labios de Jack le besaron la garganta y ella jadeó de placer cuando la boca de él se apoderó de uno de sus pezones.

Mattie nunca había sentido un deseo semejante, completo y absoluto. Estaba perdida. Lo único que quería en el mundo era tumbarse con él, ambos desnudos, y ser poseída.

—¡No! —exclamó ella recuperando la razón. Al momento, se apartó de él—. El fin de semana ha acabado, Jack. Esto... esto no formaba parte del trato.

—Pero...

—Jack, aunque tú no estés cansado, yo sí lo estoy.

Tenía miedo de mirarlo porque sabía que estaría perdida si lo hacía.

—Estoy cansado, Mattie.

—Bien. En ese caso, será mejor que agarres tu maleta y me sigas hasta la habitación.

Cuando llegaron a su dormitorio, Mattie abrió la puerta.

—Perdona el decorado —dijo ella, consciente de lo femenino que era su cuarto.

—Está bien —le aseguró Jack distraídamente.

No, no estaba bien, pero eso no tenía remedio.

—El cuarto de baño está ahí fuera, la primera puerta a la derecha —explicó Mattie.

Jack la miró y sonrió.

—Gracias.

—Bueno, si no te hace falta nada más, hasta mañana —dijo ella antes de darse la vuelta para marcharse.

—Mattie...

Ella tragó saliva. —¿Sí?

—En la cocina... no ha sido la primera vez que te he besado.

Pero era la primera vez que Mattie había perdido el control de sí misma por completo.

—Sí, ya lo sé —respondió ella con impaciencia.

—No quería que llegáramos tan lejos aquí, en tu casa. Es sólo que... —Jack hizo una momentánea pausa—. Desde que hemos regresado a Inglaterra, estás... diferente.

¡Diferente! Claro que estaba diferente. Antes de ir a París se sentía atraída por él, le gustaba su compañía. Pero ahora estaba enamorada de él. ¡Claro que estaba diferente!

—No sé a qué te refieres —mintió ella.

Pero Jack insistió.

—Estás muy distante. No eres la misma Mattie de hace unos días.

—Ya te he dicho que estoy cansada.

Esa excusa no convenció a Jack.

—¿Es sólo eso, que estás cansada?

—Naturalmente. Estoy segura de que nos sentiremos mucho mejor mañana después de descansar —declaró ella.

Jack asintió, pero seguía sin parecer satisfecho.

—En ese caso, buenas noches.

—Buenas noches —repitió ella antes de cerrar la puerta después de salir.

Capítulo 12

BUENOS días! —dijo Mattie sonriente cuando Jack entró en la cocina a las ocho de la mañana del día siguiente—. ¿Quieres un desayuno inglés completo o prefieres cereales y tostada?

Mattie le sirvió un café inmediatamente, antes de esperar respuesta.

—Sólo café, gracias —Jack aceptó la taza que ella le ofreció y bebió un sorbo. Después, buscó con la mirada a su perro—. ¿Dónde está Harry?

—Ha ido a dar un paseo con mi madre —contestó Mattie con satisfacción—. Está mucho mejor.

—Y tú también —observó Jack, aún no del todo despierto.

—Ya te dije anoche que estaría mejor por la mañana.

—¿Estás siempre tan animada por las mañanas?

—Sí —respondió Mattie al tiempo que ponía unas rebanadas de pan en el tostador, ignorando que Jack le había dicho que no quería nada de comer.

Sin duda, Jack comería lo que ella le preparara. Casi no habían almorzado el día anterior y, por la noche, Jack no había mostrado demasiado apetito.

Jack se acercó a la puerta de la cocina que daba al jardín. Hacía una mañana soleada.

—El tiempo parece acompañar tu buen humor

—comentó él.

¡Al contrario de lo que le ocurría a Jack! Mattie rió.

—¿Estás siempre tan malhumorado por las mañanas?

Al fin y al cabo, ésa era la primera vez que lo veía recién levantado. El sábado por la mañana Jack ya se había ido al aeropuerto cuando ella se levantó, y el día anterior no se levantó

porque no se había acostado.

Jack se la quedó mirando.

—Más o menos —respondió Jack apartándose de la puerta y adentrándose de nuevo en la cocina.

Mattie sacudió la cabeza.

—En ese caso, es una suerte que no vivamos juntos, ¿verdad? —dijo Mattie poniéndole unas tostadas con mantequilla en la mesa.

—Mattie...

—¿Quieres más café? —lo interrumpió ella—. Si quieres, puedes servírtelo tú mismo.

Mattie le indicó la cafetera y añadió:

—Yo voy a ver si mi madre necesita que la ayude en algo.

Mattie salió de la cocina apresuradamente, sin darle tiempo a Jack a contestar.

«Continúa así», se dijo a sí misma con firmeza mientras se acercaba a las perreras.

Con un poco de suerte, Jack se marcharía en cuestión de una hora y ella podría dar rienda suelta al llanto. Pero hasta entonces, Jack iba a estar en presencia de la animada y alegre Mattie Crawford. No estaba dispuesta a revelar lo que realmente sentía por él ni la tristeza que la embargaba debido a la inminente separación.

No obstante, su madre no fue tan fácil de engañar cuando Mattie se reunió con ella en la perrera.

—Te acostaste bastante tarde ayer. Sentí a Jack irse a la cama horas antes de que lo hicieras tú.

—No tenía sueño. Supongo que fue por toda la excitación del viaje a París —contestó Mattie.

—El veterinario se ha pasado por aquí hace unos minutos para ver a Harry y ha dicho que el perro está mucho mejor, que ya puede volver a su casa con Jack.

Diana suspiró de alivio mientras las dos observaban a Harry, que estaba con Sophie.

—Se han hecho muy amigos —añadió Diana contenta.

—Ya lo veo.

Su madre le lanzó una fugaz mirada.

—¿Has visto a Jack? ¿Se ha levantado ya? —le preguntó su madre con tono indiferente.

Demasiado indiferente, para el gusto de Mattie. ¿Se había dado

cuenta su madre de lo que ella sentía por Jack? Y si a su madre le resultaba tan fácil adivinar sus sentimientos, ¿le ocurriría lo mismo a Jack?

¡Sería demasiado humillante!

—Está desayunando —respondió Mattie en tono igualmente indiferente mientras recogía los cuencos en los que se ponía la comida a los perros—. Iré a echarles comida, ¿te parece?

Mattie, sin esperar respuesta de su madre, se dirigió a una habitación en la parte posterior de la oficina donde preparaban la comida para los animales.

«Sólo una hora más», se dijo Mattie a sí misma.

Se tomó su tiempo para servir la comida en los cuencos y dársela a los perros, que empezaron a ladrar contentos y nerviosos ante la idea de desayunar.

—¡Qué ruido!

A Mattie le temblaron las manos y casi se le cayó el cuenco que sujetaba al oír la voz de Jack inesperadamente.

Respiró profundamente antes de darse la vuelta con una sonrisa.

—Sí, se ponen así siempre que van a comer —respondió ella—. Si estás buscando a Harry, está con Sophie ahí detrás. El veterinario ya se ha pasado a verlo y ha dicho que está mejor y, que ya puedes llevártelo a casa.

—Mattie.

¡Jack todavía no se había marchado!

—Acabaré pronto con esto —dijo ella.

Jack se la quedó mirando con expresión pensativa.

—Ven a tomar un café conmigo antes de que me vaya —dijo él.

¿Para hablar de qué? ¿De lo bien que lo habían pasado el fin de semana? ¿De lo que habían hecho la noche anterior? ¿Iba él a sugerirle que quizá debieran repetir la experiencia algún otro día?

¡No, eso no era lo que ella quería!

De hecho, no iban a volverse a ver y a ella no le gustaban las despedidas. Y menos ésta.

Mattie sacudió la cabeza.

—Voy a ir a mi tienda tan pronto como acabe aquí —dijo Mattie.

Jack frunció el ceño.

—Hoy es fiesta.

Mattie asintió.

—Pero tengo cosas que hacer antes de abrir la tienda mañana. Tú sabes muy bien lo que implica llevar un negocio, Jack —comentó ella, plenamente consciente de que su negocio no podía compararse a la multimillonaria empresa de Jack.

—Incluso yo me tomo vacaciones, Mattie —replicó él.

—Porque tú tienes gente en quien delegar —razonó ella—. Vamos, vete a ver a Harry. En serio está mucho mejor.

—Café dentro de diez minutos —declaró él con decisión antes de marcharse.

«Sí, señor. No, señor. Lo que usted diga, señor», pensó Mattie echando chispas.

—¿Estaba Jack por aquí? Me ha parecido oírlo —dijo Diana después de salir de la perrera que había estado limpiando.

Mattie asintió.

—Sí. Se va a ir pronto.

Su madre se la quedó mirando.

—Vamos, anímate, Mattie. Estoy segura de que pronto volverás a verlo.

Mattie respiró profundamente antes de sacudir la cabeza.

—Mamá, siento desilusionarte, pero después del horroroso fin de semana que he pasado con él, preferiría no volver a ver a Jack en la vida.

¡No quería volver a ver a Jack! ¡Ni pronto ni tarde! ¡Verlo le produciría un insoportable sufrimiento!

Pero... ¿por qué, de repente, parecía su madre tan horrorizada? Era ella quien...

—Es una pena, Mattie —dijo Jack con voz gélida a sus espaldas —. Es una pena porque sé que mi madre tenía intención de enviarte una invitación para la boda de Sandy y Thom.

Mattie deseó que se la tragara la tierra. Pero... ¿cómo podía haber imaginado que Jack volvería tan pronto de recoger a Harry?

Un Harry que ahora estaba saltando a sus pies, con Sophie a su lado.

Muy despacio, Mattie se volvió y no pudo evitar ver la expresión de desilusión de Jack. ¿Y qué esperaba, que se tirara a sus pies como Sharon? Ella jamás se humillaría de esa manera, ni por Jack ni por ningún otro hombre.

Mattie encogió los hombros con gesto de no darle importancia.

—Ya pensaré en alguna excusa aceptable para no ir —respondió Mattie—. Al fin y al cabo, el motivo por el que tu madre va a enviarme una invitación es porque cree que somos amigos.

¡Además, sabía que a Jack no le gustaría que fuera a la boda!

Jack apretó los labios.

—Algo que no somos —objetó él.

—Claro que somos amigos, Jack —dijo ella con impaciencia.

Mattie estaba furiosa con Jack y consigo misma. Consigo misma por haber hecho semejante comentario y con Jack por haberlo oído. Sabía que no tenía lógica, pero la lógica no entraba en lo que a sus sentimientos por él se refería.

—Lo que ocurre es que no somos la clase de amigos que tu madre se cree que somos —añadió ella.

Jack se la quedó mirando en silencio durante unos segundos con mirada enigmática.

Después, Jack inclinó la cabeza antes de volverse a Diana.

—Bueno, creo que es hora de que me vaya, Diana. Ya he abusado demasiado de tu hospitalidad —dijo con voz ligeramente dura.

—No, en absoluto, Jack —le aseguró Diana al mismo tiempo que lanzaba una mirada llena de reproche a su hija de camino hacia la puerta donde estaba Jack—. Vamos a tomar un café antes de que te vayas, Jack.

—Gracias, Diana, pero creo que será mejor que me marche inmediatamente —contestó Jack.

Jack se volvió hacia Mattie y añadió:

—Adiós, Mattie.

Mattie respiró profundamente antes de contestar, decidida a que no se le notara el sufrimiento que le causaba su marcha.

—Adiós, Jack —contestó ella con una naturalidad que no sentía —. Cuídate.

Mattie deseó poder decir algo que le impidiera la partida, pero sabía que ya había hablado demasiado.

Jack asintió.

—Sí, tú también.

—Lo haré —contestó ella.

Incapaz de seguir mirándolo, Mattie se volvió y empezó a llenar

los cuencos de agua de los perros con lágrimas en los ojos.

—¿Mattie? Mattie, ¿no vas a venir a despedir a Jack? —le dijo su madre en tono de reproche.

Un reproche que se merecía, pensó Mattie. Su comportamiento debía haberle parecido increíblemente brusco a su madre, pero ella no podía soportar la idea de ir al coche a despedirlo, no podría contener las lágrimas.

Mattie enderezó los hombros. No iba a comportarse como una idiota y echarse a llorar. ¡Al menos, hasta que Jack se hubiera ido!

—No es necesario que vayamos las dos —contestó Mattie.

Su madre pareció quedarse horrorizada por la contestación de ella.

—No te preocupes, Diana —dijo Jack—. Mattie me ha dicho que hoy está muy ocupada.

—Mañana por la tarde, como de costumbre, iré a ver las plantas —dijo Mattie, sintiéndose forzada a decir algo debido a lo incómodo de la situación.

Jack inclinó la cabeza con gesto burlón.

—Estoy seguro de que las plantas te lo agradecerán —contestó él —. Vamos, Harry.

Tras llamar a su perro, Jack se dio media vuelta y emprendió el camino hacia su coche.

—¿Qué demonios te pasa, Mattie? —le dijo su madre en voz baja antes de irse detrás de Jack.

Mattie sacudió la cabeza, pero no dijo nada. No podía decir nada, ni hacer nada que evitara el hecho de que Jack iba a desaparecer de su vida.

—Cuando vuelva vamos a tener que hablar —añadió su madre antes de ir a reunirse con Jack.

Nada de lo que pudieran hablar iba a cambiar el hecho de que ella estaba enamorada de un hombre que no la amaba, un hombre que jamás la amaría.

Nada cambiaría eso pero cuando oyó cerrarse la puerta del coche de Jack seguido del ruido del motor, Mattie salió corriendo para lanzar una última mirada a Jack antes de que desapareciese para siempre.

Llegó al camino a tiempo de ver a Jack acelerar y empezar a alejarse. Le dijo adiós con la mano, aunque no creía que pudiera

verla.

—Me alegro de que hayas cambiado de idea —le dijo su madre al tiempo que le tomaba el brazo.

Mattie no podía hablar, estaba a punto de echarse a llorar. No era capaz de contener las lágrimas...

—¡Mamá, hay dos perros en el asiento trasero del coche de Jack! —exclamó Mattie de repente.

Su madre asintió sonriendo.

—Jack se ha llevado a Sophie.

Mattie sacudió la cabeza.

—Pero...

—La mañana que vino a verme antes de que os fuerais a París, me preguntó si podía llevársela —le explicó su madre.

Mattie parpadeó.

—¿En serio?

¿Era eso lo que había hablado Jack con su madre aquella mañana?

—Al parecer, le habías contado el caso de Sophie y lo enterneció. —Por eso ha sido por lo que queríamos que Harry y Sophie estuvieran juntos, para ver si se llevaban bien.

Jack se había llevado a Sophie a su casa.

¡Cómo le habría gustado que se la hubiera llevado a ella también!

Capítulo 13

VAMOS, Mattie —le dijo su madre cuando el coche deportivo rojo de Jack desapareció de la vista—. Tú y yo vamos a tomar una taza de café y a charlar.

Mattie hizo una mueca.

—Si vamos a hablar de Jack...

—Sí, vamos a hablar de él —la interrumpió Diana con firmeza.

—En ese caso, preferiría que lo hiciéramos en otro momento —respondió Mattie, consciente de que necesitaba estar a solas un rato—. ¿Te parece que lo dejemos para el mediodía, mamá? Tú todavía tienes que hacer cosas por aquí y a mí me gustaría ir a la tienda un rato.

Era la misma excusa que había utilizado con Jack, pero no se le ocurría otra.

—Está bien —contestó Diana—, este mediodía. Pero vamos a hablar, ¿de acuerdo?

—Sí, te lo prometo. Estaré de vuelta para la hora de la comida —le aseguró a su madre al tiempo que se volvía para ir a la casa a recoger el bolso y las llaves del coche.

—Ah, y Mattie...

Mattie se volvió con el ceño fruncido.

—¿Sí?

De repente, Diana se sonrojó ligeramente y le evitó la mirada.

—Yo... no voy a cenar en casa esta noche. Voy a salir —dijo Diana.

Mattie miró a su madre fijamente. Su hermosa madre, pensó con objetividad. Una Diana que ahora tenía las mejillas encendidas y mostraba expresión tímida.

Ah. Pero ¿quién...?

—Michael Vaughan parece un hombre encantador —dijo Mattie, haciendo que el rostro de su madre enrojeciera aún más.
—Sí, lo es —concedió Diana—. Es viudo. Su mujer murió hace dos años y a los dos nos encantan los animales. Ya me había preguntado alguna vez si quería salir, pero... ,
—Tú te negaste —concluyó Mattie—. No te preocupes, mamá; como ya he dicho, parece un hombre encantador. Y tú todavía eres una mujer muy guapa.
—No digas tonterías —contestó su madre, aunque los ojos le brillaron de entusiasmo—. ¿Sabes una cosa? Me daba miedo decírtelo.
—No entiendo por qué —respondió Mattie al tiempo que se acercaba a su madre para darle un beso en la mejilla—. Es hora de que la población masculina se despierte y se dé cuenta de lo guapa que eres todavía.
Diana sacudió la cabeza.
—Creo que estás siendo muy subjetiva, Mattie.
—Si yo no puedo ser subjetiva, ¿quién puede serlo? —Mattie abrazó a su madre—. Estoy deseando que me lo cuentes todo luego.
—No hay nada que contar —protestó su madre. —Todavía.
—Venga, vete ya —le dijo su madre con una sonrisa.
Mattie se mantuvo ocupada en la tienda el resto de la mañana, consiguiendo contener las lágrimas, pero no logró evitar pensar en Jack todo el tiempo. Lo echaba de menos. Sentía...
Frunció el ceño cuando sonó el teléfono. ¿Quién podía ser?
—Verde y Bonito —dijo Mattie al contestar—. ¿En qué puedo servirle?
—Estoy de acuerdo con lo de bonito, aunque no creo que estés verde —dijo Jack en tono burlón.
Mattie se quedó inmóvil. Era Jack.
—¿Mattie? —insistió él al cabo de unos segundos.
Mattie no podía moverse, no podía hablar, no entendía el motivo de la inesperada llamada. Le había dicho a Jack que iba a ir a la tienda, pero no había imaginado que la llamase allí.
—Mattie, ¿estás ahí? ¿Mattie? Maldita sea, se ha cortado la comunicación —murmuró Jack para sí mismo con impaciencia.
—¡No, no se ha cortado! —exclamó Mattie antes de que Jack colgara—. Yo... no esperaba que me llamaras. ¡Eso es todo!

—Sí, claro, lo entiendo. No te habría llamado de no tratarse de una urgencia, Mattie —admitió Jack.

—¿Le pasa algo a Sophie? —preguntó ella con temor—. ¿Y por qué no me dijiste que ibas a llevártela?

Hemos pasado tres días juntos y no has dicho nada al respecto. Yo...

—No, a Sophie no le pasa nada, está bien. Ella y Harry se han hecho íntimos amigos —respondió Jack con calma—. Y no te había dicho nada sobre eso porque teníamos muchas otras cosas de qué hablar.

Sí, de Sharon. Y de sus cuatro hermanas que no eran cuatro novias. Y de...

—Mattie, mis padres han vuelto esta mañana y mi madre me ha llamado para decirme que tú y yo estamos invitados a cenar en su casa esta noche —dijo Jack.

—¿Y para eso me has llamado? —preguntó Mattie con incredulidad.

—Sí. Verás...

—No, Jack —Mattie volvió a interrumpirlo—. ¡La respuesta es no!

—¿Por qué?

—Una de las razones es que acabo de volver de pasar un fin de semana contigo...

—Tu madre va a salir esta noche, así que no la utilices como excusa —interpuso Jack.

Mattie jadeó.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque, antes de llamarte a la floristería, he llamado a tu casa y Diana me ha dicho que iba a salir esta noche —contestó Jack con paciencia—. Además, ayer, cuando vi. al veterinario, me di cuenta de que Diana no era sólo una clienta para él.

Mattie no podía decir que hubiera notado nada; aunque no era de extrañar, ya que sólo podía pensar en Jack.

—De acuerdo, mi madre va a salir esta noche. No obstante, me sorprende que un hombre como tú sugiera que vayamos a cenar juntos a casa de tus padres.

—Escucha, reconozco que has dejado muy claros tus sentimientos respecto a mí —respondió Jack Pero tenía la impresión

de que te caían bien mis padres...

—¡Y así es! —exclamó ella apresuradamente—. Ésa es la razón por la que no quiero ir contigo a cenar a su casa. Jack, el fin de semana ya ha acabado. Creo que deberías explicarles a tus padres que entre tú y yo no hay nada, se lo debes. Yo, personalmente, no quiero seguir con el engaño y creo que tú tampoco deberías hacerlo.

Jack se quedó en silencio.

¿Qué otra cosa podía ella decir o hacer? No estaba dispuesta a seguir fingiendo que Jack y ella eran novios, a pesar de ser lo que más deseaba en el mundo. Pero sabía que eso no ocurriría jamás.

—¿Jack? —dijo Mattie tras el prolongado silencio.

—Hace unos minutos has dicho que te sorprendía que un hombre como yo... Dime, Mattie, ¿qué clase de hombre crees que soy?

¡La clase de hombre del que se había enamorado! Leal. Cariñoso. Amable. Familiar... A lo que había que añadir guapo, atractivo y encantador. ¿Cómo no iba a haberse enamorado de él?

—La clase de hombre que continuaría engañando a sus padres respecto a nuestra relación —contestó ella en voz baja.

—Mattie, en lo que a mí concierne, no se trata de ningún engaño.

—¡No puedo seguir fingiendo, Jack! —se quejó ella—. Me caen muy bien tus padres y... ¿Qué has dicho?

Mattie se calló de repente, cuando el significado de las palabras de Jack le penetró la mente.

—Que, por mi parte, no se trata de un engaño —repitió él.

—Pero...

—No lo ha sido nunca —declaró Jack.

Mattie tragó saliva. Sintió frío y calor simultáneamente. Empezó a respirar con dificultad. No era posible que Jack hubiera dicho eso...

—No te preocupes, Mattie, no espero que me correspondas. Como he dicho antes, esta mañana dejaste muy claro lo que sientes por mí. Pero...

—Jack —Mattie, temblorosa, lo interrumpió—. Jack, me parece que ésta no es la clase de conversación para tener por teléfono...

—Bueno, después de lo de esta mañana, no quiero decirte esto a la cara —dijo Jack—. Hasta hoy no sabía lo doloroso que podía ser

que alguien te rechazase. Estoy a punto de cumplir treinta y tres años, Mattie, y nunca me ha preocupado no haber encontrado a la mujer con la que me gustaría pasar el resto de la vida. Ya sé que no lo sabes, pero mis padres se enamoraron a primera vista y yo siempre he pensado que a mí me ocurriría lo mismo. Lo que no se me había ocurrido pensar era que la mujer de la que iba a enamorarme no me correspondería.

¡Pero ella sí le correspondía! ¡Lo que ocurría era que estaba demasiado sorprendida y que no podía hablar!

¿Que Jack la amaba? ¿Que se había enamorado de ella a primera vista? De la misma manera que ella se había enamorado de Jack...

Jack lanzó un triste suspiro.

—Tienes razón respecto a lo de la cena con mis padres esta noche, Mattie. Ha sido una mala idea. Supongo que ha sido la idea desesperada de un hombre desesperado —admitió Jack—. Se lo contaré todo a mis padres, no te preocupes. A mi madre le causará una desilusión la idea de no volverte a ver, igual que a mí, pero no tiene remedio.

—Yo... ¡No! —gritó Mattie, recuperando el habla por fin.

Estaba perpleja. Estaba eufórica. ¡Jack la amaba! —¿No, qué? —dijo Jack.

—Ir a cenar con tus padres esta noche es una idea magnífica, Jack —le dijo ella casi sin respiración—.

Yo... tampoco estaba fingiendo, Jack.

—Mattie... —dijo él con incertidumbre. —¿Podríamos hablar de esto en persona, Jack? El teléfono es lo...

—Lo más impersonal del mundo —concluyó Jack ya más seguro de sí mismo—. No te muevas de donde estás, Mattie. ¡Ahora mismo voy!

—No voy a ir a ninguna parte —le aseguró ella sobrecogida por la emoción.

Excepto que... La tienda estaba llena de cubos con flores cortadas y arreglos florales. No era el lugar para mantener esa conversación. —¡Jack!

—¿Sí?

—Hay un parque,, en frente de la tienda. Te esperaré ahí —le dio ella—. Hace una mañana espléndida.

—Siempre que esperes en alguna parte, Mattie, me da igual donde sea . —contestó Jack—. Estaré ahí dentro de diez minutos

Tras esas palabras Jack colgó.

Mattie también colgó el auricular, aún sin creer del todo lo que estaba pasando. No había oído mal, ¿o sí? ¿Había dicho el que la amaba?

¿Lo había dicho?

Capítulo 14

MATTIE se encontraba al lado de una rosaleda cuando vio a Jack cruzar la puerta de la verja sur del parque. Al verla, empezó a caminar hacia ella.

Se preguntó qué se iban a decir el uno al otro. El teléfono era impersonal; pero, precisamente por eso, habían podido hablar de la forma que lo habían hecho. Ahora, cara a cara...

No obstante, Jack no sintió tales inhibiciones. Al llegar a su lado, la rodeó con los brazos.

—Te amo, Matilda May Crawford.

Sus palabras fueron acompañadas de un beso que no dejó lugar a dudas respecto a sus sentimientos.

¡Jack la amaba!

Mattie le acarició los hombros mientras le devolvía el beso con todo el amor que había estado conteniendo.

Tenía las mejillas enrojecidas y los ojos brillantes cuando Jack se apartó de ella y la miró fijamente. —¡Guau! —Jack sacudió la cabeza—. ¡Espero que no te gusten los noviazgos largos! Mattie se humedeció los labios. —¿Noviazgos?

—Sí, el nuestro. Quiero casarme contigo, Mattie.

¿Casarse? Pero... ¡Ella sólo había tenido tiempo para pensar que Jack la amaba!

Mattie, casi mareada, sacudió la cabeza.

—Pero si ni siquiera me conoces —protestó ella—. Sólo nos conocemos desde hace... ¡nueve días!

Jack se encogió de hombros.

—Sabía que estaba enamorado de ti al cabo de nueve minutos — admitió Jack—. Te vi. el domingo pasado y me di cuenta inmediatamente de que eras la mujer con la que quería pasar el

resto de mi vida.

¡A ella también le había llevado unos diez minutos!

—En cuanto a lo de conocernos, tenemos el resto de la vida para hacerlo. A propósito, debo confesar que no me levanto de mal humor por las mañanas —dijo Jack en tono ligero—. Lo que pasa es que esta mañana estaba de mal humor porque no quería despedirme de ti.

¡Mattie lo comprendía perfectamente!

—Vamos a ese banco a sentarnos —sugirió él poniéndole un brazo por los hombros—. Nos contaremos nuestros secretos y luego te pediré que te cases conmigo, ¿de acuerdo?

Mattie respiró profundamente.

—De acuerdo.

Nada de lo que Jack pudiera decirle sobre sí mismo cambiaría el hecho de que lo amaba, absoluta y completamente.

—¿Quieres que empiece yo o prefieres hacerlo tú? —preguntó Jack una vez que estuvieron sentados.

—Prefiero ser la primera, estoy segura de que lo mío va a ser mucho más corto.

Jack la miró con el ceño fruncido.

—No sé si me gusta lo que estás insinuando, señorita Crawford.

—Perdona —dijo ella haciendo una mueca.

—Está bien, te perdono —los ojos de Jack brillaron traviesamente.

—La verdad es que no tengo grandes secretos —confesó Mattie —. En el colegio, me gustaba el profesor de matemáticas y después, en la universidad, salí con un par de chicos...

—¿Cuántos son un par de chicos? —preguntó él, interrumpiéndola.

—Uno o dos —respondió Mattie—. Con uno de ellos estuve saliendo un par de meses; y sólo saliendo, Jack. Con el otro... con el otro sólo salí un día.

Jack la miró con gesto interrogante.

—¿Qué pasó?

—Pasó que me invitó a una pizza y se creyó que eso le daba derecho a acostarse conmigo. ¡Pero inmediatamente le dejé las cosas claras!

—De eso no me cabe duda —Jack rió—. ¿Eso es todo? ¿No

tienes más secretos?

—Bueno... el año pasado tuve una relación que no duró mucho. Rompimos cuando el hombre en cuestión confesó que se iba a casar con otra, que la boda era inminente.

—Ah —murmuró Jack.

—Sí, ah —dijo Mattie—. Ya sé que no tiene excusa, pero siento mucho lo que hice con las tarjetas.

Mattie le lanzó una mirada angustiada.

—No pasó nada —respondió Jack—. Además, no me habría costado mucho devolverte el favor de alguna manera.

No, no le habría costado nada.

—Bueno, ahora te toca a ti —dijo Mattie.

Jack reflexionó unos segundos.

—Verás, me gustaba la profesora de gimnasia que teníamos en el colegio. Salí con tres chicas durante mis tiempos de universidad, porque no tenía tiempo para nada más, y... En fin, desde entonces, he tenido un par de relaciones en los últimos diez años, aunque nada serio; soy amigo de ambas mujeres ahora —admitió Jack—. Ah, y está Sharon, pero eso ya lo sabes. No he vuelto a salir con ninguna otra desde que salí con ella, se me quitaron las ganas.

Justo lo que le había ocurrido a ella desde lo de Richard.

—Es decir, hasta que apareciste tú —Jack sonrió.

Ambos se quedaron en silencio un momento hasta que Jack dijo:

—Creo en el amor verdadero, Mattie. Y ahora que ya nos lo hemos contado todo, me gustaría pasar a lo de pedirte que te cases conmigo —dijo Jack tomándole la mano.

Mattie empezó a temblar otra vez.

—Yo... Somos tan diferentes, Jack.

—Bueno, está claro que yo soy un hombre y tú eres una mujer —reconoció él—. Pero tenía entendido que eso es lo normal en el matrimonio.

—Sabes perfectamente a qué me refiero —Mattie suspiró.

—Sí, lo sé —Jack adoptó una expresión seria—. Pero he preferido ignorarlo, Mattie. Lo único que importa es que nos queramos, ¿no te parece? Aunque quizá sea ése el problema, quizá esté suponiendo demasiadas cosas. Mattie, ¿acaso tú no me ..?

—¡Claro que te quiero, Jack! —interpuso ella inmediatamente, adivinando el motivo de las dudas de Jack—. Es sólo que...

—¡Nada! —Jack la abrazó—. Mattie, si prefieres que haga como Thom y me pase cinco años tratando de convencerte de que te quiero... No obstante, preferiría no tener que hacerlo. Quiero estar contigo. No quiero separarme de ti. Quiero despertarme a tu lado por las mañanas, desayunar contigo, almorzar contigo cuando sea posible, volver a casa por las noches y cenar contigo... ¡Y quiero dormir en tus brazos todas las noches de mi vida!

Ella también quería todo eso.

Mattie tragó saliva.

—Pero... ¿no te aburrirás con el tiempo?

¿No se aburriría de ella?

—¿Y tú?

—No —contestó Mattie honestamente.

No podía imaginar nada tan maravilloso como la vida que él había descrito.

Jack la estrechó en sus brazos.

—Tú nunca podrás aburrirme, Mattie, eres demasiado sorprendente.

Eso era verdad, reconoció Mattie.

—¿Y tu familia?

—¿Qué pasa con mi familia? —Jack frunció el ceño.

—¿No pensarán que...? Deben saber que casi no nos conocemos.

Jack sacudió la cabeza.

—Mattie, el hecho de que te llevara a París les hizo ver el camino que iba a tomar nuestra relación. Por supuesto, fue algo que hice a propósito, lo admito.

¡Jack sabía a qué conclusión iba a llegar su familia! Esa había sido su intención.

—Es más, como conozco a mi madre, sé que mañana mismo va a salir a comprarse el traje que va a llevar a la boda —añadió Jack.

—Mmmm. Hablando de madres...

—No te molesta que tu madre vaya a salir esta noche con el veterinario, ¿verdad? —preguntó Jack con preocupación—. Todavía es una mujer encantadora, Mattie. Y..

—Claro que no me molesta —le aseguró ella con sinceridad—. Es más, me parece estupendo. Llevo años diciéndole que tiene que salir más y buscarse novio.

—No podía hacerlo mientras te tuviera a ti, Mattie —dijo Jack.

—Sí, ahora lo comprendo. Por eso es por lo que me he estado preguntando qué le dijiste a mi madre cuando fuiste a verla hace una semana. Si no me equivoco, fue lo que le hizo acceder a salir con Michael Vaughan, el veterinario —dedujo Mattie.

—Eh, yo no hice nada —protestó Jack—. Lo único que le dije a Diana fue que mis intenciones eran honorables. Y me creyó.

Mattie sonrió.

—No me sorprende. La verdad es que le he dado muchos disgustos a mi madre.

—Me lo imagino —dijo Jack—. Pero a mí no me importa en absoluto, puedes darme los disgustos que quieras de ahora en adelante.

—En ese caso, será mejor que no desilusionemos a mi madre ni a la tuya, ¿te parece? —dijo Mattie con voz ronca.

A Jack le brillaron los ojos.

—¿Quiere eso decir que vas a casarte conmigo? —Naturalmente.

¿Cómo no iba a casarse con Jack? Él la amaba, ella lo amaba y ambas familias estaban contentas.

Además, lo que más quería en el mundo era pasar el resto de la vida con Jack.

—No te arrepentirás nunca, Mattie —le dijo Jack estrechándola en sus brazos—. Voy a pasarme el resto de la vida amándote.

—Y yo a ti —prometió ella. —Eso es lo único que importa. Jack la besó con ternura y amor. Sí, era lo único que importaba.

—Mattie, eres la única persona en el mundo que ha dejado a Jack sin habla —le dijo su suegra mirando a su hijo, que estaba al otro lado de la cama de hospital que ocupaba Mattie.

Mattie, con la mano unida a la de su esposo, le lanzó una mirada comprensiva.

—Debo admitir que a mí también me ha sorprendido —Mattie miró a las dos cunas que estaban al pie de la cama.

Dos niños. Dos niños gemelos.

Durante el embarazo, la habían examinado en varias ocasiones, pero nadie había notado que estaba embarazada con dos niños.

Una vez superada la sorpresa, estaba encantada. Jack, como Betty había comentado, seguía sin salir de su asombro.

Llevaban casados exactamente un año y estaba encantada con haber tenido gemelos.

—¿Habéis decidido cómo los vais a llamar? —preguntó Edward.

Mattie sonrió.

—Cuando creíamos que era sólo uno, habíamos pensado en llamarlo James Edward si era niño; James por mi padre y Edward por ti —explicó Mattie—. Ahora, uno se llamará James y el otro Edward. ¿Qué te parece, Jack?

—Lo que tú digas —respondió él aún conmovido.

—Betty, quizá sea mejor que salgamos fuera un rato —Edward lanzó una significativa mirada a su esposa—. Dejemos a estos dos un rato a solas mientras esperamos a que Diana y Michael lleguen.

Las dos familias se habían hecho grandes amigas. Diana se había casado con el veterinario hacía seis meses y se habían hecho muy amigos de Edward y Betty.

—Sí, tienes razón —Betty se agachó para dar un beso a Mattie en la mejilla—. Edward estaba igual que Jack cuando nacieron Sally y Cally. Pero no te preocupes, pronto lo superará. Es que aún no se lo cree.

Mattie miró a Jack una vez que se quedaron solos. No le importaba tener dos hijos en vez de uno... ¿o sí?

—Jack...

Él alzó el rostro y le devolvió la mirada.

—Creía... —Jack tragó saliva—. No podía soportar verte con esos dolores en el parto y no poder hacer nada por ayudarte. Luego, cuando los dolores fuertes empezaron... ¡Creía que iba a perderte!

Jack le agarró la mano con fuerza, sobrecogido por la emoción.

Las dudas de ella desaparecieron tras la evidencia de lo mucho que su marido la quería.

—Admito que el dolor no ha sido agradable, Jack, pero se me pasó en el momento en que James nació. Y cuando apareció Edward... ¿No son maravillosos, Jack?

Los ojos de Mattie se llenaron de lágrimas de felicidad.

Jack se puso en pie y la abrazó.

—Maravillosos —repitió él—. Maldita sea, Mattie, ¿cuándo vas a dejar de sorprenderme?

Mattie se echó a reír.

—Espero que nunca.

—Y yo —Jack también rió, ahora que veía que el peligro había pasado—. Te amo, Matilda May Beauchamp. Y siempre te amaré.

—Yo también te amo, Jack —respondió ella sin titubear—. Siempre.

Siempre.